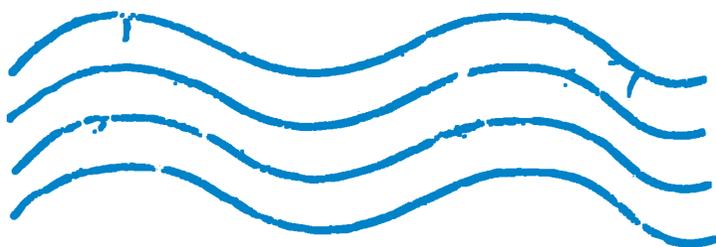


ALBERTO
JIMÉNEZ
FRAUD



EPISTOLARIO I

1905-1936



EL PROYECTO INSTITUCIONISTA EN LA CORRESPONDENCIA DE ALBERTO JIMÉNEZ FRAUD

El deber que cada cual tiene de hacer
de su propia vida una obra de arte.

(MANUEL B. COSSÍO, 1930)

Este epistolario se abre con una carta fechada el 18 de septiembre de 1905 escrita a Francisco Giner de los Ríos, creador y alma de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), y se cierra con otra dirigida al antiguo residente José Solís el 11 de marzo de 1964.

La primera, que sepamos inédita, es un testimonio precioso del punto de partida del joven Jiménez Fraud cinco años antes de que se fundara la Residencia de Estudiantes el 1 de octubre de 1910. El magisterio de Giner, que iba a cambiar su vida para siempre, estaba dando ya sus primeros frutos.

La carta final forma parte de un conjunto, en su mayoría igualmente inédito, que Alberto Jiménez Fraud (en adelante, AJF) cruza con antiguos residentes. En estas últimas misivas, alimentadas por esa misma pasión que le había infundido don Francisco casi sesenta años atrás, AJF se ocupa de diferentes asuntos en torno a la meta que persigue sin descanso durante el exilio: el retorno a la Residencia de Estudiantes, «la colina sagrada»¹, concebida no tanto

¹ AJF, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, México, El Colegio de México, 1948, pág. 7.

como espacio físico, sino espiritual; o, dicho de otra manera, la continuación del programa institucionista en el de la Residencia. Todos los proyectos que AJF emprende o concibe en el exilio creo que se derivan de éste más general.

Entre esos dos hitos cronológicos median cincuenta y ocho años y medio, intensos, plenos, drásticamente divididos por la guerra civil.

El epistolario ofrece un espléndido panorama de la cultura española del siglo xx a través de sus corresponsales, muchos de ellos protagonistas de la historia intelectual europea y española, que convierten esta colección de cartas en una valiosa fuente para el conocimiento del periodo. Dentro de este rico conjunto —y si bien apenas podré hacer algunas calas entre los innumerables y variados testimonios reunidos en este libro—, de lo que me voy a ocupar aquí es de analizar cómo la propuesta de modernización impulsada por Francisco Giner, Manuel B. Cossío y sus colaboradores de la ILE, que para AJF se concreta en la obra de la Residencia de Estudiantes, está presente en las cartas en la primera época de fundación, consolidación y plenitud del proyecto institucionista, pero también en el exilio europeo, en el americano o en el exilio interior. Y cómo lo que se impone desde el mismo infausto verano de 1936 es la preservación de ese legado de la Residencia, de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) y, en definitiva, de la Institución Libre de Enseñanza. Ésta es, a mi juicio, la omnipresente materia del epistolario. Junto a ella, un puñado de referencias familiares, algunas menciones de AJF a las horas robadas para su afición de editor, o, ya en el exilio, los testimonios de ese par de años (1946-1948) en que su ética krausista lo lleva a comprometerse con el intento de lograr la reconciliación de los españoles tras la victoria aliada, en una España libre, integrada en la Europa democrática. Pero enseguida, al no poder lograrse entonces, volverá a su antiguo afán y dedicación: la recuperación del proyecto institucionista, identificado en su caso con la Residencia, otra vez concebida como laboratorio de esa nueva España soñada.

En una lectura hecha desde esta perspectiva, lo primero que destaca es la coherencia que va aflorando en un epistolario variado, multiforme y plural como éste. ¿Coherencia o más bien construcción de un relato a través de una deliberada presentación y

selección de documentos? Es verdad que se partía de una primera colección reunida por el propio AJF —luego ordenada por su hijo, Manuel Jiménez Cossío, y finalmente por su nuera, Gabriela von Humboldt de Jiménez—, de modo que cabría admitir una cierta intención en este conjunto. Sin embargo, con el fin de enriquecer ese acervo inicial se ha ido agregando otro, localizado y reunido en su mayoría por la actual Residencia de Estudiantes, que no obedece a ninguna idea previa. Así, son las cartas las que hablan por sí mismas, y el discurso, en el que la voz de AJF se conjuga con otras, ha devenido aleatorio. En esa azarosa condición destaca y brilla aún más la progresiva coherencia de AJF, porque, a medida que las cartas se van sucediendo en el tiempo, se nos revela una determinación, un plan perseguido hasta el último día que no hace sino depurarse y ganar en fuerza y riqueza.

Ese plan, gestado durante los años de formación en el medio institucionista, se va elaborando en un largo, complejo y accidentado proceso, del que este epistolario recoge también un buen número de errores, contradicciones, vacilaciones, altibajos, fracasos e incluso retrocesos, inseparables del desarrollo del proyecto. «Las cartas —ha escrito Andrés Soria— son el arma más poderosa contra los estereotipos»²; y, precisamente por esta razón, en las aquí reunidas late el genuino AJF.

RETRATO DE ALBERTO JIMÉNEZ FRAUD

A la altura de 1948, un íntimo amigo de AJF, José Moreno Villa, escribía: «[Juan Ramón] Jiménez no es hermano de Alberto, aunque lo sea espiritualmente en algunos aspectos, por ejemplo, en el afán depurador y en la tenacidad»³.

Esa tenacidad permitió a AJF superar el cúmulo de dificultades de las que iremos teniendo noticia en este libro. Enfermo de riñón, debe soportar cada cierto tiempo achaques dolorosos que se reseñan en algunas cartas (la primera, del 22 de septiembre de 1918; la última, del 26 de ese mismo mes de 1963). Su salud se

² Andrés Soria Olmedo, prólogo a *Pedro Salinas / Jorge Guillén. Epistolario. Correspondencia con León Sánchez Cuesta. 1925-1974*, edición de Juana María González García, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2016, pág. VIII.

³ José Moreno Villa, «De Bergson y de Valéry», *El Nacional*, México D. F., 30 de mayo de 1948, pág. 5.

va resintiéndose con la edad y, aun así, el intenso trabajo, que no disminuye con la jubilación, lo obliga a viajar en invierno a ciudades incluso más frías que Oxford, como Viena o Ginebra, donde finalmente muere.

Pero la debilidad física no es el más importante de los problemas que debe afrontar. Los momentos de incertidumbre, de desánimo, que jalonan su biografía, a los que suele ser proclive una personalidad dotada de su sensibilidad e inteligencia, se relacionan, principalmente durante los primeros decenios del siglo, con la puesta en marcha y la consolidación de la Residencia, que, como es sabido, logrará conducir con éxito, pese a los días inevitables de tribulación, a la que también contribuye el agotamiento físico y psíquico, dado el estado de tensión que comparte con otros compañeros de fatigas: «es muy fastidioso que el equilibrio nervioso de todos nosotros sea tan inestable», escribe a José Castillejo el 2 de enero de 1915. Hubo otras situaciones tristes, pero ninguna comparable a la amargura de la brusca interrupción del proyecto con la guerra civil de 1936-1939, y a la aflicción aún más larga y cruel del exilio.

En esta paradójica y sólida aleación de fragilidad y firmeza se forjó el carácter de AJF y se alumbraron las iniciativas que constituyen su legado. Así, de las mismas calamidades van a surgir la necesidad de sobreponerse y ese espíritu de luchador infatigable que será capaz de salir cada vez más fortalecido. Sin esa tenacidad y afán de depuración no habría sido posible construir una empresa de la entidad de la Residencia, como fue vista por Américo Castro en 1960: «tu obra fue orgánica; consistió en preparar suelo muy estable en el lugar justo. Obra heroica, de callada paciencia. Tu obra no será pérdida» (1528, III)⁴. Tampoco habría sido posible mantener viva la tradición institucionista en el largo exilio sin ese mismo afán que, como advierte igualmente Américo Castro a finales de ese mismo año, procede de Giner: «don Francisco poseía el sentimiento de rigor y descontento hacia uno mismo, la capacidad de elevar el dato a fin de convertirlo en perspectiva de sí mismo; don Francisco era la autenticidad intelectual» (1658, III).

⁴ Cuando a lo largo de esta introducción se mencionan cartas publicadas en este epistolario, se citan por el número de carta que se les ha asignado en esta edición, seguido del número (en romanos) del tomo en el que están incluidas.

En Giner y los suyos, esa búsqueda de la autenticidad estaba estrechamente relacionada con «el deber que cada cual tiene de hacer de su propia vida una obra de arte» —formulado por Cossío en una carta a Gregorio Marañón de 1930—⁵, que bien pudiera ser la divisa de las empresas de AJF y de su propia biografía.

Son muchas las reflexiones publicadas, o las que hemos podido escuchar de antiguos residentes o de otros coetáneos, que destacan el refinamiento espiritual de AJF, la sobria elegancia que supo imprimir desde un primer momento a la Residencia, sus edificios, sus publicaciones y, muy especialmente, al ambiente que en ella se respiraba. Esa exigencia estética —que AJF, según su propio testimonio, recibe directamente de Giner y Cossío—⁶ resulta para krausistas e institucionistas inseparable de la ética, y ambas son fuente de la armonía que hace posible la felicidad de individuos y sociedades.

Un rasgo del carácter de AJF estrechamente relacionado con todo lo anterior —y, sin duda, con su destino— es su proverbial templanza, que rompe pocas veces en este epistolario, excepto en unas primeras fogosas misivas juveniles y, después, en contadas ocasiones, alguna muy dura con el franquismo y la mayoría en defensa de sus amigos. La amistad, a la que AJF fue siempre fiel, es otra de las claves, de estirpe krausista, sobre las que se sustenta la obra de AJF y de la propia ILE. De hecho, entre lo más característico de AJF está su fidelidad a los amigos: un grupo escogido y brillante (José Moreno Villa, Ricardo de Orueta, Manuel García Morente, Juan Ramón Jiménez, John B. Trend..., o los casos especiales de Unamuno y Ortega), además de los residentes (León Sánchez Cuesta, Ángel Establier, Jesús Bal y Gay, José Solís...), de otros con quienes se estrecha o se hace patente su relación en el exilio (Gloria Giner y Fernando de los Ríos, Lorenzo Luzuriaga, Américo Castro, Torres Balbás, Bernardo Giner...), y luego de los más jóvenes (Julio Caro Baroja, José Ángel Valente...). Capítulo aparte lo constituye su relación con Castillejo, a la que me referiré más adelante.

⁵ Véase Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, «Cossío en el cigarral de Marañón. La dulce nostalgia de los olmos», en VV. AA., *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco*, edición de Salvador Guerrero, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza], 2016, pág. 289.

⁶ Véase, por ejemplo, AJF, *Ocaso y restauración*, cit., págs. 164 (sobre Giner) y 194-202 (sobre Cossío).

De todo ello hay en las cartas —incluso más con las adversidades del exilio—, en las que late esa constante exigencia, pero también una bondad apenas oculta tras un ademán, más que tímido, contenido. En las que dirige a familiares y amigos muy cercanos, AJF no reprime ni el humor ni la ternura, y con la madurez, ya en el destierro, se mostrará aún más afectuoso al escribir —siempre acompañando la broma al afecto— a sus hijos, o referirse a ellos o a sus nietas.⁷ También lo será con sus íntimos en esas raras pero preciosas ocasiones en las que, ya desde su juventud al escribir a Ortega o Juan Ramón, y más tarde a Trend, Moreno Villa o Valente, se nos revela, de pronto, lo más recóndito de su personalidad refinada, sensible, atormentada a veces, permitiéndonos vislumbrar la pasión que fue capaz de alimentar y sostener una vida como la suya.

Las cartas muestran cómo esa bondad y la suavidad de sus maneras iban acompañadas en AJF de un carácter firme, capaz de superar grandes obstáculos. También cómo la mayoría de situaciones de crisis o de zozobra no le suscitaron una reacción acobardada o pusilánime, sino que supo mantener esa autoexigencia ética y estética en los momentos más duros y a costa de los correspondientes sacrificios.

Huelga decir que la pervivencia tenaz de este empeño desde 1905 hasta 1964 no significa que el pensamiento de AJF no sufriera cambios a lo largo de una vida tan llena de experiencias y en una época de tantas y tan bruscas transformaciones. Las cartas reflejan algunos de esos cambios y, también, cómo va tomando forma su proyecto, en medio de unas circunstancias —a menudo extremas, sobre todo en el exilio— por las que tuvo que atravesar y que acabaron por imponerle un desarrollo diferente del que probablemente había concebido.

⁷ Ilumina esta semblanza el delicioso testimonio de Margarita Jiménez «Memorias de mi abuelo» (*BILE*, II época, núm. 78-80, diciembre de 2010, págs. 59-64), donde se refiere a su primer recuerdo de AJF «sonriente» y «juguetón»: «adoraba bromear con nosotras dos cuando éramos pequeñas. Por ejemplo, le encantaban las películas de Charlie Chaplin e imitaba su modo de andar». Frente al habitual —y también justo— retrato de don Alberto de buenas maneras, ademán mesurado y porte distinguido, ese testimonio familiar del abuelo que imita los andares de Charlot no sólo aporta un soplo de frescura, sino un complemento necesario de su imagen fiel.

Coherencia, tenacidad y rigor se fueron construyendo a lo largo de la vida de AJF desde su condición de institucionista. Una condición que AJF comparte con algunos de sus corresponsales más destacados y que tampoco ellos eluden. Así, Juan Ramón Jiménez le escribe en 1945: «Desde luego, yo soy fiel a lo que *he tenido por bueno* en mi vida; y los recuerdos de don Francisco Giner están vivos en distintos lugares de mi escritura» (867, II). Y en 1960 Américo Castro le dice: «Cada uno a nuestro modo proseguimos la obra empezada en Madrid hace cincuenta años», y evoca la «huella imborrable» de don Francisco (1658, III). Al día siguiente, Federico de Onís afirma: «Llevo el pasado dentro de mí, siempre muy vivo» (1660, III). Dos años más tarde, cuando le quede poco más de uno de vida, AJF le confesará a su «sobrino» Francisco Giner de los Ríos Morales: «la Residencia, cada día más cerca de mí cuanto más se aleja en el tiempo» (1776, III). Por eso, cuando José Moreno Villa se refiere a la «tenacidad» y el «afán depurador» de AJF, está aludiendo a la conciencia de misión que reconocía en su amigo sobre el proyecto que encarnaba y perseguía.

En 1947, comentando a Francisco Giner de los Ríos Morales la entrevista que había mantenido con los mediadores juanistas Salvador de Madariaga y Julio López Oliván, AJF le dice que este último daba pruebas «de la confianza que yo le inspiraba. Comprendo que no se trata de mí, sino de la tradición que represento, pero no por eso le estoy menos agradecido: quizá más» (970, II). Con «la tradición que represento», AJF proporciona una ajustada formulación del espíritu de misión, de la responsabilidad que anima y animará siempre a Natalia Cossío y a él desde que llegan al Reino Unido, llevada, eso sí —como refleja la correspondencia—, con sobriedad e incluso con humor.

AÑOS DE FORMACIÓN

La correspondencia inicial permite inferir que AJF debió de llegar a Madrid a finales de 1904 o en el primer semestre de 1905. Asiste a clases de doctorado de Giner y Nicolás Salmerón, de las que nos ha dejado un vívido relato en *Ocaso y restauración*, donde

también cuenta que se presentó a Giner con una carta del malagueño Domingo de Orueta, que había sido profesor de la ILE. Tuvo que haber transcurrido suficiente tiempo desde ese primer encuentro para que en septiembre de 1905 muestre ya una relativa proximidad a Giner y dé señales de frecuentar el Museo Pedagógico, el otro gran centro de operaciones —junto con la casa de la Institución en el madrileño paseo del Obelisco (hoy del General Martínez Campos)— de los que él mismo llama «institucionistas» (1, I). También parece tratar con cierta asiduidad a Ricardo Rubio (3, I), secretario del Museo, del que Manuel B. Cossío era director, ambos principales colaboradores de Giner, con quien vivían, junto a sus familias, en el paseo del Obelisco, donde, según escribe AJF a Gloria Giner el 8 de junio de 1949, don Francisco prolongaba sus clases de la Universidad Central —en la calle San Bernardo— con un grupo escogido de alumnos, entre los que se encontraba el propio AJF.

Esas primeras cartas reflejan el interés de Giner por cuidar las relaciones personales y familiares de sus discípulos y fortalecer los vínculos sociales de su proyecto modernizador; sabemos que se mantenía en contacto regular con muchos de ellos, y que se preocupaba de su bienestar y de su futuro. En la que abre este epistolario, AJF se lamenta ante la imposibilidad de que su madre coincidiera con Giner en Madrid: «de veras siento no encontrar reunidas a las personas a quienes más quiero y respeto».

A lo largo de este epistolario se percibe el valor que daba la Institución a las circunstancias personales, a la vida familiar, a procurar la calidad y consistencia de las redes de sociabilidad en las que se desenvolvían y se habrían de desenvolver los institucionistas. Precisamente una de las principales aportaciones de este libro es la constatación de la densidad y relevancia de estas redes —familiares, amistosas, profesionales—, tejidas con el mayor cuidado. Identificarlas y relacionarlas ha requerido un laborioso y complejo trabajo de anotación. Paulatina y regularmente van apareciendo con profusión en las cartas nuevas referencias, nombres de instituciones y personas que, una vez descifrados e identificados, nos proporcionan una cartografía de la ILE, la JAE y la Residencia, de sus sucesivos entornos y vínculos —locales e internacionales—,

o de sus líneas de continuidad y de ruptura, desde 1905 hasta 1964. Como esta correspondencia recoge, el propio AJF tenía el proyecto de escribir un *Who's Who* de las personalidades de la ILE como apéndice de una nueva edición de *Ocaso y restauración* (1094 y 1169, II). Si bien no llevará a cabo «la confección del pequeño diccionario que proyecta añadir a la segunda edición de su libro», este epistolario lo contiene, aunque no como él lo había pensado, deteniéndose en las personalidades más destacadas: aquí, en esta historia coral que forman las cartas y sus correspondientes notas, están revueltos los protagonistas de la aventura institucionista, principales y secundarios; juntos componen un frondoso árbol genealógico (la descendencia de Giner) en el que se van ramificando las relaciones de parentesco, familiares en unos casos, intelectuales en otros. En suma, las cartas corroboran el éxito de esa política de Giner.

De los condiscípulos que se mencionan al comienzo de este epistolario, al menos dos van a mantener su amistad con AJF a lo largo de los años. En su transcurso podremos apreciar la relevancia que tuvo para la vida y obra de AJF hasta 1936 su amistad con Ricardo de Orueta. Otro compañero de esos momentos iniciales era Fernando de los Ríos, con el que coincide en la universidad y en los otros centros de influencia institucionista, empezando por la casa del paseo del Obelisco. De ello da testimonio AJF en el pésame que en 1949 le envía a su esposa, Gloria Giner, en el que evoca el clima de aquellos años fundacionales: «¡Cómo vengo recordando, desde que cayó enfermo, nuestros entusiasmos jóvenes: la clase de don Francisco, las de la Institución, nuestras lecturas y discusiones filosóficas, el gusto de verle siempre joven y optimista, nuestras excursiones al campo, el hablar, el planear incesantes, tantas y tantas horas de fe y de trabajos compartidos!» (1075, II). Y es que Fernando de los Ríos había reaparecido en medio de las amarguras del exilio para entablar con AJF una correspondencia que —junto con la de Gloria Giner y Natalia Cossío— está repleta de informaciones de interés, especialmente en relación con la historia del institucionismo. Durante el verano de 1906, y probablemente por sugerencia de Giner, había pasado una temporada en la casa familiar de los Jiménez Fraud, con el fin de ayudar a AJF en la encomienda que le había hecho don

Francisco de organizar la visita a Málaga de Unamuno —elegido rector de la Universidad de Salamanca en 1900 y respaldado ya por una gran proyección pública—. Sobre esta visita, Fernando de los Ríos escribirá a su pariente y maestro el 28 de agosto: «He estado nueve días en Málaga con la familia de Alberto. Los he pasado lleno de alegría; la madre de Alberto es una señora interesantísima; de una espléndida vida interna por lo intensa, aunque muy ensombrecida. Alberto es un muchacho como no he hallado otro. ¡Qué seriedad y firmeza la suya! ¡Qué hondo ve!»⁸.

LA PRIMERA MISIÓN: UNAMUNO EN MÁLAGA

Giner debió de considerar que, al finalizar el curso 1905-1906, el joven Jiménez Fraud estaba listo para una primera misión, y le confió la dirección de uno de los proyectos que se incubaron en el laboratorio institucionista, en aquel momento de máxima efervescencia.

En agosto de 1906, Unamuno se traslada a Málaga para dictar tres conferencias. Esa visita formaba parte de un plan trazado por Giner y sus colaboradores para que don Miguel llevara a cabo algunos viajes de agitación de las conciencias en la España provinciana, en una suerte de réplica de las misiones católicas por pueblos y pequeñas ciudades, frecuentes en aquellos años. La carta de AJF a Giner de primeros de julio de ese año permite suponer que el propósito de la ILE era inicialmente más ambicioso, ya que, aprovechando la popularidad del rector de Salamanca, se pretendía promover un «festival de la enseñanza» (3, I). Como responsable de organizar la «misión», AJF escribe en varias ocasiones a don Francisco dándole cuenta del encargo, y se convierte en el principal corresponsal malagueño de Unamuno, con el que traba desde entonces una relación que se prolongará durante los treinta años siguientes y facilitará el relevante papel que posteriormente va a ejercer Unamuno en la Residencia. Y en un juego característico de contrapesos muy propio de él, Giner envía a Málaga a Fernando de los Ríos para ayudarle.

⁸ Carta de Fernando de los Ríos a Francisco Giner de los Ríos, fechada en Ronda el 28 de agosto de 1906. Archivo de la ILE en la Real Academia de la Historia.

Así, nueve meses después de su primera carta, AJF se encuentra en su ciudad natal ejecutando el plan encomendado. Cuenta para ello con un grupo de amigos, entre ellos varios que luego desempeñarán un papel relevante en la Edad de Plata de la cultura española: José Moreno Villa, Ricardo de Orueta, Manuel García Morente, además de su hermano Gustavo y Francisco de Orueta. Juntos formaban la llamada «peña de Málaga», inmortalizada en una foto que se reproduce en los pliegos de ilustraciones de este tomo. AJF mencionará varias veces esa fotografía tomada en 1908 de los «malagueños», reunidos y retratados de nuevo veinte años después.⁹

En su correspondencia con Giner y con Unamuno se advierte que AJF es quien tiene la iniciativa en la organización de la visita («a mí me cabe casi toda la responsabilidad», escribe el 7 de julio). Una correspondencia que proporciona valiosas claves, entre ellas la de una inicial etapa unamuniana en la génesis intelectual de quien cuatro años después recibiría la encomienda de dirigir la Residencia. Esa influencia de Unamuno en su joven interlocutor —de la que se encuentran abundantes huellas, tanto formales como conceptuales, en las cartas que le envía ese verano— se puede rastrear en otros coetáneos. Una influencia que, a su manera, constata el propio rector de Salamanca en su carta del 4 de septiembre de 1906 al director de *La Unión Mercantil*, después de haber leído los artículos que le han enviado, publicados en ese periódico malagueño por AJF y sus amigos: «considero como uno de los mejores frutos de mi campaña [...] haberlos provocado y sugerido. Lo que decimos vale sobre todo por lo que hace decir a los demás [...]. Las ideas son de todos y de nadie, y se transforman al pasar de unos a otros» (7, I).

DEL AGONISMO UNAMUNIANO AL RACIONALISMO ARMÓNICO

El joven AJF se expresa por esas fechas con una franqueza y una radicalidad que contrastan con la templanza y la contención de su madurez. Él mismo confiesa a Unamuno, a finales de ese verano de 1906, que se propone «limar y redondear» su carácter, «perder

⁹ Véanse en este epistolario, por ejemplo, la carta del 27 de junio de 1945 (876, II) y la nota 1376 en la carta del 8 de julio de 1962 (1749, III).

mis picos y mis angulosidades» (8, I). Cuando se manifiesta más drástico es al abordar la cuestión social. En su visión crítica del señoritismo andaluz hay ecos de Giner y Unamuno, pero también de Joaquín Costa, la tríada capitolina de mentores de la generación del 14.

AJF es igualmente efusivo, como raramente volvería a mostrarse, en sus indirectas alusiones a la vivencia religiosa, en las que resulta patente la huella del cristianismo modernista, por el que desde luego sentía simpatías Unamuno, al igual que institucionalistas como Gumersindo de Azcárate y Luis de Zulueta, o el Fernando de los Ríos de entonces.¹⁰

La necesidad de buscar la armonía entre contrarios caracteriza la vida y la obra de AJF (una armonía que se logra con la práctica activa de la tolerancia y con un esfuerzo riguroso por llegar al entendimiento tras la asunción —si no resolución— de los conflictos que ello comporta). En las misivas que escribe desde Málaga —por ejemplo, en el último y un tanto dramático párrafo de la del 14 de julio (4, I)—, el joven AJF formula esta armonía en términos muy próximos al agonismo unamuniano; es de suponer que ya entonces conocía y estaba empezando a asumir los principios del racionalismo armónico krausista, así como la preocupación de Giner por integrar las tradiciones racionalista y cristiana. Sobre esta roca va a construir AJF uno de los elementos fundamentales de su biografía, como quedará plasmado en numerosas acciones y proyectos a lo largo de su vida y en abundantes testimonios de este epistolario. En sus años finales sigue insistiendo en la necesidad de procurar esa armonía en la sociedad, muy especialmente en la española. Y es que las raíces explícitamente krausistas del pensamiento y de la práctica del Jiménez Fraud maduro están vivas con gran fuerza en muchas de las últimas cartas. Por ejemplo, cuando escribe a Solís sobre «un ideal de convivencia, en donde la diversidad de opiniones se transforma en partes de un conjunto, las diferencias se unifican y cesan los antagonismos» (1493, III).

¹⁰ Sobre el cristianismo modernista, véase en este tomo la nota 11 de la carta 2; y a propósito de la aproximación de los institucionalistas al cristianismo modernista y, más específicamente, sobre el caso de Azcárate, véase el estudio preliminar de Gonzalo Capellán a su edición de *Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]/Fundación Sierra-Pambley, 2017, págs. 15-90.

Finalmente, AJF será el editor del folleto —impreso en diciembre de 1906— en el que se recogen las conferencias de Unamuno (como prólogo también se incluye la mencionada carta del 4 de septiembre). Un trabajo editorial que viene a ser como el colofón de ese primer encargo de Giner.

ENTRE EL MUSEO PEDAGÓGICO Y LA JAE

En esos años de la primera década del siglo xx, de gran efervescencia para la ILE y para el desarrollo de su proyecto modernizador, AJF se fue integrando cada vez más en la vida institucionista. Asiduo del Museo Pedagógico, su biblioteca, la más frecuentada en el Madrid de la época después de la Biblioteca Nacional,¹¹ recibía algunas de las principales publicaciones periódicas europeas y americanas, lo que permitió que AJF —al igual que otros jóvenes condiscípulos, entre ellos Domingo Barnés o Rubén Landa— escribiera reseñas de prensa para el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (BILE)*, que quizá no siempre firmara, como sí hizo con las dos que aparecieron en noviembre de 1906 y en mayo de 1907. Todo ello es parte del *modus operandi* de los institucionistas, que van formando y seleccionando a sus nuevos colaboradores en esta labor de estudio y atención a lo que se está haciendo en el resto del mundo, fruto de la lectura de publicaciones como la *Revue Pédagogique* o el *Journal of Education*, citados en las cartas.

El Museo Pedagógico siguió siendo el laboratorio y centro neurálgico del proyecto institucionista hasta que la caída del Partido Conservador en octubre de 1909 propició una recuperación de la actividad de la JAE (hibernada el mismo año de su creación —1907— con la llegada al Ministerio de Instrucción Pública del conservador Faustino Rodríguez San Pedro, quien no pudo, sin embargo, liquidarla). Entre tanto, los institucionistas, lejos de cruzarse de brazos, se habían ido preparando para el momento en que se pudiera relanzar la Junta, completando en el extranjero el proceso formativo de los jóvenes candidatos a integrarse en

¹¹ Véase Ángel García del Dujo, *Museo Pedagógico Nacional (1882-1941). Teoría educativa y desarrollo histórico*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1985, pág. 129.

los futuros centros de la JAE, cuyos decretos de creación fueron elaborando, lo que permitió que se fundaran en muy pocos meses a lo largo de 1910, una vez que el Partido Liberal, tras cesar en el Ministerio Rodríguez San Pedro, hiciera posible su puesta en marcha.

PRIMER VIAJE A INGLATERRA

Después del éxito de la primera encomienda, AJF recibió otra a finales del verano de 1907. Se trataba ahora de enriquecer la cuidadosa formación institucionista con la ampliación de estudios en el extranjero, como ya lo habían hecho Cossío, Antonio Flórez o, más recientemente, Castillejo. En el grupo de malagueños, los más cercanos a AJF habían completado o estaban completando igualmente sus carreras fuera de España: García Morente viajó primero a París, para estudiar Filosofía en la Sorbona, y más tarde a Alemania; Ricardo de Orueta aprendió escultura en París; Moreno Villa cursó Química en Friburgo (sobre la que, por cierto, publica un artículo en el *BILE*, «La enseñanza de la química en las universidades alemanas», en septiembre de 1907, época en la que debió de conocer a Giner, de la mano de Orueta o del propio AJF).

Concebido inicialmente con una finalidad académica (en un principio se proyectó enviarle a Alemania [10, I], que era para Giner la principal productora de ciencia en Europa), el viaje de AJF terminó adquiriendo un carácter más práctico con destino al Reino Unido (la otra gran influencia para el institucionismo). Tal vez entonces Giner estuviera pensando ya en el que sería el siguiente y definitivo encargo, pues, como solía pasar en la Institución, este proceso fue madurando a lo largo del tiempo. El 29 de octubre de 1907, AJF agradece a Giner la oportunidad que se le brinda («*Al fin* mañana salgo. [...] Gracias de nuevo, nunca serán bastantes» [13, I]), reconociendo así que la iniciativa era de don Francisco, aunque seguramente se hiciera realidad gracias al apoyo de la JAE, creada el 11 de enero de ese año, ya que, una vez allí, en su correspondencia AJF siempre reporta a Castillejo, nombrado también entonces secretario de la Junta. Encargar a AJF el cuidado de los jóvenes españoles en Gran Bretaña, de cuya

tutela se ocupaba la JAE a través del Patronato de Estudiantes, fue lo que debió de justificar esta ayuda de la Junta.¹²

Así, AJF emprende, por encargo de Giner y de Castillejo, su propio viaje de iniciación, que se prolongará durante la mayor parte del curso 1907-1908. En las cartas desde Inglaterra encontramos interesantes datos sobre sus visitas y encuentros. A lo largo de seis o siete meses remite detalladas informaciones a Castillejo sobre profesores, contactos, alumnos... Además, advierte sobre la escasez de medios con los que cuenta e incluye alguna que otra velada e irónica alusión a la excesiva austeridad del secretario de la Junta: «pongo a su disposición, *sin honorarios*, mis ojos y mis orejas», le escribe el 24 de abril de 1908 (15, I). Para obtener recursos complementarios envía a la prensa algunas colaboraciones con el resultado de sus investigaciones, entre ellas la reseña que le publica *La Lectura* en mayo sobre un libro de Havelock Ellis, que apareció ese mismo año;¹³ reseña que mucho después Trend encontrará «fascinante», al toparse fortuitamente con ella repasando los viejos números de esa revista madrileña (1135, II).

Todavía en junio de 1908 informa a Castillejo («sigo viendo y tomando notas» [18, I]), y continuará haciéndolo en sus estancias de los veranos sucesivos. No sabemos con exactitud cuándo regresó definitivamente AJF de su primer viaje a Inglaterra, pero quizá hiciera alguna escapada a España, porque el 5 de septiembre de 1908 estaba en Málaga, donde recibe a Giner en la casa familiar para mostrarle un retrato del Greco depositado allí temporalmente y con ese fin por su propietario. Esa breve parada en casa de los Jiménez Fraud es una interesante prueba documental (y no abundan) de la colaboración que Giner y otros institucionistas prestaron a Cossío —quien ese mismo año publicaría su gran monografía sobre el pintor cretense—¹⁴ en su exhaustivo rastreo de Grecos por toda España, cuyo detallado catálogo es una de las aportaciones fundamentales de su libro.

¹² Castillejo escribe a Giner sobre este asunto en diferentes ocasiones; por ejemplo, en una carta del 18 de agosto de 1907 cita expresamente a AJF como posible «agente» de la JAE en el extranjero (carta recogida entre las reunidas por David Castillejo en *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo. I. Un puente hacia Europa. 1896-1909*, Madrid, Castalia, 1997, pág. 370).

¹³ Véase al respecto en este tomo la nota 57 en la carta 15.

¹⁴ Manuel B. Cossío, *El Greco*, 2 vols., Madrid, Victoriano Suárez, 1908.

En este epistolario no se han podido reunir muchos testimonios que permitan seguir los pasos del joven Jiménez Fraud a su regreso de Inglaterra. En los cursos de 1908-1909 y 1909-1910 continuó con toda seguridad su proceso de integración en la familia institucionista: cabe suponer que asistiría en la casa del paseo del Obelisco a reuniones, veladas, clases con Giner..., y que el resto de su jornada transcurriría en el Museo Pedagógico, en cuya biblioteca acabaría por prestar sus servicios durante algún tiempo.

AJF vivía entonces arropado por ese «núcleo de malagueños» que, como escribió a Unamuno el 13 de septiembre de 1906, «trataremos de formar en Madrid», para «que procuren llevar un máximum de vida, a ver si aquello nos sirve de vivero de idealismo y de fuerza» (8, I). Un grupo con el que edita en Málaga la revista *Gibralfaro*, de la que saldrían diez números entre enero y octubre de 1909, y de la que, según Moreno Villa, AJF era «promotor y animador»¹⁵.

Al regresar de la primera expedición británica —que probablemente se prolongó hasta finales de enero de 1909—¹⁶, AJF traduce y publica ese mismo año en la madrileña Librería de Francisco Beltrán *El Evangelio y la Iglesia*, de Alfred Loisy, breviario del cristianismo modernista que revela el mundo del que provenía el joven Jiménez Fraud, quien, según Moreno Villa, «atraviesa todavía una época de lucha interior, pero su vocación se manifiesta con firmeza»¹⁷.

Además de colaborar en el *BILE* y otras revistas, su principal fuente de recursos sería probablemente el trabajo en el Museo, por el que obtendría alguna remuneración, y que incluso llegaría a compatibilizar en los primeros tiempos con la dirección de la Residencia.¹⁸

¹⁵ José Moreno Villa, «Jiménez, don Alberto, Alberto», *El Nacional*, México D. F., 23 de mayo de 1948; recogido en *Memoria*, edición de Juan Pérez de Ayala, Madrid, El Colegio de México/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2011, págs. 263-266 (cita en pág. 264).

¹⁶ Hasta entonces le siguen situando en Londres la carta de Leopoldo Palacios a Castillejo del 2 de diciembre de 1908, la de Giner a Castillejo del 31 de ese mismo mes y la de F de las Barras también a Castillejo del 9 de enero de 1909, recogidas por David Castillejo en *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo*. I, cit., págs. 535, 538 y 542, respectivamente.

¹⁷ José Moreno Villa, «Jiménez, don Alberto, Alberto», recogido en *Memoria*, cit., pág. 264.

¹⁸ Lo atestigua una carta de Ricardo Rubio a Cossío del 4 de octubre de 1910 (reproducida por Ana María Arias de Cossío y Covadonga López Alonso en *Manuel B. Cossío a través de su correspondencia. 1879-1934*, Madrid, Fundación Francisco Giner

En el verano de 1910, mientras AJF estaba de nuevo en Londres¹⁹ enviado por el Patronato de Estudiantes, se escribió la que habría sido una de las joyas de este epistolario de haberse conservado. Sabemos de ella por *Ocaso y restauración*: «Un día recibí una carta de Giner: la Junta quería iniciar una obra universitaria: ¿podría yo adelantar mi viaje a Madrid y lanzar un pequeño colegio universitario que nacería como tímido y callado intento hasta ver si la opinión española estaba preparada para recibirlo? Me puse en viaje, y en el mes de septiembre de 1910 me instalé en un hotelito de la calle de Fortuny, hacia el final del paseo de la Castellana, y repartimos unos folletos anunciando para la apertura del curso universitario la apertura de una Residencia de Estudiantes»²⁰.

Y a partir de ese momento, concluida su formación, ese postrer encargo del maestro sería la obra de su vida.

FUNDACIÓN Y DESARROLLO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

En esta correspondencia se ofrecen abundantes datos y pormenores, en bastantes casos desconocidos y en todos de interés, acerca del proceso que, desde la casita de la madrileña calle de Fortuny, inaugurada en octubre de 1910, conduce, a la altura de 1930, al campus institucionista de la Colina de los Chopos, con sus diversos centros, edificios, instalaciones y jardines. Resulta imposible comentar uno a uno los temas abordados en las cartas sobre el proyecto de la Residencia, pues, quizá con la excepción de las que se cruzaron Castillejo y AJF el 23 de diciembre de 1914 y el 2 de enero de 1915, respectivamente, el diseño del programa en torno a la Residencia no se expone de una manera global, sino que sus principales elementos van surgiendo poco a poco y uno tras otro en las que van intercambiando desde los primeros años. A

de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2014, pág. 744): «Desde el día 1 está ya prestando servicio Alberto Jiménez en la Biblioteca».

¹⁹ Según confirma la carta de Domingo Barnés a Cossío del 17 de agosto de 1910, reproducida en *Manuel B. Cossío a través de su correspondencia. 1879-1934*, cit., pág. 724.

²⁰ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., págs. 218-219.

continuación escojo algunos ejemplos que, por la frecuencia con que aparecen, por el cambio de enfoque que suscitan o incluso por las omisiones (causadas, entre otros factores, por los expolios y extravíos de la guerra civil), me han parecido relevantes.

LA RESIDENCIA DE FORTUNY

El propio AJF, en su carta a Bernardo Giner del 11 de febrero de 1960, precisa la fecha del comienzo del proyecto de la Residencia en un hotelito de la calle de Fortuny, próximo a la casa de la Institución: «se abrió el 1 de octubre de 1910, pero antes, durante el verano, [...] yo me instalé allí y recibí a los primeros residentes días antes». Sabemos que el 19 de septiembre ya había llegado por lo que Castillejo asegura ese día a Domingo Barnés: «contentísimo de que esté ahí Alberto Jiménez»²¹. Así, por sugerencia de don Francisco, AJF se incorporaba como responsable a la cuidadosa pero febril puesta en marcha de aquella entonces pequeña residencia de estudiantes que, al final del periodo, se convertiría en una de las instituciones más singulares de la Europa de entreguerras y en referencia obligada en la historia de la cultura española. La pervivencia en las cartas, a lo largo de más de cinco décadas, del espíritu y las relaciones que se forjaron entre un considerable número de protagonistas de aquellos primeros años prueba la consistencia de lo ensayado entonces, que respondía a un plan cuidadosamente meditado, preparado y trazado desde los años ochenta del siglo XIX.

Si bien el proyecto se inicia de forma muy modesta en «aquella casita blanca, que fue la cuna de la Residencia»²², cuenta ya entre sus primeros huéspedes con estudiantes de la calidad de Jorge Guillén o Miguel Prados, cuyas familias (vinculadas de un modo u otro al institucionismo) también aparecen en diferentes cartas. Desde el primer momento, los residentes respiran ese aire nuevo, a la vez intenso y discreto, de trabajo y alegría («libre fervor en soleada paz», escribiría Guillén en versos memorables), captado por el puñado de fotos que se han ido rescatando y transmitido

²¹ Carta recogida por David Castillejo en *Los intelectuales reformadores de España. Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II. El espíritu de una época. 1910-1912*, Madrid, Castalia, 1998, págs. 278-279.

²² AJF, *Ocaso y restauración*, cit., pág. 224.

en sus relatos por visitantes tan distinguidos como Josep Pijoan²³ o Pere Coromines²⁴.

Ya me he referido a la importante contribución que supone el considerable conjunto de referencias a los diferentes grupos institucionistas que contiene el epistolario. Dentro de este conjunto, el bloque más numeroso corresponde a los residentes, cuyos nombres empiezan a desfilar desde los primeros años de la Residencia y nunca dejan de hacerlo. Ellos son una de las claves, ya señaladas, del éxito del proyecto: son sus protagonistas y su principal objetivo —como lo es el alumno en la escuela institucionista—, y la excelencia de quienes pasaron por las primeras promociones de Fortuny es el cimiento de la obra posterior. A Miguel Prados (que se casará con Micaela, hija de Ricardo Rubio, y sobre cuya familia encontraremos continuas noticias y alusiones en las cartas del exilio) se le unirá en 1914, en el grupo de niños, su hermano Emilio, después poeta mayor del 27. Por Fortuny van a pasar también Bernardo Giner de los Ríos («tú me llamaste y fui uno de los once residentes de aquel ensayo» [1530, III]), Ramón Carande (que publicará sus recuerdos de aquel momento en el número conmemorativo del cincuentenario de la Residencia con el título de «Fortuny, 14») o Luis Calandre, quien, al concluir su formación, seguirá siendo el médico de la casa, uno de los organizadores de sus laboratorios y protector de la Residencia durante la guerra. Los tres serán corresponsales en los años de exilio de AJF. También cabe citar a Ángel Llorca, residente desde su nombramiento en 1913 como director del Grupo Escolar Cervantes hasta 1936, o Rubén Landa, que, una vez licenciado, colaboraría en la administración de la Residencia desde 1912 (39, I). A ellos hay que añadir al grupo de ilustres mallorquines y catalanes que previsiblemente reclutó Miquel Ferrà —fundador, como veremos, de la Residencia de Barcelona—.

En la foto de la fiesta de fin de curso del 18 de mayo de 1913, recogida en los pliegos de ilustraciones de este tomo, se

²³ «Vale la pena prestar atención a aquello en lo que puede llegar a convertirse esta primera Residencia de Estudiantes» (Josep Pijoan, «Un experiment. La Residència d'Estudiants de Madrid», *La Veu de Catalunya*, 25 de octubre de 1910).

²⁴ *Odiseus* [Pere Coromines], «Una Residència d'Estudiants a Madrid», *El Poble Català*, 15 de abril de 1911.

puede identificar, junto a algunos «dones», como Moreno Villa, Barnés, Ortega o Ramón Menéndez Pidal, a los entonces residentes Miguel Prados y Antonio García Solalinde (autor del primer libro publicado por la Residencia). Por una nota que aparece al dorso se sabe que también están en la foto, entre otros, Luis Calandre, Leonardo Castro Barea, Antonio Onieva o Francisco Candil (quien años más tarde proyectaría fundar una residencia en Murcia, como el también residente Blas Ramos Sobrino lo intentaría en Valencia, ciudades de cuyas respectivas universidades ambos eran catedráticos [199, I]).

Luis Cobiella, un residente que no figura en ninguna de las publicaciones canónicas sobre la Residencia —ni siquiera en la muy útil relación publicada por Margarita Sáenz de la Calzada—²⁵, tras la conmoción que le produce escuchar en una emisión de la BBC la voz de AJF en español leyendo su elogio fúnebre a Castillejo, escribe desde su oscuro retiro en las Islas Canarias: «yo fui residente en el curso de 1912 a 1913; cuando estaba en aquellos hotelitos de la calle de Fortuny. [...] A esos meses les debo lo mejor de mi alma, lo único que, a través de tantos tiempos y vicisitudes, conservo y dejo a mis hijos. Yo asistía a las clases de Romano que nos daba don José Castillejo. [...] El señor Jaén nos leía *Crimen y castigo*. Don Rubén Landa, con su barbita que apenas defendía del rubor su cara, presidía la mesa. Alguna vez se sentía el rumor de “esta tarde vendrá don Francisco”. Don Manuel Cossío enseñaba con su inefable bondad. Unamuno ocupaba un cuarto de estudiante. Onís nos dio conferencias en aquella amplia, simpática biblioteca» (877, II).

A la mayoría de los residentes mencionados los volveremos a encontrar en las cartas del exilio, lo que es buena prueba de la huella que la Residencia dejó en ellos, gracias, sobre todo, a su joven presidente y a quienes le acompañaron en su labor tutorial, tal y como, muchos años después, él mismo la describe y transmite al también residente Ángel Establier, recién nombrado director de

²⁵ Margarita Sáenz de la Calzada, *La Residencia de Estudiantes. Los residentes*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Acción Cultural Española, 2011, págs. 351 y ss. La autora ha revisado y ampliado esta segunda edición de su libro poniendo precisamente el foco sobre los residentes como protagonistas del proyecto.

una nueva residencia, el Colegio de España en París, en la carta que le dirige el 15 de diciembre de 1933: «todo el éxito de la obra dependerá de la relación diaria y extensa que mantenga usted con los residentes. Perdone usted que insista sobre esto, pero ya sabe que lo estimo como fundamental, o si usted quiere como lo único fundamental de la Residencia» (411, I).

AJF había experimentado y aprendido con el propio Giner esa práctica socrática, que se consideraba «fundamental» en la Institución y en los diferentes centros inspirados por ella, y que lo seguirá siendo para el AJF del exilio. Para llevarla a cabo se apoyaba en diferentes colaboradores, entre los que se incluía a residentes de más edad, como Ferrà o Sánchez Cuesta, «tutores» de los más jóvenes y responsables de transmitir el «espíritu de la casa», aunque, como advierte AJF, «esos tutores serán aves de paso [...] mientras ganan su oposición o vuelven a su provincia» (92, I). De todos ellos se espera ejemplaridad, valor esencial en la *paideia* institucionista. Por eso se quiso contar también, siguiendo la costumbre de los *colleges* anglosajones, con los residentes *senior*, los llamados «dones», como lo fueron algunos de los citados, además de los directores de los laboratorios, entre ellos Calandre, y algunos colaboradores asiduos, como Ortega o Moreno Villa, que, sin desempeñar labores formales de tutoría, eran referentes para los estudiantes. Entre los intelectuales que se hospedaron en la casa de Fortuny cabe mencionar, en primer lugar, a Juan Ramón Jiménez, quien se instala en la Residencia en el otoño de 1913, donde —primero en Fortuny y desde 1915 en los Altos del Hipódromo— vive de forma permanente hasta enero de 1916, cuando se casa con Zenobia Camprubí. También al rector de Salamanca, quien, desde finales de 1913, se aloja en la Residencia durante sus visitas a Madrid («Mucho honra usted a esta Casa, querido don Miguel, viniendo a vivir a ella», le escribe AJF el 25 de diciembre de ese año). En un espacio tan reducido como el hotelito de Fortuny no sólo deben convivir estas dos fuertes personalidades, sino establecer relaciones con otras. Especialmente significativa y compleja fue la mantenida entre Unamuno —a quien la Residencia publicará una cuidada colección de sus *Ensayos* que verá la luz entre 1916 y 1919— y Ortega —cuyo primer libro, *Meditaciones del Quijote*, apareció bajo el sello de la Residencia en

el verano de 1914—. Una relación cada vez más difícil, a la que me referiré más adelante.

Este epistolario nos muestra la vida en la «primitiva Residencia» (así la llamaba Bernardo Giner en su carta del 28 de enero de 1960), cómo se fue consolidando su trayectoria, cómo se fue afinando la selección de los residentes, o cómo eran el régimen de convivencia, los precios del alojamiento, el proceso de implantación de los laboratorios y muchos otros asuntos y pequeños detalles no siempre conocidos o que incitan a abrir nuevas vías de investigación.

Por ejemplo, algunas cartas (como la del 24 de julio de 1914) nos invitan a repensar la intervención de AJF, de mayor relieve de lo que se le suele atribuir, en el diseño de los cursos de verano para extranjeros²⁶, iniciados en la Residencia en 1912, y evocados por Américo Castro en 1960 (1658, III).

Otro proyecto que mantuvo cierta conexión con la Residencia (especialmente a través de su director) fue el Patronato de Estudiantes, creado al mismo tiempo que la JAE. Gracias a las cartas de AJF podemos disponer de nueva información —que se suma a la que recogen las *Memorias* de la Junta— sobre los usos de este Patronato, y constatar que, al menos hasta 1913, prosiguió su encargo a AJF para que continuara viajando durante el verano al Reino Unido,²⁷ lo que compatibilizaba con la dirección de la Residencia.

El 11 de diciembre de 1913 se inicia la larga correspondencia con Unamuno a raíz de la publicación de sus ensayos en siete volúmenes, que formarán uno de los conjuntos más destacados del catálogo de la Residencia. Las cartas cruzadas al respecto son muy ilustrativas de los usos y procedimientos editoriales de la casa. De la primera de ellas se puede inferir que el programa de publicaciones estaba ya entonces esbozado, bajo la dirección de

²⁶ Una relación de los actos culturales organizados con motivo de los cursos de vacaciones para extranjeros puede verse en Álvaro Ribagorda, *El coro de Babel. Las actividades culturales de la Residencia de Estudiantes*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2011, págs. 333-342.

²⁷ En la *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913* (Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1914, pág. 215) se hace una referencia al «viaje a Inglaterra y Escocia» de AJF para estudiar «la organización y funcionamiento de los colegios y casas de estudiantes de aquellos países».

Juan Ramón Jiménez —a quien se debe «ese primor tipográfico que pronto sirvió de pauta a todo editor que se respetase»²⁸—, si bien, además, AJF contaba con la participación de otros colaboradores, según escribió a finales de 1957: «Ortega y Federico de Onís, en compañía de Juan Ramón Jiménez y del presidente de la Residencia, trazaron y dirigieron las publicaciones de ésta»²⁹. A este equipo se incorporaría luego José Moreno Villa.

TRASLADO A LOS ALTOS DEL HIPÓDROMO

Las cartas que aluden al traslado a los Altos del Hipódromo, en la calle del Pinar, confirman que el plan en torno a la Residencia estaba trazado desde un primer momento. La primera es del 9 de julio de 1913, cuando AJF escribe a Castillejo: «Anteayer conseguí, después de muchos esfuerzos, que se firmase la orden de deslinde y amojonamiento de los terrenos del Hipódromo» (35, I). Las laboriosas gestiones —en las que, según esa misma carta, participó don Francisco— para conseguir que el Estado cediera los terrenos —«un calvario constante en el ministerio», asegura AJF dos días después a Calandre (36, I)— debieron de empezarse bastante antes,³⁰ lo que permite suponer que la casa de Fortuny —con sus sucesivas ampliaciones— fue considerada siempre como un emplazamiento provisional, buscando que el definitivo estuviera apartado del bullicio urbano y cerca del campo, como era el propósito de Giner. Finalmente, tras estudiar e incluso tantear otras posibles localizaciones, como la Moncloa,³¹ se obtuvo un amplio espacio urbano, «alto y despejado» según Moreno Villa, que, además de contar con unas óptimas condiciones de salubridad y aislamiento, y con magníficas vistas a la sierra de Guadarrama —horizonte material y moral de la Institución—,

²⁸ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., pág. 243.

²⁹ AJF, «Ortega en la Residencia» (1957), recogido en *Residentes. Semblanzas y recuerdos*, con prólogo de Alberto Adell, Madrid, Alianza, 1989, pág. 58.

³⁰ En la *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913* (cit., págs. 330-331) se afirma que, «por iniciativa del ministro Sr. [Santiago] Alba, se incluyó por vez primera una partida de 70.000 pesetas, destinada a la adquisición y construcción de edificios y a la instalación de Residencias para estudiantes».

³¹ Véase Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes. 1910-1936. Grupo universitario y Residencia de Señoritas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Acción Cultural Española, 2011, pág. 197.

estaba encaramado en un cerro, detrás del Palacio de la Industria, donde se acababa de instalar el Museo de Ciencias Naturales, y relativamente cerca de la casa de la ILE en el paseo del Obelisco, del Instituto Internacional y de otras obras nacidas al calor de la Institución.

A lo largo de este primer tomo se pueden seguir algunos de los problemas que se debieron afrontar antes de iniciar las obras de los primeros pabellones de la Residencia, cuyo diseño se había encomendado al arquitecto Antonio Flórez, estrecho colaborador de Cossío. Se inauguraron oficialmente el 1 de octubre de 1915, cuando la Residencia cumplía cinco años y todavía no había pasado uno desde la muerte de Giner. Entonces comenzaron los trabajos de urbanización de la Colina —concebida como la *ciudad del estudio*³² soñada por Giner y los suyos—, que no culminarían hasta los años treinta, con la construcción —según proyectos de arquitectos tan destacados como Carlos Arniches, Martín Domínguez y Luis Lacasa— del Instituto de Física y Química, el Instituto-Escuela y el Auditorium de la Residencia. Estos edificios convirtieron los Altos del Hipódromo madrileño en un enclave de la nueva arquitectura europea, en un activo centro de producción de la modernidad en España y, en fin, en emblema de esa modernidad que ha pervivido hasta nuestros días bajo el nombre de «Colina de los Chopos», con el que la inmortalizó el residente Juan Ramón Jiménez. La visionaria «nota reservada» del 10 de diciembre de 1930 de Ignacio Bolívar a AJF (356, 1) supone el cénit de esta propuesta institucionista, cuyo esbozo inicial se pudo pergeñar mientras los primeros residentes llegaban a Fortuny o incluso antes.

³² Tomo la denominación del título del primero de los tres volúmenes en que se dividió la *Historia de la universidad española* escrita por AJF y publicada por El Colegio de México entre 1944 y 1948.

OTROS PROTAGONISTAS DEL PROYECTO

CASTILLEJO

La relación entre AJF y José Castillejo constituye un elemento clave del proyecto institucionista entre 1905 —fecha en la que probablemente se conocieron— y 1936. A lo largo de ese periodo, sus vidas confluyen en el entorno de Giner y la Institución hasta que, más de treinta años después, llegan al destierro en el Reino Unido, país que tanto habían admirado ambos y que, finalmente (aunque sin mucha pompa), los acoge.

En el vivero institucionista (el Museo Pedagógico, el *BILE*, la Universidad Central, la casa del paseo del Obelisco...) se habían formado un puñado de discípulos de AJF (Castillejo, Luis Álvarez Santullano, Domingo Barnés, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Rubén Landa...) que fueron los encargados de dar continuidad al legado de Giner y sus compañeros. En sus últimos años, el maestro todavía pudo seguirlos y tomar decisiones acerca de las responsabilidades que encomendar a muchos de ellos, aunque cada uno imprimirá un sello propio a su trayectoria.

Castillejo va a hacer compatible su carrera universitaria con la ejecución del principal proyecto de la ILE, atentamente seguido por Giner y Cossío. El 5 de febrero de 1906 se traslada desde su cátedra al Ministerio de Instrucción Pública como agregado al Servicio de Información Técnica y Relaciones en el Extranjero. Desde este discreto puesto se planificó y puso en marcha la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en enero de 1907, así como, tres años después, la mayoría de los centros y organismos dependientes de ella. Castillejo es —en palabras de Pablo de Azcárate— «el verdadero artífice»³³ de la JAE, a la sombra protectora y benéfica del recién laureado nobel Santiago Ramón y Cajal, con quien se repartió eficazmente la dirección de la Junta.

Como ocurrió con las vidas de AJF y Fernando de los Ríos, las de AJF y Castillejo también corrieron paralelas. Ambos eran

³³ Pablo de Azcárate, «José Castillejo y la Junta para Ampliación de Estudios», *Ínsula*, núm. 209, abril de 1964, pág. 6.

discípulos de Giner entregados a la ejecución del proyecto modernizador de la ILE y, pese a su juventud, ambos tuvieron que llevar a cabo una obra de gran envergadura en la que pusieron la pasión, el ímpetu y la entrega propias de su edad, pero, a la vez, una dosis considerable de talento y de habilidad para dominar las interferencias y fogosidades juveniles y someterlas a ese plan superior que requería practicar la tolerancia y la sutileza aprendidas y ejercitadas en la casa del paseo del Obelisco.

Las cartas cruzadas entre AJF y Castillejo (la mayoría de ellas publicadas en 1998 por su hijo David) proporcionan información de primera mano que aquí cobra pleno sentido al relacionarse no sólo con las de los demás protagonistas y animadores del proyecto, sino también con las de otros actores de la vida española y europea. En un primer momento, Castillejo —algunos años mayor que AJF— mantiene una clara preponderancia, se muestra casi autoritario, siempre intervencionista, minucioso. AJF responde con paciencia e informa cumplidamente de sus cosas, sin dejar de deslizar alguna ironía, que las menos de las veces trasluce cierta exasperación. Mientras AJF está en Inglaterra en el verano de 1910, Castillejo organiza los preparativos del primer curso de la Residencia y no siempre toma en cuenta a AJF; incluso encarga cosas a otros colaboradores, como Domingo Barnés,³⁴ acaso por reservarse una última palabra en el gobierno de la casa.

El secretario de la JAE mantiene un férreo control y desciende a los detalles más prosaicos de la administración de la Residencia (prueba de ello son las cartas 104, 108, 118 o 150 de este tomo), y hay constancia de que lo sigue haciendo al menos hasta noviembre de 1933 (408, I), según su práctica habitual en los otros institutos de la Junta. Pero este libro recoge igualmente, desde sus primeros pasos, el meditado y paulatino trayecto por el que AJF va encontrando un espacio de autonomía cada vez mayor.

En este proceso, ambos tuvieron diversos motivos de discrepancia. Por ejemplo, uno de los escasos episodios en que veremos a AJF alejarse de su proverbial templanza es cuando, con una virulencia insólita en él, defiende con éxito a su amigo Orueta en su

³⁴ Véanse las cartas de Castillejo a Barnés del 5 y 19 de septiembre de 1910 en *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo. II*, cit., págs. 259-260 y 278-280.

trabajo como investigador del Centro de Estudios Históricos, ante las dificultades interpuestas por un reticente Elías Tormo (45 y 46, I); lo hace con el ímpetu propio de un momento fundacional, y también con la franqueza de alguien que se siente plenamente partícipe del proyecto de la Junta.

No obstante, Castillejo se impondrá en otras decisiones adoptadas entonces, como en la de nombrar director del grupo de niños de la Residencia³⁵ a Santullano, frente al candidato de AJF, García Morente, que, pese a ello, formó parte del profesorado.

Otro problema que se suscita muy pronto, de mayor entidad y que no resulta fácil deducir de la simple lectura de las cartas, es el de las publicaciones de la Residencia. Recién iniciadas, AJF pronostica al secretario de la Junta el 24 de julio de 1914: «Esta empresa editorial sí que va a ser maravillosa» (49, I). Juan Ramón Jiménez, sin embargo, en la correspondencia que mantiene con Zenobia Camprubí —publicada por la Residencia dentro de esta misma colección Epístola—, asegura que Castillejo no veía con buenos ojos que la Residencia tuviera publicaciones propias (consideraba mejor editarlas bajo el sello de la JAE), ni, en consecuencia, que las dirigieran AJF y Juan Ramón. Si hay que hacer caso a este último, AJF decidió comenzar el proyecto sin informar previamente a la Junta. La pugna, más o menos larvada durante 1914, no parece resolverse hasta finales del año siguiente. AJF no desiste y, tan firme como discretamente, prosigue su plan de trabajo.³⁶ El 3 de septiembre de 1915, con los primeros títulos en la calle, recibidos con expectación y elogio, escribe de nuevo al secretario de la Junta: «En efecto, lo de publicaciones va maravillosamente,

³⁵ Sobre el grupo de niños, de cuya historia quedan todavía mucho por saber, véase Almudena de la Cueva, «Los grupos de niños y niñas de la Residencia de Estudiantes. Una aproximación preliminar», *BILE*, II época, núm. 85-86, julio de 2012, págs. 37-50; y también, de la misma autora, «Los grupos de niños y niñas de la Residencia de Estudiantes en el origen del Instituto-Escuela», de próxima aparición en el catálogo de la exposición *Laboratorios de la nueva educación*, editado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza] con motivo del centenario del Instituto-Escuela (1918-2018).

³⁶ Véase al respecto la carta de Juan Ramón a Zenobia fechada el 29 de marzo de 1915, reproducida en Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira*, edición de María Jesús Domínguez Sío, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, pág. 318. Durante el verano de 1915, el conflicto con Castillejo continuaba en plena ebullición (*ibidem*, págs. 450-452, 460, 475, 476 y 512).

gracias a nuestra buena estrella y sobre todo a la inteligencia y devoción que Juan Ramón pone en la obra». Confía en llegar a «un ventajoso contrato» con Antonio Müller que, según espera, proporcionaría a las publicaciones de la Residencia la suficiente autonomía.³⁷ Y remata con una afirmación autobiográfica: «con tenacidad se logra todo» (58, I).

Un último caso de discrepancia, y aparentemente bastante áspera, aunque se trata en realidad de un asunto administrativo, se aborda en la carta del 30 de junio de 1918, en la que AJF se resiste a recurrir a los fondos de la Residencia para cumplir el acuerdo que la JAE había cerrado con el Instituto Internacional, por tratarse de un asunto «completamente ajeno a nuestra administración» (113, I). Pese a ello, dicho acuerdo resultaría muy beneficioso para el grupo femenino de la Residencia, como reconocerá el propio AJF en una carta a su directora María de Maeztu datada en febrero de 1924, al referirse a «la generosidad del casi-donativo» del Instituto Internacional (240, I), ya que el Instituto, afectado por las consecuencias de la entrada de Estados Unidos en la guerra, acabó por ceder a la JAE, por un módico precio, primero el uso y luego la propiedad de su casa de Fortuny. En esta negociación sin duda influyó decisivamente Susan Huntington, una extraordinaria mujer que en 1910 había sucedido como directora del Instituto Internacional a su fundadora, Alice Gordon Gulick, y que desde entonces procuró estrechar las relaciones entre el Instituto y el proyecto institucionista, con el que se sintió cada vez más identificada, como ponen de manifiesto sus cartas.

Más allá de estas diferencias de criterio, el intercambio epistolar entre AJF y Castillejo es muy ilustrativo de los primeros pasos tomados en el momento crucial de la consolidación de la Residencia. La carta de Castillejo del 23 de diciembre de 1914 expone,

³⁷ Según la conversación de Juan Ramón Jiménez con Juan Guerrero Ruiz recogida por éste en *Juan Ramón de viva voz* (Valencia, Pre-Textos, 1988, pág. 36), el 13 de septiembre de 1915 fue «firmado un contrato con Müller (representante o director de la Sociedad General Española de Librerías) para la edición de las publicaciones de la Residencia». A ello debía de referirse AJF el 11 de ese mismo mes, cuando añadió la siguiente posdata en una carta de Juan Ramón a Ortega: «ya ve usted nuestra victoria editorial» (Juan Ramón Jiménez, *Epistolario I. 1898-1916*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, carta 371, pág. 508).

sucinta pero sabiamente, la estrategia trazada para la implantación de sus proyectos. A propósito del grupo de niños, hace un conjunto de jugosas reflexiones que son muestra de un juicio tan penetrante como prudente acerca de los pasos a dar en este caso, la mayoría extrapolables a la política general de la JAE (52, I). La respuesta de AJF del 2 de enero siguiente contiene un lúcido autoanálisis, crítico también con el insuficiente apoyo recibido, que concluye con rotundidad: «Sería tonto no confesar a usted [...] que estuve amargado muy profundamente, pero también le confieso que hoy sólo me felicito de haberme incorporado [a] una experiencia preciosa». Y a continuación vincula la labor de la Residencia con el espíritu que siempre había animado a la ILE y a la JAE: «preparar con tiempo los ensayos y tener como un laboratorio», porque con este término se definió la Institución a sí misma desde los años fundacionales, y así se llamó luego a la JAE. Nuevamente aparece la obstinación, que procede de Giner y es a la vez tan de AJF, quien la cifra en el aforismo de Goethe que va a volver a citar muchos años después en las cartas: «Y ya no descansaré hasta conseguirlo —*ohne Hast aber ohne Rast*—: todo es cuestión de hacer tiempo y con método y paciencia lo haré o mucho me equivoco» (54, I).

El aumento de trabajo obliga a buscar algún ayudante para AJF. En la carta que dirige a Castillejo el 20 de abril de 1917 (también de interés para conocer otros aspectos propios de la casa) se barajan diferentes nombres de colaboradores. Finalmente pudo contar con algunos de ellos que, junto a otros, se fueron sucediendo hasta 1936. Así se va perfilando el organigrama de la Residencia, siempre dentro de una cierta informalidad, al modo institucionista, en el que las funciones efectivas importan más que los cargos. En suma, AJF irá conquistando su propia autonomía, tal y como la formula cuando el proyecto ya había llegado a su plenitud, en su carta a Ángel Establier del 6 de septiembre de 1934: «que el gobierno quede enteramente en sus manos, aconsejado de los mismos que tienen puesta su confianza en usted, pero auxiliado sólo de aquellos que usted, por usted mismo y bajo su completa responsabilidad, elija» (436, I).

Finalmente, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, creo que un buen relato, y quizá también el mejor balance de la

actuación de Castillejo, sigue siendo el vivo y generoso retrato que AJF hace de él en *Ocaso y restauración*,³⁸ que nos muestra al Castillejo esencial. Cuando lo escribió, AJF tenía presentes, con toda seguridad, sus desencuentros a lo largo de treinta años de acción reformadora. Ninguno de esos conflictos malogró la estrecha relación forjada entre ambos en tan prolongada lucha; una relación que se expresó con mucha mayor cordialidad en la breve pero cálida correspondencia del exilio. Al cabo, AJF podía seguir suscribiendo en 1945 lo que había asegurado al secretario de la Junta el 20 de abril de 1917: «veo, y eso me alegra, que estamos de acuerdo en lo fundamental» (92, I). Así se pone de manifiesto en el emocionado elogio fúnebre que AJF leerá en la BBC tras su muerte, en el que apuesta por la continuidad del legado de la Junta, aunque al hacerlo no pudiera adivinar la manera en que esa continuidad se produciría.³⁹

COSSÍO, MORENO VILLA Y PALOMARES

Este epistolario nos invita a seguir investigando sobre las aportaciones del grupo de intelectuales y políticos que contribuyeron a la configuración del proyecto residencial. Todos ellos van trazando un camino que, como el resto del proyecto institucionista, fue dispuesto por Giner y sus colaboradores después de haberlo meditado «cuidadosamente», según AJF, y tras «infinitos tanteos y planes»⁴⁰.

A lo largo del primer tomo sobrevuelan algunos espíritus benéficos. El primero es el de Cossío, pese a que en este libro no hay una correspondencia con él de la significación y fuerza de la mantenida con Giner. Ello se debe, entre otras razones, a que, si bien Cossío siguió frecuentando y asesorando a la Residencia tras la muerte del maestro (como se puede advertir en las cartas 55, 62, 172, 221 o 226 de este tomo), su relación con AJF, sobre todo a partir de la boda con su hija Natalia dos años después, se hizo cotidiana y familiar. Para poder apreciarla cabalmente, así

³⁸ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., págs. 184-185. Recogido en la biografía de Castillejo en el apéndice de este tomo.

³⁹ Ese texto de AJF, leído en la BBC el 31 de mayo de 1945, se reproduce en los pliegos de ilustraciones de este tomo.

⁴⁰ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., pág. 230.

como la influencia que Cossío ejerció sobre AJF hay que acudir a *Ocaso y restauración*. Y lo mismo pasa con Moreno Villa, del que sólo conservamos sus cartas del exilio —eso sí, muy relevantes— y unas pocas referencias en las dirigidas a terceros (145 o 147, I). Quizá se perdiera alguna misiva con la desaparición de los archivos de ambos anteriores a 1936, pero lo cierto es que, al vivir los dos en la Residencia y tener un trato cotidiano, no necesitaban escribirse.

Junto a ellos, el marqués de Palomares constituye otra referencia constante. La correspondencia cruzada en este epistolario por AJF y Natalia Cossío con él y con su esposa —pertene-ciente también a una estirpe institucionista— es magra, pero significativa. En la semblanza que, con motivo de la muerte del marqués en 1946, envía a AJF su viuda se describe con gracia y concisión su estrecho vínculo con la ILE, personal y familiar (1129, II). Resultan igualmente de interés las referencias a los Palomares en otras cartas, en las que se advierte su papel decisivo en el proyecto.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y ZENOBIA CAMPRUBÍ

Juan Ramón y AJF se debieron de conocer entre el invierno de 1904 y el verano de 1905, recién llegado a Madrid AJF y a punto de abandonar la ciudad Juan Ramón, quien apuraba sus últimos meses en casa del doctor Simarro antes de regresar a Moguer.

Un episodio no tan banal como acaso pensaba Castillejo es el paso de la G a la J en el apellido de Alberto por influencia más que probable de Juan Ramón Jiménez. La última carta firmada con G la envía AJF desde Kensington el 24 de abril de 1908 al propio Castillejo (quien, impertérrito, seguirá escribiendo el apellido con la antigua grafía, aunque de forma intermitente, por lo menos hasta 1934 [445, I], como dando a entender que a él no le iban esos esnobismos). Y la primera firmada con J es la dirigida a Palomares el 11 de agosto de 1911, cuando a Juan Ramón le faltaban casi dos años para instalarse en la Residencia de la calle de Fortuny. De hecho, la primera carta que AJF le remite, sin fecha exacta, se ha atribuido al año 1913, pero la siguiente, del 4 de abril de 1914, revela ya gran intimidad: «Mi querido poetilla...».

Si AJF cambió la grafía de su apellido por influencia del poeta moguerño, entonces tuvieron que mantener y acrecentar su relación entre abril de 1908 y agosto de 1911, fechas entre las que se produjo ese cambio. Sea como fuere, el trato entre ambos hubo de iniciarse mucho antes de que Juan Ramón se trasladara a Fortuny. Son muy conocidas las cartas del poeta a su madre del otoño de 1913, en las que describe entusiasmado la vida en la Residencia y expresa ya encendidos elogios a la labor de su joven director e «íntimo amigo».⁴¹

Tampoco es en absoluto fortuito que Zenobia y Juan Ramón se hubieran encontrado por primera vez en la Residencia, precisamente en una conferencia de Cossío. Zenobia había conocido a los Cossío y la ILE nada más llegar a Madrid en 1912. En la que es una de las cartas más hermosas de este libro, del 4 de marzo de 1955, Zenobia, ya muy enferma, evoca para Natalia Cossío ese encuentro —después de recibir la nueva edición inglesa del estudio de su padre sobre el Greco—, componiendo una viva estampa familiar de la casa del paseo del Obelisco y de los ideales e inquietudes que allí se alentaban (1341, III).

Si bien el comienzo de la relación entre la joven recién llegada de América y el poeta fue bastante agitado, especialmente por la previsible resistencia de la familia Camprubí, Juan Ramón encuentra una apasionada defensora en la mujer de Cossío, Carmen López-Cortón, quien le advierte: «estaría pintada para usted»⁴². Un ejemplo excelente de esos trajines iniciales y de la mediación prestada por AJF, desde la confianza de que gozaba con ambos, lo hallamos en una carta que le escribe en noviembre de 1914 Zenobia, quien, pese a su juventud, muestra ya la claridad de juicio, determinación y sensibilidad que caracterizarán su larga y fructífera vida en común con Juan Ramón:

Me alegro me haya usted escrito porque estando usted tan cerca de Juan Ramón le puede conocer y observar mejor que nadie

⁴¹ Véanse las cartas 295 (de la que proceden los fragmentos citados en el texto) y siguientes recogidas en Juan Ramón Jiménez, *Epistolario I. 1898-1916*, cit., págs. 403-406 y ss.

⁴² *Apud* Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira*, cit., pág. 6.

y mejor que nadie me puede aconsejar qué es lo mejor para él. No tema usted que mi amistad por él se quebrante, creo, sólo, que le hace daño y por eso trato de acostumbrarle a verme menos. Además, precisamente porque le quiero bien, no quiero pasarle todas sus «cosas» por alto. Eso sería tal vez más cómodo, pero no me parece prueba de amistad verdadera. Si en cualquier momento pudiere usted advertirme cualquier cosa que hubiera de redundar en bien de Juan Ramón, no titubee en decírmelo porque le aseguro que no sólo no me molestará, sino que se lo agradeceré mucho. En cambio yo le agradecería a usted todo lo que pudiera hacer por distraerlo y darle otros intereses en la vida que le separasen de su persistencia en esta idea fija.⁴³

ORTEGA, LÍDER INTERGENERACIONAL

Ortega, que desde los primeros días de Fortuny acude a la Residencia «diariamente», se convierte enseguida en una figura central del proyecto, como expone AJF en *Ocaso y restauración*: «Su contacto con la Residencia se extiende a todo lo largo de la obra de ésta. [...] Como vocal del Patronato asistió al nacimiento de ella, y veintiséis años después presenció también los últimos días de la vida de la Residencia, en el verano de 1936. Sería inútil encomiar lo que para la Residencia suponía esa larga e ininterrumpida colaboración de Ortega»⁴⁴. Nacidos ambos en 1883, AJF no duda en reconocer autoridad al joven catedrático de Metafísica, a quien, como reflejan las cartas conservadas de aquellos años, consulta importantes cuestiones, entre ellas la programación de las conferencias, en la que Ortega interviene activamente desde los comienzos (33, I) hasta los años treinta (342, I), o la redacción de los documentos programáticos de la casa, en los que resulta evidente la influencia orteguiana, y, en fin, toda clase de asuntos y planes, según el testimonio de Federico de Onís recogido un poco más adelante. Precisamente cuando, tras la muerte de Giner, la Residencia llegaba a su «mayoría de edad» con su traslado definitivo a la Colina de los Chopos, Ortega la convertiría en su

⁴³ Zenobia Camprubí, *Epistolario II. 1895-1936*, edición de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, en prensa.

⁴⁴ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., págs. 233-234.

principal tribuna pública.⁴⁵ Allí, en sus conferencias, que se van sucediendo regularmente a lo largo de los años, entre 1915 y 1930, expone y adelanta buena parte de las propuestas y conceptos que va acuñando y desarrolla posteriormente en sus libros. A lo largo de todo ese periodo, Ortega ejerce un indisputado y fecundo «liderazgo intergeneracional» sobre la vida cultural española —en expresión de Vicente Cacho Viu—⁴⁶, al que ayudan las sucesivas empresas periodísticas y editoriales que promueve: en 1915, la revista *España*; en 1917, el diario *El Sol*; y en 1923, *Revista de Occidente*, que al año siguiente convertirá en editorial. En todas ellas se recogen ampliamente las iniciativas derivadas del proyecto modernizador institucionista y, más concretamente, las relacionadas con la Residencia.

En la configuración de lo que, entre bromas y veras, los residentes llamaban «el espíritu de la casa», Ortega juega un papel relevante. Ayuda a formular —en tensión dialéctica con otros creadores, incluso con Unamuno— algunos de los principios fundamentales del ideario residencial, de acuerdo con el pensamiento de Giner y de Cossío. «En el cuarto de la dirección, Ortega era la antorcha de los reunidos», escribe Juan Ramón Jiménez al evocar las tertulias de esos años en el despacho de AJF.⁴⁷ Probablemente la carta que refleja mejor la estrecha relación que AJF llegó a mantener con Ortega y lo mucho que apreciaba sus consejos es la del 9 de septiembre de 1920 (163, I), aunque otras posteriores (381, I) también lo corroboran.

Ortega estuvo presente, con Unamuno y otros intelectuales, en la inauguración del Colegio de España en París el 10 de abril de 1935, momento de esplendor del proyecto de la Residencia. Meses después aceptó el ofrecimiento de AJF para ponerse junto a su familia al abrigo de la casa, ante la situación de violencia desatada en el Madrid cercado de julio de 1936. Y en el primer año del exilio siguió integrado en el mundo residencial con sus constantes visitas al Colegio de España en París.

⁴⁵ Véase Santos Juliá, «Ateneo y Residencia a propósito de Azaña y Ortega», *BILE*, II época, núm. 83-84, diciembre de 2011, págs. 69-89.

⁴⁶ Véase Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 49-54.

⁴⁷ Juan Ramón Jiménez, «Recuerdo a José Ortega y Gasset», *Clavileño*, Madrid, año IV, núm. 24, noviembre-diciembre de 1953, pág. 46.

Hay otros dos destacados colaboradores de AJF en esta época de los que sólo se recogen cartas del exilio. Federico de Onís —quien, según AJF en *Ocaso y restauración*, fue «jefe de estudios» y miembro del núcleo duro de la Residencia— aparece citado fugazmente —con ocasión de una reunión de su Comité Directivo— en una carta del 7 de diciembre de 1915 (62, I), cuando sale a la luz en el sello editorial de la casa su conferencia *Disciplina y rebeldía*, pronunciada en la Residencia el 5 de noviembre. Pero en 1916 emprende lo que será una marcha definitiva a Nueva York, a la Universidad de Columbia, donde se convertirá, especialmente desde la creación del Instituto de las Españas en 1920, en una suerte de embajador del proyecto modernizador de la JAE. Ese mismo año, AJF se vuelve a referir a él en una carta a Ortega, al evocar los «paseos nocturnos» que los tres solían dar en los años fundacionales de Fortuny (163, I) y en los que, como atestigua el propio Onís, «se hacían los planes para los trabajos que la Residencia desarrolló»⁴⁸. Finalmente, la Residencia le publicará en 1932 una colección de *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*.

El segundo colaborador es Américo Castro, también mencionado de pasada por AJF en algunas cartas de esa época («No he visto hace días a Américo Castro», escribe a Trend el 18 de noviembre de 1925). Es uno de los retratados hacia 1914 en el jardín de Fortuny, con AJE Juan Ramón, García Morente y otros profesores y amigos de la casa, en una foto tomada por una alumna de los cursos para extranjeros, la norteamericana Miss Atkinson, publicada en este tomo y comentada con emoción por AJF en 1960, al llegarle una copia que le envió un discípulo de Américo, Miguel Enguñados (1558, III).

Sabemos que Américo Castro frecuentó a Giner, al menos desde 1908,⁴⁹ y después a Cossío, de quien asegura estuvo muy cerca

⁴⁸ Federico de Onís, «Ortega, joven», *Asomante*, vol. 12, núm. 4, San Juan de Puerto Rico, octubre-diciembre de 1956, págs. 7-20 (cita en pág. 20).

⁴⁹ Véase *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo*. I, cit., págs. 437 y 593-596.

durante los últimos años de su vida;⁵⁰ que, como AJF, prestó servicios remunerados en la biblioteca del Museo Pedagógico;⁵¹ que en algún momento compartió vivienda en Madrid con el grupo de malagueños y un refugio en Toledo con Moreno Villa, Alfonso Reyes y Solalinde;⁵² y que sin duda tenía suficiente familiaridad con AJF como para que se tutearan desde la primera misiva, del 29 de enero de 1937. En cartas posteriores se encuentran preciosos testimonios de su participación en la primera etapa de la Residencia (1528, III) y en muchas más reflexiona y ofrece datos inéditos en torno al proyecto institucionista.

Otros tres importantes colaboradores y amigos de AJF en la obra de la Residencia aparecerán más adelante: J. B. Trend, coincidiendo con el momento de su llegada a España y sus primeros contactos con AJF; Jacobo Fitz-James Stuart, duque de Alba, de quien se tiene por primera vez noticia cuando se funda el Comité Hispano-Inglés, que presidió siempre; y Marcelino Olivares, que se incorporó como jardinero de la Residencia con su traslado a la Colina de los Chopos, que requería unos cuidados profesionales regulares. Los dos primeros reaparecerán, y con mayor relevancia, en el destierro. Por su parte, la correspondencia de Marcelino —que, como la de García Morente, Castro y Onís, es del exilio— y las menciones que hace de él AJF en otras cartas atestiguan el aprecio que le tenía y el importante papel que jugó en una institución cuya vida cotidiana y cuya imagen resultan —en la mejor tradición epicúrea— inseparables de su jardín.

⁵⁰ Véase Américo Castro, «Manuel B. Cossío. Fue él y fue un ambiente», *Revista de Pedagogía*, año XIV, núm. 165, Madrid, septiembre de 1935, págs. 385-399 (especialmente pág. 389).

⁵¹ Véase Eugenio M. Otero Urtaza, *Manuel Bartolomé Cossío. Trayectoria vital de un educador*, Madrid, Publicaciones de la Residencia/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994, pág. 290.

⁵² Véase José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía* (1944), recogido en *Memoria*, cit., 2011, págs. 85 y 100.

EL INSTITUCIONISMO Y LA POLÍTICA

En este primer tomo son escasas las referencias expresas a la política. Los variados comentarios sobre ministros y altos cargos están principalmente relacionados con la administración de la Residencia, y tan solo se suscitan por parte de AJF algunas reflexiones de mayor calado ante la grave amenaza que se cernió sobre el proyecto de la JAE y sus centros durante la dictadura primorriverista. Sin embargo, la labor de AJF, de sus amigos y colaboradores tiene, a la vez, una base y una finalidad política —aunque no partidista—, en la medida en que participa del proyecto de la ILE tal y como fue concebido por Francisco Giner de los Ríos, quien había llegado al convencimiento de que la única posibilidad para lograr una modernización efectiva de una sociedad atrasada, predominantemente agraria y con un elevado índice de analfabetismo, como era la española cuando se fundó la Institución en 1876, requería contar con la complicidad de la mayor parte de los españoles a través de un proceso que extendiera hasta la última aldea la educación, promoviese el amor por la ciencia y su práctica, y permitiera formar ciudadanos libres y responsables de sus actos.

Naturalmente este plan tenía un indudable componente político, y no sólo a largo plazo. Giner consideraba que sólo podría prosperar si rechazaba cualquier subordinación a los usos (a menudo corruptos) de políticos y partidos, pero también concluyó, junto con quienes compartió el diseño del proyecto, que para conseguirlo resultaba imprescindible aprovechar todos los medios que pudiera proporcionar el aparato del Estado.

Lo logrado entre 1876 y 1936 confirma el acierto de esta opción estratégica, adoptada tras un debate muy vivo en el que se enfrentaron diferentes posiciones sobre el camino a seguir. Al cabo, esa sutil combinación de radical independencia y versátil y multiforme influencia sobre la política que terminó caracterizando a la ILE fue un destilado de Giner, reflejado fielmente en el artículo 15 de los estatutos de la Institución, principio y fundamento de la casa: «La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y

exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas».

Giner y Cossío, como líderes de la ILE, mantendrían una celosa independencia, lo que no significa que no contribuyeran o asesoraran en lo que se requiriera. Y éste sería también posteriormente el caso de AJF y de Castillejo.

La sutileza y complejidad de las relaciones entre la ILE y la política es una clave imprescindible para la lectura de esta correspondencia, tanto en la época en que se desarrolla la labor de AJF en la Residencia como en la posterior de guerra y exilio.

LA ENCRUCIJADA DE 1914

1914 es el último año en el que todavía coinciden en la vida cultural Giner, Unamuno y Ortega, máximos exponentes de la continuidad de la tradición liberal española. La instantánea (recogida en 1926 en el primer número de la revista *Residencia* y luego reproducida repetidamente) del joven Ortega leyendo en la prensa la noticia del estallido de la guerra delante del edificio de Fortuny, comentada cuatro décadas después por AJF;⁵³ resulta muy elocuente de ese momento en el que un grupo de intelectuales, artistas y científicos españoles, algunos de los cuales habían completado o iban a completar su formación en el extranjero gracias a la JAE, asumen plenamente la conciencia de su pertenencia a Europa —como emblema de su voluntad reformista— en conexión con colegas de otros países, precisamente cuando el Viejo Continente se precipitaba hacia lo que la historiografía reciente considera una prolongada guerra civil o una nueva guerra de los treinta años. Mientras los países más avanzados del mundo se encaminaban hacia esa devastadora contienda —el primer episodio de una época de violencia que se dilataría por lo menos hasta 1945, con un saldo de muertes, destrucción y crímenes abominables jamás alcanzado anteriormente—, en España —en parte gracias a que consiguió mantener la neutralidad durante la Gran Guerra— se afianzaba un periodo de esplendor cultural sólo comparable al Siglo de Oro y llegaba a su plenitud el proyecto impulsado desde

⁵³ AJF, *Residentes. Semblanzas y recuerdos*, cit., págs. 58-59. La fotografía de Ortega se reproduce en los pliegos de ilustraciones de este tomo.

1876 por la ILE. Esta contradicción, que va a definir en sí misma todo el periodo de entreguerras, es vivida con intensidad por los institucionistas desde el inicio de la ofensiva.

AJF ofrece en *Ocaso y restauración* un elocuente relato de aquellos días: «Esta primera guerra europea despertó rudamente a Giner de un ensueño de una Europa elevada» al papel de líder de las naciones encaminadas «hacia un futuro de paz y colaboración mundiales». Y, aunque de los últimos años de vida del maestro sólo se incluyen en este tomo una carta (30, I) y una mención (35, I), AJF relata en *Ocaso y restauración* una visita a Giner que tuvo lugar entonces: «Yo también me sentía desconcertado. En mi obra residencial, que estaba en sus comienzos, [...] me creía obligado a ofrecer orientaciones a los universitarios [...]. Como siempre que me sentía necesitado de inspiración, acudí a don Francisco. Hablamos y nos lamentamos de la guerra. Mis amigos y yo habíamos ideado inteligentes soluciones de política internacional, que, con entusiasmo juvenil, expuse ante Giner». La lección que parece sacar AJF de su charla con Giner es que «sólo en un sentimiento de conmiseración, de piedad, de simpatía, que nos lleve a comprender la trascendental unidad de la raza humana», se podría resolver el conflicto y evitar «la pérdida de todos los frutos de la civilización» (quien escribe todo esto es el AJF de finales de los cuarenta, de nuevo preocupado por el clima, cargado de oscuros presagios, del comienzo de la Guerra Fría).⁵⁴

Semanas después del comienzo de la Gran Guerra, los primeros alumnos del recién creado grupo de niños de la Residencia ocupaban los pabellones, aún en obras, que se estaban construyendo en los Altos del Hipódromo. Los tutelaba el pedagogo, discípulo de Cossío y colaborador de Castillejo Luis Álvarez Santullano, ayudado por el joven institucionista Rubén Landa. En el otoño del año siguiente se trasladaban también allí los residentes universitarios, aproximadamente un centenar, aunque todavía proseguían las obras.

Dos de los pabellones que dejaron libres los residentes en el primitivo emplazamiento de la calle de Fortuny serían ocupados durante ese curso 1915-1916 por las primeras matriculadas en

⁵⁴ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., pág. 188.

la recién creada Residencia de Señoritas, dirigida por María de Maeztu,⁵⁵ que hace su aparición en este epistolario el 2 de octubre de 1915 y cuya presencia, a partir de entonces, será constante hasta 1936 (de las 69 cartas que se cruza con AJF sólo cinco, aunque de gran interés, son del exilio). El grupo de niños se instaló igualmente en Fortuny y no regresaría a la Colina —salvo para practicar deportes— hasta la construcción del quinto pabellón en el invierno de 1917.

EN LA COLINA DE LOS CHOPOS

«CAMBIOS TRASCENDENTALES»

Entre 1914 y 1917 suceden muchas cosas en el mundo, en España y, desde luego, en la Residencia y en la propia vida de AJF, que será quien se refiera en una carta a Unamuno a esos «cambios trascendentales» (94, I). Ante todo, la guerra. Considero relevante que una de las primeras publicaciones de la Residencia, mencionada reiteradamente en este tomo y traducida ni más ni menos que por Juan Ramón Jiménez, fuese *Vida de Beethoven*⁵⁶, héroe indiscutible de la cultura germánica (pero héroe de una Europa fraternal y de ciudadanos y pueblos libres) propuesto en plena guerra como modelo para las jóvenes generaciones por el intelectual francés Romain Rolland, premio nobel de Literatura en 1915 que encabeza desde sus comienzos el movimiento antibelicista en Francia⁵⁷.

El 1 de mayo de 1916, la Residencia acogió a otro autor francés, Henri Bergson, acompañado de un grupo de académicos, en una

⁵⁵ Para más información sobre el grupo femenino de la Residencia de Estudiantes, véase el catálogo de la exposición organizada con motivo de su centenario: *Mujeres en vanguardia. La Residencia de Señoritas en su centenario (1915-1936)*, edición de Almudena de la Cueva y Margarita Márquez Padorno, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2015.

⁵⁶ Romain Rolland, *Vida de Beethoven*, traducción de Juan Ramón Jiménez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.

⁵⁷ Ese movimiento generó en Francia reacciones muy duras por parte de los partidarios de la guerra con Alemania, entre los que se incluye a buena parte de la intelectualidad de izquierdas. Rolland, al enfrentarse a la mayoría belicista, «necesitó de una energía poco común», según Christophe Prochasson (véase de dicho autor «Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas de compromiso», *Ayer*, núm. 91, 2013, págs. 44-48).

gira de propaganda a favor de los aliados. En este tomo se publica la circular que AJF dirigió a Ortega invitándole a la recepción en honor del «ilustre pensador» (68, I), que también remitió a otros, como a Azorín.⁵⁸

Ante un conflicto de esa envergadura, la Residencia y su presidente, pese a la juventud de ambos, mantienen el equilibrio y la discreción, que serán marca de la casa. AJF había publicado a Rolland, pero también «abrió las puertas a Bergson y los académicos franceses que con él vinieron», y los llevó a «todos los sitios» donde podían «ganar amigos» en un momento en el que todavía no había muchos aliadófilos en Madrid, según él mismo relata a Solís en 1960 (1590, III). Sin embargo, en su carta a Unamuno del 10 de mayo de 1916, AJF no parece haber quedado del todo satisfecho con la visita (71, I).

Y así llegamos a 1917, un año crucial para la Residencia, pero también para la historia española e internacional. El interés con el que se seguía la situación internacional en la Colina de los Chopos fue celebrado por Francesc Cambó —en su conferencia sobre las repercusiones económicas de la guerra, pronunciada el 8 de mayo de ese año—, para quien la Residencia «es como un oasis en el desierto, donde tienen repercusiones las vibraciones de la vida universal»⁵⁹. Por su parte, AJF deja traslucir en un par de ocasiones su sensibilidad por la situación prerrevolucionaria en España y en el resto del mundo. En una breve carta a su hermano Gustavo del 11 de abril de 1917 (nueve días después del discurso del presidente Wilson que llevó a que el Congreso de Estados Unidos declarara la guerra a Alemania) se refiere a la contienda en estos términos: «Mi impresión es que tendremos que entrar nosotros relativamente pronto y que, interiormente, estamos a dos dedos de una revolución». Y en otra carta, a Unamuno, del 14 de junio de ese año, augura: «Por las noticias que me llegan de los amigos de provincias, esos cambios trascendentales se esperan en toda España...». AJF había asistido al mitin de las izquierdas

⁵⁸ Con fecha del 25 de abril de 1916, AJF envía a Azorín la misma invitación (reproducida por Laureano Robles Carcedo en «Correspondencia entre Juan de la Cierva y Azorín (1915-1920)», *Anales Azorinianos*, núm. 10, Alicante, 2007, pág. 315), aunque añade al escritor de Monóvar su agradecimiento por haberle hecho llegar una evocación de Giner que Azorín había publicado en *La Prensa* de Buenos Aires.

⁵⁹ Revista *Residencia*, núm. 1, enero-abril de 1926, pág. 86.

celebrado en la plaza de toros de Madrid el 27 de mayo de 1917, en el que participaron los líderes e intelectuales afines al Partido Reformista, entre ellos Unamuno, junto a sus nuevos aliados republicanos y obreros. En la mencionada carta del 14 de junio, AJF escribe: «no nos vimos a su paso por Madrid, pero yo bien que le oí y vi con qué emoción se dirigía usted al pueblo» (94, I). Precisamente en ese mismo mes comenzó la sublevación militar promovida por las Juntas de Defensa, seguida por la Asamblea Parlamentaria de Barcelona del 19 de julio y la huelga general del 10 al 13 de agosto. La revuelta quedó aparentemente sofocada al evitar el Gobierno conservador de Dato la confluencia entre los tres movimientos de descontentos. Pero se había producido la primera gran crisis del sistema político de la Restauración, una crisis nunca resuelta que acabaría por desembocar primero en el golpe de Estado de 1923, después en la República de 1931 y finalmente en la guerra de 1936.

Todo esto ocurre a la vez que España, favorecida por la neutralidad, vive una relativa expansión económica y demográfica, y un florecimiento cultural, incluso científico, sin precedentes. También para la JAE y la Residencia es un momento de expansión y crecimiento en todos los ámbitos. Con el traslado a los Altos del Hipódromo se produce un notable incremento de actividades y de residentes: se instalan en la Residencia «dones» de tanta influencia para su historia como Ricardo de Orueta en 1915 o José Moreno Villa en 1917, año en el que también llega, entre los jóvenes, Luis Buñuel, seguido de Federico García Lorca (1919) o Salvador Dalí (1922).

Los cambios afectan igualmente a AJF, que, en un Madrid agitado por la efervescencia prerrevolucionaria de la primavera y el verano de 1917, prepara su boda con Natalia Cossío, celebrada el 4 de agosto. En la ya citada carta a Unamuno, AJF le confirma su compromiso y le da las gracias por su enhorabuena (94, I). Recién casado, el 4 de septiembre escribe a Juan Ramón Jiménez desde la quinta coruñesa de San Victorio y le cuenta cómo han recibido en la familia de su mujer sus *Sonetos espirituales*, editados ese año por Calleja y en los que se incluye «A una joven Diana» —trasunto de la propia Natalia—: «El libro nos gusta mucho a todos [...]. Más de una noche se lee aquí en voz alta con todo el

afecto elogioso que usted sabe que Cossío pone en las obras de usted». En esa misma carta, al referirse a la amistad entre ambos, se congratula de «haberse sentido capaz de anudar tres o cuatro lazos de intimidad que dan seguridad y extensión a la vida» (97, I). Ya por entonces, Juan Ramón había decidido abandonar cualquier labor ajena a su quehacer poético (deja la dirección de las publicaciones de la Residencia, como había hecho en la editorial Calleja), para concentrarse en su propia obra. También reducirá drásticamente su vida pública y apenas si ofrecerá en los años siguientes algún recital a los residentes y a los asistentes a los cursos de vacaciones.

LAS BIBLIOTECAS POPULARES

Otro importante acontecimiento del año 1917 es el comienzo de un nuevo proyecto alentado por AJF y la propia Residencia: las bibliotecas populares, a propósito de las que hay numerosas referencias en las cartas desde el 27 de septiembre de 1918, cuando AJF escribe a León Sánchez Cuesta por primera vez sobre el tema, hasta 1926, año de la última carta en la que se la menciona explícitamente, aunque hay constancia de su continuidad hasta 1936.⁶⁰

El proyecto comenzó en Asturias, cuna de la Extensión Universitaria⁶¹, en el verano de 1917, gracias a la labor de un grupo de residentes asturianos encabezado por León Sánchez Cuesta, el principal corresponsal de AJF sobre esta empresa. Sánchez Cuesta prestó ayuda a AJF en diversos asuntos de la vida cotidiana residencial, por lo que este último llegó a plantearle dar «forma jurídica» a su colaboración (120, I) y siguió atentamente su trayectoria profesional como librero y distribuidor de proyección internacional, con el que terminaría por asociarse en algún negocio. Todo ello se recoge en diferentes cartas.

También formaban parte del proyecto el futuro catedrático Francisco Beceña, otro destacado colaborador de AJF en la Residencia, tutor de estudiantes de Derecho entre 1915 y 1926, y

⁶⁰ Sobre el proyecto de bibliotecas populares, véase en este tomo la nota 305 de la carta 120.

⁶¹ Sobre la Extensión Universitaria de Oviedo, véanse las notas 24 (5, I), 29 (6, I) y 569 (257, I).

fundador de la primera biblioteca en Cangas de Onís;⁶² o Fernando García Vela, discípulo de Ortega, que acabará siendo su mano derecha en Revista de Occidente. Un escogido grupo de universitarios —al que se suman algunos más, citados en cartas posteriores— que se convierten en agentes del institucionismo en una España que todavía tenía una tasa de analfabetismo en torno al 45%, y en la que se acrecentaba cada día más la brecha entre la nueva sociedad urbana y la rural, en regresión desde comienzos del siglo xx, pero todavía muy extensa y en una buena parte ensimismada en un mundo ancestral, con fuerte influencia del viejo poder caciquil y del sector más arcaico de la Iglesia.

Y aquí las cartas nos permiten una visión, si no nueva, desde luego mucho mejor enfocada y documentada de lo que, lejos de constituir —como a menudo se ha expuesto— un episodio más o menos anecdótico y bienintencionado, oscurecido por otras páginas brillantes de la historia de la Residencia, forma parte de un objetivo central de la ILE desde su fundación: la interacción entre la «alta cultura» y la cultura popular, una relación de ida y vuelta, tal y como fue entendida por Giner y Cossío, quienes consideraban que nunca podría triunfar el proceso de modernización sin «levantar el alma del pueblo entero», por decirlo en palabras de Giner.

Un objetivo largamente buscado, primero por krausistas y luego por institucionistas, era alcanzar la armonía social, y por ello, en vez de la lucha de clases, se optaba por la redistribución de la riqueza, incluyendo el saber. No resulta casual que las bibliotecas populares se hubieran fundado en una región donde confluyen una población obrera procedente sobre todo de la industria minera, numerosa, organizada y concienciada, y una sólida tradición institucionista, forjada por el grupo de profesores de la Universidad de Oviedo. Y se inician precisamente cuando la crisis social y política se ha hecho patente, buscando que los jóvenes universitarios que tienen el privilegio de formar parte de uno de los proyectos más refinados y exigentes de la Europa de entreguerras, como ya es entonces la Residencia, no se encierren en una torre de marfil y sepan proyectarlo en una labor social consciente y solidaria. Hasta

⁶² Sobre Francisco Beceña, véanse la nota 306 en la carta 120 de este tomo y el estudio biográfico de Manuel Cachón Cadenas *Francisco Beceña, un procesalista de primera hora*, Barcelona, Atelier, 2017.

en las reglas de estas bibliotecas, en las que aletea la influencia y quizá la pluma de Cossío, se respira un aire muy afín al que más tarde alentará las Misiones Pedagógicas, según leemos en el exquisito texto del folleto editado en el verano de 1918⁶³.

Desde 1918 en adelante emerge en las cartas un AJF que no responde a su habitual retrato de educador de minorías, sino que dedica una parte de su tiempo a una apasionada promoción de la cultura para todos, fundando bibliotecas y organizando en su entorno conferencias, música... en diferentes ciudades y pueblos de España y con diferentes formatos. Por orden de aparición en el epistolario: Asturias, Segovia y su Universidad Popular, y la Residència d'Estudiants en Cataluña; en todos esos casos contamos con una apreciable colección de cartas que reflejan un continuo trasiego de libros y conferenciantes, muchas veces desde la Residencia de Madrid. AJF se ocupa personalmente tanto del envío de los libros (también a las otras residencias universitarias que le solicitan su ayuda) como de los viáticos y pagos a los conferenciantes.

Así, en las cartas es relativamente frecuente que AJF se interese por los gastos de «viaje de ida y vuelta y de estancia», como en el caso de Unamuno, conferenciante en 1919 en el Ateneo Obrero de Gijón, o de quienes se desplazan a Segovia para hablar en la Universidad Popular. Fundada ese mismo año por un grupo de profesores del Instituto y la Escuela Normal de Segovia, como Antonio Machado, estuvo administrada sucesivamente por los profesores Andrés León Maroto (antiguo residente, protagonista destacado de este epistolario) y Antonio Ballesteros, interlocutor de AJF en nombre de ese activo grupo segoviano y exponente de una brillante generación de pedagogos formados por la JAE, de la que Ballesteros disfrutó de tres pensiones, la primera de ellas dirigida por Santullano.

MOMENTOS ESTELARES, CRISIS SUCESIVAS

En la anteriormente citada carta a Castillejo del 20 de abril de 1917 ya se puede adivinar una crisis, sin duda de crecimiento

⁶³ Folleto *Bibliotecas populares. 1918-1919*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, [1918], especialmente la pág. 6. Sobre las Misiones, véase Eugenio Otero Urtaza (ed.), *Las Misiones Pedagógicas. 1931-1936*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

de la Residencia, que lleva, entre otras cosas, a plantear la necesidad perentoria de buscar algún colaborador para AJF, quien declara con rotundidad: «Ya que usted lo dice, hora es de que yo lo confirme: en la situación actual no hubiera podido ni debido continuar un año más» (92, I). A pesar de que desde entonces la Residencia inicia una etapa de florecimiento y progreso que sólo interrumpirá la guerra civil, se pueden constatar nuevas crisis. A una primera, más fuerte y personal, se refiere AJF de forma inequívoca en la también mencionada carta que dirige a Ortega el 9 de septiembre de 1920, en la que, entre otras «amarguras», confiesa haber experimentado un «máximo desencanto de mi pobre obra, inquietudes de otros órdenes [...]». ¡Si viera usted cómo recuerdo ahora nuestros paseos nocturnos con Onís! Me amarga pensar que no pueda iniciarse en mí una segunda fe y que sea hombre roto por dentro. A veces me rebelo y creo que he gastado demasiada ingenuidad y trabajo para merecerme esto. Sin duda yo no he sabido mirar el mundo de una manera inteligente: ¿estoy ya a tiempo?» (163, I).

Un desahogo cuyas claves interesa desentrañar, pero que no es representativo de una época en la que la Residencia se encuentra «archiflorecente», como escribirá AJF a Trend (281, I), tal vez aludiendo a una carta de Valéry a Ortega tras su visita a la Residencia para pronunciar una conferencia sobre Baudelaire.⁶⁴ El epistolario recoge numerosos testimonios de la labor de AJF y sus nuevas relaciones durante ese periodo. Tantos momentos extraordinarios, tantos episodios brillantes entrevistados fugazmente en las cartas: esa de Alfonso Reyes del 1 de marzo de 1917 que nos lo muestra ya como un joven sabio, desarrollando en unas cuartillas torrenciales todo un plan de ediciones de clásicos españoles; o las que AJF escribe a Falla sobre posibles conciertos y ediciones musicales, además de aquella en la que le convida a una velada improvisada, mágica, con el gran Ricardo Viñes al piano, evocando para los residentes ese mundo único de los

⁶⁴ Después de la conferencia que pronunció el 17 de mayo de 1924 en la Residencia de Estudiantes, Valéry envió a Ortega una carta en la que se refiere a «cette residence, calme, vivante, florissante et fleurie». Véase Javier Zamora Bonilla, «La presencia de Ortega en la Residencia de Estudiantes», *Revista de Occidente*, núm. 355, diciembre de 2010, págs. 31-57 (cita en págs. 53 y 54).

últimos bohemios de Montmartre, que solían reunirse en la casa parisina de los Viñes (a la que unos años después acudirá fascinado el joven Buñuel, cuando emigre a París); o las breves pero importantes líneas con que AJF reconoce agradecido el apoyo que brinda Urgoiti a sus ediciones, en plena crisis de existencias de papel al finalizar la Primera Guerra Mundial; o esa otra carta emocionante en la que Urgoiti, sumido en su trágica enfermedad mental, saca fuerzas para interesarse desde su sanatorio en Suiza por la salud de Cossío, por quien manifiesta una sincera devoción; o las que AJF escribe a Winthuysen, pintor y paisajista (cuyas contribuciones en el jardín de la Colina de los Chopos aún mantienen su encanto), a propósito de la conferencia que, según se documenta en el epistolario (193, I), pronunció en la Residencia el 27 de enero de 1922.

Aparecen citados, aunque no sean corresponsales, personajes hoy apenas recordados y, sin embargo, protagonistas de la aventura residencial, como el infortunado artista malagueño Moreno Calvet, residente y autor de uno de los más bellos alzados de la Colina de los Chopos, reproducido en una postal a Ángel Llorca recogida en los pliegos de ilustraciones; o el también dibujante Marco, que no es corresponsal, pero al que se refieren muchas de las cartas sobre publicaciones.

Tampoco podía faltar Avelino Gutiérrez, fundador y alma de la Institución Cultural Española, que tanto hará desde Buenos Aires por fortalecer las relaciones internacionales del proyecto institucionalista, y en cuyo honor AJF ofrece una recepción.

La correspondencia revela asimismo nuevos problemas. Pese a los intentos de mediación de AJF, Federico de Onís y otros amigos,⁶⁵ la relación entre Unamuno y Ortega se hace cada vez más difícil, y termina por provocar durante unos años decisivos el alejamiento progresivo de don Miguel de la vida residencial, a medida que Ortega va ganando protagonismo en ella.

Buena prueba de ello es que, pese al afecto y respeto que reiteradamente le manifiesta AJF, Unamuno no siempre se aloja en la Residencia en sus desplazamientos a Madrid, ni tampoco la visita

⁶⁵ Véase Antonio Juan Onieva, «Recuerdos de la Residencia (Fragmentos)», *Revista de Occidente*, 2.^a época, año VI, núm. 66, septiembre de 1968, págs. 297-306.

como antes, o al menos así parece deducirse del interés de AJF por volver a contar con él, a tenor de lo que le comenta, por ejemplo, el 14 de junio de 1917 (94, I) o el 22 de febrero de 1922 (196, I). Igualmente, el 21 de septiembre de 1920, después de enterarse de que la Audiencia de Valencia lo había condenado por injurias al rey, AJF le envía su adhesión (164, I). La distancia, que, tal como reflejan las cartas, quizá pudo incrementarse por las habituales discrepancias que don Miguel —siempre escaso de ingresos con que sustentar a su numerosa prole— mantuvo con sus editores, se ahonda con su destierro y posterior exilio en la dictadura de Primo de Rivera (pese a que AJF procura preservar el contacto aun entonces y le remite informes a París como el de 1925, a propósito de la sempiterna cuestión de las liquidaciones de los libros [260, I]). Pero, con la proclamación de la República, Unamuno vuelve a su antiguo refugio madrileño, en el que también fueron residentes algunos de sus hijos —sobre los que se escribe con AJF (119, I)—, lo que es muestra inequívoca de que nunca había desaparecido su confianza en la casa. Hay constancia en el epistolario de una visita de Unamuno a la Colina de los Chopos en septiembre de 1931 (366, I), y, por fin, en el número 6 de la revista *Residencia*, correspondiente a diciembre de 1932, se publican unas fotos suyas sentado en el jardín, confeccionando sus famosos animales de papel, y se anuncia que don Miguel «ha venido una vez más a convivir con nosotros, a ser su Residente, el perfecto»; así es nuevamente reputado por AJF en *Ocaso y restauración*: «el perfecto residente»; y así se queda ya fijado para siempre en el imaginario de la casa.

J. B. TREND

Ángel benéfico de la Residencia y de los Jiménez Fraud, generoso anfitrión durante su exilio y cómplice hasta el final, Trend, primer catedrático de Estudios Hispánicos de la Universidad de Cambridge desde 1933, es uno de los más lúcidos y desconocidos exponentes del espíritu de entreguerras, como también lo fue el propio AJF. En este tomo se recoge la primicia de su aproximación al institucionismo cuando, tras una visita a la Residencia en el otoño de 1919, en diciembre de ese año AJF le envía, también de parte de Cossío, una invitación a tomar el té en la casa de

la Institución (144, I). Posteriormente se alojaría siempre en la Residencia —para él, «my college in Madrid»—, de la que sería colaborador hasta 1936. De todos los extranjeros que visitaron la ILE es en Trend, probablemente, en quien Cossío y la Institución ejercen la más fuerte fascinación, o, en todo caso, la que va a tener mayores consecuencias.

Espléndido fruto de la pronta identificación de Trend con el mundo de la ILE es *A Picture of Modern Spain* (1921), su primer libro, aún no traducido ni publicado íntegramente en castellano, pese a que contiene, como también su posterior versión ampliada *The Origins of Modern Spain* (1934), algunas de las mejores páginas que se hayan escrito sobre la Institución, la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes.⁶⁶

Ya en esos primeros años asesora al presidente de la Residencia sobre la elección de conferenciantes internacionales, e incluso brinda su mediación con los del Reino Unido. Para AJF, la confianza en Trend es una apuesta segura desde entonces, como le confirma el 14 de noviembre de 1933: «Bien sabe que tengo mucha fe en todo lo que me recomienda y que cada gestión de usted ha sido un gran éxito: Bruce, The English Singers, etc.» (406, I). Y a partir de ahí se convierte en uno de los principales protagonistas de este epistolario, donde brillan con luz propia sus cartas. En ellas plasma su liberalismo radical, aunque irremediabilmente *snob* —muy especialmente en las dirigidas, llenas de complicidad, a Natalia—, en el que no faltan sus punzantes pero nunca crueles ironías, por ejemplo las bromas sobre «Keyser-ton» y «Chesterling», en alusión a Hermann Keyserling y G. K. Chesterton, cuyos nombres confundía Trend, acaso deliberadamente, desde que, invitados a pronunciar sendas conferencias, ambos coincidieron en la Residencia en 1926 (cartas 284 y 285 de este tomo).

⁶⁶ Véase J. B. Trend, *A Picture of Modern Spain. Men & Music*, Londres, Constable & Company, 1921, págs. 17-45. La traducción del capítulo «Oxford y Cambridge en Madrid», sobre la Residencia de Estudiantes, fue publicada en el monográfico que el *BILE* dedicó a AJF y la Residencia de Estudiantes con motivo de su centenario (II época, núm. 78-80, diciembre de 2010, págs. 339-346). Así mismo, el capítulo «Cossío or the Day's Work», incluido por Trend en *The Origins of Modern Spain* (Cambridge, Cambridge University Press, 1934), ha sido traducido como «Cossío o De su jornada» en VV. AA., *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas*, vol. 3, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]/Acción Cultural Española, 2013, págs. 539-553.

En 1934, Trend escribe con su habitual finura: «La Institución [...] ha sido como una vacuna inoculada en el organismo de España; no ha crecido hasta convertirse en la Residencia o en ninguna de las otras entidades creadas bajo su influencia, aunque sí ha sido la causa de su crecimiento. Nunca tuvo un sistema educativo concreto que pudiera instituirse por decreto en todo el país. Más bien ha sido un experimento prolongado, perpetuo; una dirección, un objetivo, una tendencia; una reforma nunca terminada; durante cincuenta años ha sido el fermento más activo para la renovación, la puerta más importante por la cual las ideas modernas podían penetrar en España»⁶⁷. Una prueba, más que de afinidad, de plena integración de Trend en la descendencia espiritual de Giner, sobre la que volveré al tratar del exilio.

LA CÁTEDRA DE LA RESIDENCIA

AJF, Castillejo y los colaboradores de ambos van a ejercer una destacada labor en el movimiento de solidaridad entre numerosos intelectuales de todo el mundo que se consolida en España, tras la firma del armisticio en noviembre de 1918. Animada por el legado intelectual y moral de Giner —y, a su través, por el de la tradición ilustrada que representa el krausismo, enraizado en la doctrina kantiana de la «paz perpetua»—, esa labor tendrá como fruto más destacado la que AJF llamó «la cátedra de la Residencia», concebida desde un primer momento dentro de un marco europeísta e internacionalista característico del institucionismo que dio como resultado que algunos de los exponentes del pensamiento o la creación científica y artística más sobresalientes de Europa y América fueran invitados a impartir conferencias en el salón de la Residencia.⁶⁸

⁶⁷ J. B. Trend, *The Origins of Modern Spain*, cit., págs. 194 y 195.

⁶⁸ Así, en una España (y una Europa) sacudida por la crisis intelectual y vital de entreguerras, estos cada vez más numerosos corresponsales y visitantes internacionales influyeron positiva y decisivamente en el ya predispuesto Alberto Jiménez y en el «espíritu de la casa»: «el gran ejemplo de esos ilustres huéspedes de la Residencia [...] dejó en todos nosotros una huella bien plantada dentro de la gran tradición liberal» (AJF, *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del presidente de la Residencia*, Oxford, edición privada impresa en Valencia por Tipografía Moderna, 1960; y edición facsímil, con introducción de José García-Velasco, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, págs. 22-23).

Conforme al viejo propósito de la ILE de estimular y apoyarse en la iniciativa privada, AJF contó en esta empresa con la ayuda de dos sociedades que colaboraban en su organización y la financiaban: el Comité Hispano-Inglés, fundado en 1923⁶⁹ y presidido por el duque de Alba, y la Sociedad de Cursos y Conferencias, creada en marzo de 1924. Paralelamente, tanto AJF como Castillejo colaborarían con el flamante Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, que llegaría a celebrar algunas de sus sesiones en la Residencia. De todo ello encontraremos numerosos testimonios en las cartas.

Al final de los años veinte y comienzos de la nueva década —momento de esplendor del proyecto institucionista y, en concreto, de la Residencia— se incrementa el movimiento de intelectuales y artistas que, procedentes de todo el mundo, se encuentran en la Colina de los Chopos con sus colegas españoles, con los residentes y con un público interesado.⁷⁰ Este libro contiene numerosas muestras de aquel intenso tráfico cultural que ha llevado a que las cartas de AJF dirigidas a Joyce, Woolley, Valéry o Pelliott sean custodiadas en centros internacionales como el Museo Británico, la Biblioteca Nacional francesa, el Museo Guimet o la Fundación Le Corbusier. Este último, tras pronunciar en la Residencia dos lecciones invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias, escribirá en un periódico publicado en Francia y para un público internacional:

La Residencia es una acrópolis sembrada de chopos, donde el señor y la señora Jiménez han creado un centro para estudiantes, escuela de solidaridad, de espíritu de iniciativa, de sólida virtud. Es como un monasterio —sereno y alegre—. ¡Menuda suerte para los estudiantes!⁷¹.

⁶⁹ De la correspondencia se puede inferir que el Comité Hispano-Inglés se comienza a organizar en 1922 (carta de AJF a J. B. Trend del 22 de junio de 1922) y que cristaliza en abril del año siguiente (carta de AJF al duque de Alba del 9 de abril de 1923), antes, por tanto, del golpe de Primo de Rivera.

⁷⁰ Sobre las actividades organizadas en los dos grupos (masculino y femenino) de la Residencia de Estudiantes, véase, además de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes. 1910-1936*, cit., la monografía de Álvaro Ribagorda, *El coro de Babel. Las actividades culturales de la Residencia de Estudiantes*, cit.

⁷¹ Le Corbusier, «Espagne», *L'Intransigeant*, París, 18 de junio de 1928. La cita procede de la traducción publicada en Salvador Guerrero (ed.), *Le Corbusier, Madrid, 1928. Una casa-un palacio*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010, pág. 243.

Jacobo Fitz-James Stuart, duque de Alba —a quien Américo Castro asegura haber traído a la Residencia (1528, III)—, se estrena como corresponsal el 9 de abril de 1923 y pronto será el principal mecenas de la casa. Además de la importante contribución económica que hace de su propio peculio y de los fondos públicos que consigue para los programas del Comité, su apoyo resultará inestimable para atraer a prestigiosos conferenciantes extranjeros, para incorporar como miembros de cuota de la Sociedad de Cursos y Conferencias y del Comité a una parte destacada de la aristocracia española, pero también para proteger decisivamente a la JAE y a la Residencia en los peligrosos años de la Dictadura. Su correspondencia, y muy especialmente la del exilio, nos permitirá confirmar que este mecenazgo no se debía al capricho o al afán de notoriedad, sino que era fruto de firmes convicciones, como ya muestran las palabras de presentación de Howard Carter recogidas por la revista *Residencia*. En ellas, el más destacado aristócrata español de ese momento da testimonio de su identificación con el proyecto institucionista: «Nosotros tenemos mucho que aprender de Inglaterra y nunca es malo copiar lo bueno donde se halle»⁷², decía, recogiendo así la consigna que Giner solía repetir de que «no hay que inventar, sino aplicar como otros». Probablemente el duque había contado con la ayuda de AJF para redactar sus palabras, como también ocurrió con las de presentación de Woolley, según se deduce de la carta de AJF del 19 de junio de 1929 (335, I).

Enseguida se entabló una cordial relación entre AJF y el duque que se fue estrechando con el tiempo, si bien no se trasluce en el comienzo del epistolario, dado el carácter reservado y discreto de ambos, poco dado a las efusiones. Pero, como en otros casos, también en éste las cartas nos terminarán proporcionando las claves. La guerra civil, que enfrentó irreconciliablemente a familias y a consolidadas amistades, no llegó a truncar la del duque con AJF, pese a que este libro incluye algún episodio de tensión entre ambos. En diciembre de 1946, cuando a los Jiménez Fraud les habían confiscado todos los muebles y enseres de su casa de Pinar y tras la triste noticia de la inauguración por Franco, el Día de la Raza,

⁷² *Residencia*, núm. 1, cit., pág. 54.

de los nuevos edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en la Colina de los Chopos, el duque, que todavía no se había distanciado definitivamente del franquismo, al encontrarse con AJF en un acto público en Londres niega a gritos cualquier complicidad con el atropello (941, II). Posteriormente la relación se recompone. Y así el duque, tras recibir y leer *Ocaso y restauración*, rompe con su habitual contención y, en el oscuro horizonte de 1948, cuando a la Dictadura franquista todavía le queda un largo y siniestro recorrido, escribe una de las más emotivas evocaciones de la Residencia, que es a la vez una inequívoca identificación con su proyecto, en la esperanza «de que algún día vuelva a retoñar». Todo ello se recoge en *Viaje a Maquiavelo*, en ese hermoso capítulo del sueño de AJF. Al final, desaparecido ya don Jacobo, y cuatro años antes de la muerte del propio AJF, Ramón Carandé nos proporciona un buen colofón para esa vieja amistad: «Lo último que supe de Jiménez fue por el duque de Alba, que le quería mucho» (1552, III).

EL «VÍNCULO ESPIRITUAL» DE LA RESIDENCIA CON CATALUÑA

Otra aportación sustancial de este epistolario es que confirma la importancia que, muy probablemente por influencia de Giner, confiere a Cataluña AJF (que ya había sido firmante de algunos de los manifiestos de intelectuales en solidaridad con la cultura catalana)⁷³, con la que, desde los días de fundación de la Residencia, establece una relación que no hace sino intensificarse hasta los años treinta. La inclusión de un conjunto de cartas cruzadas con el impulsor y alma de la Residència d'Estudiants de Barcelona, el poeta y bibliotecario mallorquín Miquel Ferrà —quien formó parte, y destacada, del grupo de los pioneros de la Residencia de Fortuny que Bernardo Giner llama «residentes-fundadores» (1539, III)—, pone en evidencia lo relevante y lo estrecho de un vínculo que, aunque ya mencionado por Isabel Pérez-Villanueva⁷⁴, apenas

⁷³ Jordi Gracia menciona a AJF como firmante, junto a García Morente o Fernando de los Ríos, del documento publicado en junio de 1907 (Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus/Fundación Juan March, 2014, pág. 104).

⁷⁴ Véase Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes. 1910-1936*, cit., págs. 118-119.

ha sido tenido en cuenta en los estudios publicados sobre esa institución catalana. Y, sin embargo, no me cabe duda de que AJF y la Residencia fueron, no sólo para Ferrà, sino para la mayoría de su equipo directivo, la principal referencia a la hora de fundarla.⁷⁵

Gracias al epistolario publicado por David Castillejo sabíamos que en mayo de 1910 Josep Pijoan propuso a Castillejo el nombre de Ferrà para colaborar con el Centro de Estudios Históricos. La sugerencia fue atendida, ya que, el 5 de octubre de 1910, Castillejo hace la siguiente encomienda a Domingo Barnés, con motivo de la inauguración de la Residencia de Fortuny: «si es seguro que la Residencia se abre el día 1.º, escriba también a Ferrà [...] para reservar habitación», cosa que, efectivamente, hizo. El secretario de la JAE vuelve a dirigirse a Barnés el 19 de noviembre: «Diga a Alberto que ese Ferrà es un chico de primera fuerza y una gran palanca»; y a continuación añade: «Hablen a familias conocidas de provincias y procuren mezcla de diferentes facultades y escuelas. Preferidos, o muy jóvenes (15, 16 años), o ya formados, pero seguros (tipo Ferrà)».⁷⁶

Ferrà no era el único mallorquín que se había alojado en la Residencia en la época de Fortuny. También lo hicieron el químico y escritor José Sureda Blanes, que vivió en ella desde su fundación hasta 1920, y el psiquiatra Joan Alzina i Melis, quien sólo permaneció el primer curso.

Sobre AJF y Cataluña resulta igualmente esclarecedora la carta que envía a Castillejo el 28 de julio de 1912. En ella se refiere al pedagogo Eladio Homs y «lo de su Residencia», lo que nos permite adelantar en diez años el proyecto de replicar en Barcelona la experiencia madrileña, así como a Sureda Blanes, quien le había escrito «despidiéndose para Palma», por lo que AJF, alarmado ante la posibilidad de que no volviera a su puesto en el Laboratorio de Química General de la Residencia, advierte a Castillejo: «A ver si se nos escapa como Ferrà» (finalmente, Sureda dirigirá

⁷⁵ Así lo reconoce Maria Dolors Fulcarà Torroella en *La Residència d'Estudiants de Catalunya (1921-1939)* (Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2011, págs. 15 y 16), donde escribe que la Residencia catalana «s'inspira i pren per model la que des de l'any 1910 funcionava a Madrid», aunque no desarrolla este aspecto ni la relación de Ferrà con AJF y con la Junta.

⁷⁶ Véase *Los intelectuales reformadores de España. Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II*, cit., págs. 91, 258, 260 y 279.

el laboratorio hasta 1920). El 1 de agosto de 1912, AJF vuelve a insistir a Castillejo sobre su anterior ofrecimiento de contactar con Eladio Homs a su paso por Barcelona; y esta vez es más explícito sobre el motivo: la «fundación de una Residencia». ⁷⁷ También resulta significativo el domicilio de contacto que da a Castillejo en la ciudad condal: la casa de Bernardo Giner de los Ríos, arquitecto, corresponsal del exilio e hijo de Hermenegildo, el primer, y muy importante, enlace entre el institucionismo y Cataluña.

Gracias a estas cartas inéditas, podemos comprobar que Ferrà no sólo no se había «escapado» de la influencia institucionista, sino que, nada más comenzar la aventura de la Residencia de Barcelona, se dirige a AJF en demanda de ayuda y consejo. Ferrà aprecia a la Residencia, a la que se siente ligado «por vínculos fraternales» (203, I), según escribe a AJF en marzo-abril de 1922; y el 26 de abril de 1923 añade: «Debemos mantener por encima de todo nuestro vínculo espiritual» (222, I).

En esta correspondencia se constata, igualmente, la preocupación de AJF por que destacados exponentes de la cultura catalana sigan acudiendo a la cátedra de la Residencia. Las primeras sugerencias de Ferrà son inequívocas: Juan Alcover, Gabriel Alomar, Martínez i Domingo, Juan Estelrich, Nicolau d'Olwer... Pero esta preocupación no era nueva. De hecho, por el salón de Fortuny y por el de la Colina de los Chopos ya habían pasado bastantes catalanes —como se deduce de la carta del 5 de junio de 1917 (año en el que pronunció una famosa conferencia Francesc Cambó)—, la mayoría amigos de la casa, como Pere Coromines, Jesús María Bellido Golferichs (antiguo residente) o Gustavo Pittaluga (alto cargo médico, a la vez en Madrid y Barcelona).

Isabel Pérez-Villanueva ⁷⁸ señala que buena parte del equipo directivo de Ferrà estaba formado por antiguos residentes (muchos compañeros suyos de los primeros tiempos de Fortuny). También frecuentaban la casa y formaban parte de su Patronato antiguos pensionados de la JAE, así como amigos de la ILE y

⁷⁷ Hay una última mención a Eladio Homs en la carta del 22 de abril de 1913, cuando AJF le comenta a Ortega que Homs se aloja en la Residencia y que «tendría gusto de poner a ustedes en relación» (32, I), lo que muestra su constante preocupación por tender puentes, por tejer relaciones, como buen discípulo de Giner.

⁷⁸ Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes. 1910-1936*, cit., pág. 118.

de la Residencia. Por eso, el clima que se respiraba en la institución barcelonesa dirigida por Ferrà parecía muy próximo al de la Residencia madrileña. Y, por eso también, cuando el pedagogo Alexandre Galí, el 11 de julio de 1930, se refiere al viraje impuesto por Primo de Rivera a la Residencia barcelonesa, concluye con un juicio contundente que refleja una buena comprensión del espíritu de la Residencia madrileña, comparado con el «punto de vista equivocado» de la dictadura, que la había convertido —como se pretendió inicialmente con la Fundación del Amo— en un «hotel confortable» (348, I).

Por las cartas entre AJF y Ferrà transitan muchos de los intelectuales afines al mundo institucionista, puentes entre la cultura catalana y la del resto de España: August Pi i Sunyer, presidente de la Residencia catalana, vocal de la JAE, eminente fisiólogo y discípulo de otro amigo de los modernizadores madrileños, Ramón Turró, tan cercano a Cajal como luego lo estará Pi i Sunyer a Juan Negrín (los equipos de investigación de estos dos últimos científicos colaborarán estrechamente)⁷⁹. Pere Coromines y Gustavo Pittaluga, habituales de la Residencia madrileña, son otros investigadores —padres respectivamente del filólogo y del músico— que harían de puente. Al igual que el propio Alexandre Galí, casado con Josefa Herrera Serra, una antigua residente del grupo femenino madrileño que, tras sus años de formación con María de Maeztu, había obtenido plaza como inspectora de educación en Cataluña.

El antiguo residente, refugiado en México, Anselmo Carretero, autor de obras de referencia sobre el federalismo español, valoró así en su carta del 26 de diciembre de 1960 la sensibilidad y la cercanía de AJF y de la Residencia en torno a una cuestión todavía hoy no resuelta de la vida de nuestro país: «Sin duda el ambiente de la Residencia era de los más propicios para la inteligente comprensión y el cordial planteamiento de un problema tan complejo y enconado como el de la variedad nacional de España. [...] Don

⁷⁹ Véase Josep M. Camarasa y Antoni Roca Rosell, «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y el Institut d'Estudis Catalans (1907-1939)», en José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010, vol. 1, pág. 409.

Pedro Bosch Gimpera, con quien he hecho muy buena amistad, me dijo [...] que conserva muy grato recuerdo de su estancia en la Residencia —la vieja, antes de su traslado a la calle del Pinar— y que desde luego contáramos con su adhesión en cualquiera forma de celebración del cincuentenario» (1664, III).

AMENAZA Y ESPLENDOR

«UN MOMENTO TERRIBLE»

Con el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923, en palabras de AJF, «se iniciaron caminos de arbitrariedad, irresponsabilidad y aventura, y en el nuestro fueron acumulándose obstáculos cada día más graves. Al fin se desató un franco ataque contra la Residencia»⁸⁰.

Paradójicamente, ese plan fallido de liquidar el proyecto institucionalista, perseguido con ahínco por el sector más ultramontano de la Iglesia y el estamento docente, ayudó a afianzar la relación entre AJF y Castillejo, y, más en general, permitió consolidar la posición de ambos al frente de sus respectivas responsabilidades. Probablemente el episodio más virulento de ese plan fuese la destitución de buena parte de los vocales de la JAE tras el decreto del 21 de mayo de 1926, siendo ministro Eduardo Callejo. Los cesados fueron sustituidos en algunos casos por enemigos de la Junta y, en otros, por afines al institucionalismo pero bien vistos por el dictador o por la Corona, como María de Maeztu o el duque de Alba, muy activos en la defensa de los intereses de la JAE y la Residencia. AJF alude a todo ello en las cartas que dirige entonces a J. B. Trend. El 25 de mayo de 1926 le escribe: «Estamos en un momento terrible: el de la desaparición de toda nuestra obra de 20 años: Residencia, Junta, todo, por un decreto publicado de sorpresa (sin avisar siquiera a Cajal: todos hemos tenido la primera noticia por los periódicos) e inspirado y sostenido por los jesuitas. Dentro de muy pocos días sabremos definitivamente a qué atenernos; hasta entonces no conviene hablar. Yo soy de los más pesimistas porque la fuerza de esos señores es ahora extraordinaria

⁸⁰ AJF, *Ocaso y restauración*, cit., pág. 250.

y no podemos oponerle nada, sino el respeto moral y la garantía intelectual que representemos..., humo. ¡¡Y llega el golpe en el momento archiflorecente de la pobre Resi!!» (281, I).

«NO ESTÁ PERDIDA LA ESPERANZA»

Entre las cartas que AJF intercambia con Trend tienen especial interés las que se refieren a la fundación de la revista *Residencia* en 1926, concebida como un instrumento para dar a conocer a la sociedad la obra realizada y defender de sus enemigos el proyecto, como reflejan singularmente los espléndidos primeros números, en los que se recogen algunos de los hechos más relevantes de la historia de la casa desde su fundación. Es lo que transmite AJF a su amigo un año antes, cuando está elaborando el plan, para el que le pide su colaboración regular: «La idea original de esta revista es la de fundar un órgano de relación con los antiguos residentes y amigos de la Residencia, y establecer un fuerte lazo corporativo que pueda beneficiar la obra de la Residencia [...]; la publicación de una verdadera revista que, sin perder el carácter de ser [...] de la Residencia [...], lleve una colaboración muy amplia y escogida que pueda interesar a todos» (264, I). Con el proyecto ya en marcha, y cuando el ataque de los ultramontanos arrecia, se reafirma en la importancia de la revista para poder afrontarlo: «vi desde el primer momento que [...] podía llevar a muchas almas suspicaces noticias exactas de nuestra vida [...]. Así, desde que le escribí a usted varié el plan de la revista, mejor dicho, lo amplié, dándole más riqueza y mayor amplitud de intereses, para que la revista llegue e interese no sólo al círculo reducido de nuestros amigos, sino al público culto y de mediana curiosidad y gusto por la lectura» (284, I). En este empeño va a concentrar AJF todas sus fuerzas, renunciando en la práctica, salvo escasas y significativas excepciones, a continuar con las demás publicaciones. A pesar de la calidad de la revista —para Trend (en su carta a Joyce del 8 de marzo de 1927) «una especie de combinación ilustrada del *Oxford Magazine* y el *Cambridge Review*»⁸¹—, *Residencia* no logró

⁸¹ La carta de Trend está reproducida en Estrella de Diego y José García-Velasco (eds.), *Viajeros por el conocimiento*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010, pág. 56.

el fundamental y ansiado apoyo, y apenas llegó a la docena de suscriptores, según confiesa AJF a Bal el 14 de noviembre de 1960 (1638, III). Pero en el ánimo de AJF quedó la idea de una revista dirigida a un público más amplio que el de los círculos de la ILE, la Junta y la Residencia. Un objetivo sobre el que volverá una y otra vez en el exilio: hacer una revista que no sea sólo para consumo interno, nutrida por la tupida y prestigiosa red de amigos y colaboradores de la casa (997, 1008, 1057 y 1081, II; la primera de las innumerables referencias en el tomo III está en la carta 1493).

A la vez, AJF se dedica a buscar los respaldos necesarios, tanto en los despachos ministeriales como en diferentes sectores sociales, según cuenta a Alfonso Reyes el 5 de julio de 1926: «Usted seguramente sabrá que está atravesando una época durísima la Residencia y todo lo que anda alrededor de la Junta. Pero, en fin, no está perdida la esperanza de que las cosas se arreglen... Yo no he querido que la Residencia peque de falta de relación con los poderes, de abierto contacto con el público y de toda la conversación posible en las circunstancias, y así me lancé estos últimos años a una rudísima tarea de la que se irá trasluciendo algo en la revista» (283, I).

Sin duda, otra decisiva contribución en la defensa de la casa la brindaron los ilustres conferenciantes internacionales que participaron en la cátedra de la Residencia, que durante esa segunda década del siglo vería incrementada progresivamente su actividad, con el apoyo de una sociedad civil cada vez más interesada por la cultura.

Finalmente, el peligro pudo frenarse. La visita del dictador a la Colina de los Chopos el 28 de enero de 1928, organizada gracias a la complicidad de algunos amigos de la Residencia y de la Junta cercanos al monarca, como el duque de Alba, resultó ser un episodio decisivo, no reflejado explícitamente en esta correspondencia.⁸²

En tan difícil situación, AJF da pruebas una vez más de su sutileza: amigo del duque de Alba, de los marqueses de Palomares y

⁸² Otra prueba del éxito de las gestiones realizadas son las cartas que los directores de las nuevas residencias universitarias fundadas durante la dictadura (algunas incluidas en este tomo) escribieron a AJF pidiéndole asesoramiento, todas posteriores a la mencionada visita de Primo de Rivera a la Residencia en enero de 1928.

de Silvela, pero también de otros colaboradores que estaban en la órbita de la izquierda democrática, como Moreno Villa o Trend, y de estudiantes abiertamente enfrentados al régimen, como García Lorca, Buñuel o Arturo Sáenz de la Calzada, su flexibilidad política, capaz de conjugar la firmeza de principios con la moderación a la hora de defenderlos, permitió a la Residencia llegar a un *statu quo* con la dictadura y, a la vez, albergar algunas de las reuniones de la Federación Universitaria Escolar (FUE) —fundada por Antonio M. Sbert (residente accidental que sucedería a Ferrà en la dirección de la Residencia barcelonesa) y presidida después por Arturo Sáenz de la Calzada— en las que se preparó la rebelión general de la universidad madrileña de 1929.

PLENITUD DEL PROYECTO

En consonancia con esa peculiar amalgama de firmeza liberal y pragmatismo que caracterizó siempre a los institucionistas, el momento de mayor respaldo público a los centros relacionados, directa o indirectamente, con la ILE —y muy especialmente a los creados por la Junta— se inicia, tras la caída de Primo de Rivera, durante la llamada Dictablanda (1930-1931), aunque llega a su plenitud en el Primer Bienio Republicano (1931-1933), gracias a la protección de los ministros de Instrucción Pública —y sus equipos de altos cargos— cercanos al institucionismo: primero, en las postrimerías de la monarquía, el duque de Alba y Elías Tormo; y ya en el Primer Bienio Republicano, Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos y los hermanos Francisco y Domingo Barnés, que fueron quienes apoyaron con mayor generosidad y decisión los planes de la ILE, la JAE y la Residencia.

Las cartas reflejan este breve momento de plenitud del proyecto modernizador de la Institución Libre de Enseñanza y, con él, el de la JAE y la Residencia. Entre ellas, la de AJF al duque de Alba del 26 de julio de 1930 —entonces ministro de Estado— citándole a la primera reunión del nuevo Comité de la Residencia, en ese momento presidido por el marqués de Silvela, en el que le anuncia que, entre otras cosas, se va a tratar de la construcción de dos de los edificios que se convertirán en emblemas de esa plenitud: el Instituto de Física y Química,

financiado por la Fundación Rockefeller, y el Auditórium. AJF, en la carta que escribe ese mismo día a María de Maeztu con idéntico fin, en su recuento de los que van a asistir a la reunión, nos confirma la continuidad del equipo que, durante esos intensos veinte años, le han asesorado con asiduidad: Ortega, Cabrera y Palomares (350 y 351, I). La configuración de la Colina de los Chopos como «la ciudad del estudio» soñada por Giner y sus compañeros en la ILE se va completando, y el 10 de diciembre de ese mismo año Ignacio Bolívar envía a AJF una «nota reservada» con el esbozo de los planes futuros para coronar el plan de urbanización y construcciones, que, de no haber estallado la guerra en 1936, hubiera convertido a la Colina en un campus cultural y científico modélico en Europa (356, I). Tres meses después de proclamada la República, Ricardo de Orueta, como nuevo director general de Bellas Artes, comunica a AJF que ya se ha autorizado el inicio de las obras del Auditórium, lo que también ha advertido a Arniches (364, I). Sobre este asunto de la urbanización de la Colina todavía hay otra carta de AJF a Pedro Rico, alcalde de Madrid, en 1934 (435, I).

Otro aspecto de relevancia es la nueva composición del patronato de la Fundación del Amo, detallada por AJF a Castillejo el 29 de septiembre de 1931. Todos sus miembros están vinculados con la Residencia, con la JAE y, la mayoría, con el institucionismo.⁸³ Con ello, la que había sido diseñada por Alfonso XIII y sus asesores como una alternativa a la Residencia y en rivalidad con ella —algo que procuró acentuar la dictadura primorriverista—, quedaba plenamente integrada en el proyecto institucionista. Como escribe tres años después el propio Gregorio del Amo a un profesor norteamericano, fundador del International House Movement: «[AJF] ha convertido [a la Residencia de Estudiantes] en un maravilloso éxito y en [...] la figura más destacada de las demás Residencias de Estudiantes de la Ciudad Universitaria de Madrid, de la que la Fundación del Amo es sólo una parte» (441, I).

⁸³ Presidido por Blas Cabrera, rector de la universidad, con AJF como vocal delegado y Arturo Sáenz de la Calzada (por la FUE) como secretario, los demás vocales son: Castillejo, Teófilo Hernando, Negrín, Ortega, el marqués de Palomares, Marcelino Pascual y Paulino Suárez (368, I).

En julio de 1931, AJF obtuvo el doctorado en Derecho con una tesis sobre *El régimen parlamentario en Inglaterra* en la que estuvo trabajando los años anteriores, como atestiguan las cartas a Sánchez Cuesta en las que le solicita libros en torno a esa materia (295, 297 y 306, I).⁸⁴ Queda para una necesaria y pendiente biografía esclarecer por qué AJF no gestionó, o no consiguió, el reconocimiento de su doctorado en el Reino Unido, lo que probablemente habría cambiado sus circunstancias profesionales.

Durante estos años, en los que se suceden las conferencias y conciertos con participantes españoles y extranjeros de la mayor relevancia, la revista *Residencia* dará noticia de otros aspectos del proyecto institucionista, como el Crucero Universitario por el Mediterráneo, sobre el que el epistolario incluye dos postales, la primera de las sobrinas de AJF con la imagen de la motonave *Ciudad de Cádiz*, y la segunda del alma y director de la expedición, Manuel García Morente, quien escribe a AJF el 29 de junio de 1933: «El viaje va saliendo tan bien que me parece un sueño» (395 y 396, I).

EL COLEGIO DE ESPAÑA EN PARÍS: LA OTRA RESIDENCIA

El nutrido tráfico epistolar con el antiguo residente Ángel Establier anterior a 1936 (e incluso parte del posterior) permite establecer con precisión el destacado papel desempeñado por AJF en la puesta en marcha y el posterior gobierno del Colegio de España en París, cuya *alma mater* fue —desde que queda en manos de AJF y Establier— la Residencia madrileña.

Otros asuntos de interés para la historia todavía pendiente del Colegio asoman en esta correspondencia, entreverados entre mil pormenores que revelan la importancia que AJF confería a este nuevo proyecto —al que dedica mucho tiempo— y hasta qué punto descendía al cuidado de los detalles más pequeños.

⁸⁴ En la biblioteca de la Residencia de Estudiantes hay un ejemplar de dicha tesis, depositado por Natalia Jiménez Cossío. Según Isabel Pérez Villanueva en su reseña biográfica del *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia, AJF defendió la tesis ante un tribunal compuesto por los profesores De Diego, Gascón y Marín, Palacios, Pérez Serrano y González Posada. Este último publicó la tesis en la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales* que dirigía, en los números 60 y 61 (1932) y 62, 63 y 64 (1933).

Las cartas permiten seguir paso a paso la parsimoniosa puesta en marcha del centro, supervisada por AJF con una minuciosidad que recuerda a la de Castillejo, y, conforme a su prudente estrategia (también heredera de la de Giner y Cossío), sin prisa por acelerar su inauguración. Cuando ésta finalmente tiene lugar el 10 de abril de 1935, se celebra con la solemnidad requerida: con la asistencia del presidente de la República francesa y con la de una delegación española de campanillas, encabezada por Unamuno, Ortega y Blas Cabrera, tres de los grandes en la historia de la Residencia, que acompañarán a AJF en tan alta ocasión, uno de los últimos episodios de la breve época de plenitud del proyecto institucionista.

EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS Y EL COMIENZO DE LA GUERRA CIVIL

El 28 de diciembre de 1934 y el 15 de febrero de 1935 se producen sucesivamente las muertes del hermano y de la madre de AJF. El 25 de enero de 1935 reconoce a Trend que la de Gustavo había supuesto para él «una verdadera catástrofe» (450, I). Un mes después escribe a Falla: «Llevo muchos días recluso [...] con una depresión nerviosa que me impide todo trabajo. Sólo ayer empecé a ocuparme de las cosas más precisas y entre ellas de una de la Residencia⁸⁵ en que mi hermano Gustavo tenía gran ilusión» (452, I).

En la madrugada del 1 al 2 de septiembre de ese año muere Cossío, lo que retrasa los preparativos del viaje de los Jiménez Fraud a Estados Unidos, previsto para el primer trimestre de 1936, invitados por la Fundación del Amo. El 21 de septiembre de 1935, AJF informa de todo ello a Gregorio del Amo y le confiesa que se sobrepone al abatimiento causado por los repetidos infortunios familiares gracias a un intenso quehacer: «Estoy toda la mañana en la Residencia para despachar los asuntos urgentes, pero la tarde y la noche las paso en casa de los padres de Natalia para ayudarla algo a recibir las visitas y ordenar la multitud de documentos y papeles que reclaman una atención inmediata y que muchas veces nos ocupan hasta la madrugada» (464, I).

⁸⁵ Se refiere a la edición de *Treinta canciones de Lope de Vega*, número extraordinario de la revista *Residencia* en homenaje a Lope de Vega, Madrid, 1935.

Por esos mismos días, Gregorio del Amo ratifica la concesión a AJF de «una beca para visitar diferentes residencias para estudiantes en los Estados Unidos con objeto de que pueda usted apreciar la magnitud de la obra que han realizado ustedes en España» (465, I) y, al tiempo, trabar vínculos con dichos centros. AJF hace una preparación concienzuda del viaje, como revela la carta en la que pide a León Sánchez Cuesta que le consiga una lista de libros para armar las conferencias sobre la historia de la universidad española (469, I). Es de suponer que AJF contaba con el apoyo de su buen amigo, el antiguo residente Antonio de la Cruz, entonces cónsul en Nueva York, y, por supuesto, de Federico de Onís. También buscó otros contactos en Estados Unidos, como, por ejemplo, el del fundador de la Hispanic Society, Archer M. Huntington, a quien Francisco Javier Sánchez Cantón, el duque de Alba y el marqués de la Vega-Inclán envían sendas cartas de presentación de los Jiménez Fraud.⁸⁶

El viaje resultó intenso y provechoso, aunque algunos de los principales objetivos quedaron truncados —como tantas otras cosas— por la guerra. Los Jiménez Fraud estrecharon su relación con Gregorio del Amo, quien el 24 de marzo se dirige a AJF, mientras éste proseguía su periplo tras visitarle en Los Ángeles: «Echo mucho de menos a usted y a Natalia, no parece sino que los hubiere conocido toda la vida» (479, I). AJF pronuncia algunas conferencias que son el germen de los tres volúmenes que publicará entre 1944 y 1948, y visita algunas de las universidades más prestigiosas, como Yale o Harvard, pero también otros centros de enseñanza, de la mano del pedagogo Stephen P. Duggan.

El final de la época de esplendor sorprende a los Jiménez Fraud en Estados Unidos. Allí reciben en febrero de 1936 una carta de su amigo el marqués de Silvela en la que les recomienda que no se den prisa en volver: «Quedaros ahí el mayor tiempo que podáis»

⁸⁶ Véase al respecto la tesis doctoral de Patricia Fernández Lorenzo, de próxima publicación en la editorial Marcial Pons con el título *Archer M. Huntington, el fundador de la Hispanic Society of America, en España*. Dicha investigadora, que ha encontrado las mencionadas cartas de presentación, sostiene que el viaje de AJF coincide con un momento en el que Huntington, con excepción de algunos amigos, ya se había ido distanciando de las élites intelectuales españolas —como prueba, entre otras cosas, el hecho de que no conociera ni encontrara un hueco para recibir a los Jiménez Fraud—, aunque siguió apoyando la cultura hispánica.

(476, I). Poco después de su regreso, las milicias populares ejecutan al propio Silvela cerca de la Colina de los Chopos.

Desde el Segundo Bienio Republicano, la Junta y la Residencia se habían visto cada vez más dificultadas —y no sólo presupuestariamente— para desarrollar su actividad. Lo que escribe Natalia Cossío a Trend el 23 de octubre de 1933 es muy expresivo del paulatino cambio de clima y de las contradicciones de la joven República: «Estamos inquietos esperando la incógnita de las elecciones y me preparo para votar por primera vez. No me emociona nada» (402, I). A medida que avanza el periodo, especialmente tras la fallida revolución de 1934, se van produciendo nuevos episodios de tensión entre sectores crecientemente radicalizados de la vida española. El residente Bal y Gay escribió que AJE, «con tanta calma y suavidad como firmeza, resistió los ataques que la E[spaña] bronca no dejaba de lanzar contra la Residencia. Eran ataques venidos de los más diversos sectores de la sociedad [...]. Y por eso la derecha bronca estaba empeñada en definir a la R[esidencia] como institución de izquierdas [...]. Y nuevamente la izquierda bronca se empeñaba en ver en la Residencia una institución reaccionaria»⁸⁷.

El 31 de mayo de 1936 se publicaba en *La Nación* de Buenos Aires la crónica de la sesión conmemorativa del aniversario de la muerte de Giner, en la casa del paseo del Obelisco. El firmante, Adolfo González Posada, informa de que en dicha sesión se repudió «la guerra, la barbarie, la intolerancia salvaje», tan opuestas a «las recomendaciones de don Francisco, todo lo contrario al imperialismo, a la política de dominación y a las manifestaciones de la violencia hoy desgraciadamente tan de moda». La guerra civil parecía poner punto final a la empresa modernizadora de Giner y a las iniciativas vinculadas a ella. El *BILE* de diciembre de 1936 advirtió en su primera página: «Sintiéndolo profundamente, la Institución se ve obligada a suspender su publicación mientras dure la situación anormal por la que atraviesa nuestro país». (Ya no volvió a publicarse hasta marzo de 1987). Según Bal y Gay, «en la guerra civil [...] la R[esidencia] no podía tomar

⁸⁷ Jesús Bal y Gay, «Perihelio», en Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios 1905-1993*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/Universidad de Santiago de Compostela/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, pág. 602.

partido porque precisamente estaba contra ella. No porque fuera indiferente a las arbitrariedades sociales, intelectuales y políticas, sino porque creía que la violencia es un medio inmoral —además de torpe— para acabar con ellas»⁸⁸. Comenzaba el camino del destierro para muchos institucionistas y para el legado de Giner, que, paradójicamente, sólo ha podido sobrevivir y fructificar en la España actual gracias a la diáspora iniciada entonces y al llamado exilio interior, con la labor de resistencia de quienes se mantuvieron fieles (cada cual como pudo), propiciando una lenta pero constante recuperación del legado espiritual y material de la ILE.

EL NAUFRAGIO ESPAÑOL

EL ÚLTIMO BASTIÓN

En septiembre de ese mismo año, AJF había salido de la Residencia hacia un largo exilio, cuyo relato es objeto del ensayo de James Valender que introduce el segundo volumen de este epistolario. En las páginas que siguen me limitaré a tratar algunos temas relacionados con el proyecto institucionista y su evolución a partir de la guerra civil, a través de su reflejo en esta correspondencia.

Camino del Reino Unido, AJF se instala con su familia durante un tiempo en El Colegio de España en París, en cuyo comedor, poco después de estallar la rebelión militar en España, se vuelven a encontrar Baroja, Ortega, García Morente y otros protagonistas de la cultura española.

En esa coyuntura dramática cobra especial importancia la pervivencia del Colegio, que —con el paréntesis de la ocupación nazi— se convierte hasta 1948 en el último enclave español del proyecto institucionista. Al Colegio acuden quienes habían optado por alguno de los dos bandos o, como en el caso de los Jiménez Fraud, se negaban a formar parte de ninguno de ellos.

El Colegio es uno de los muchos ejemplos de la importancia que durante los años de destierro tuvieron las redes tejidas por los institucionistas. Unas redes capaces de resistir dos guerras —la civil y la mundial—, la cruel y larga dictadura posterior y

⁸⁸ *Ibidem*.

la consiguiente diáspora que todas estas catástrofes produjeron, dando así pruebas de su firmeza y elasticidad en el transcurso de esos trágicos acontecimientos. Las cartas atestiguan la función del Colegio como una suerte de «cámara de descompresión» que permitió asimilar el brutal trauma bélico y el posterior exilio. Se convirtió en un lugar de acogida que ayudó a organizar el tránsito de los exiliados a sus respectivos destinos en Europa y América. Y en ese trasiego de los que iban y venían se articuló una cierta convivencia que hizo que el golpe fuese menos brusco.

Todavía el 26 de junio de 1937, mientras buscaba un acomodo definitivo en Inglaterra, un atribulado AJF escribe a Establier: «Bien sabe usted cómo me sostiene la amistad y el saber a ustedes tres ahí: don Blas [Cabrera], don Paulino [Suárez] y usted, agrupados y cuidando amorosamente de la permanencia y prestigio de ese querido trozo de nuestra obra, salvado del naufragio a costa de talento, tacto y sacrificios, es para mí un inmenso consuelo, el único casi en estas horas de destrucción y aniquilamiento de ideas y de personas. ¡No desfallezcan ustedes, por Dios!» (579, II).

«NUESTRO GRUPO RESIDENCIAL SIGUE VIVO»

En el otoño de 1936 se había iniciado uno de los periodos más amargos y difíciles de la vida de la familia Jiménez Fraud. Tras su huida precipitada a París no tardarían mucho en comprender que no había regreso, al menos durante un periodo que, con el paso de los meses y los años, se irá haciendo cada vez más largo y, finalmente, interminable. Desde un primer momento, AJF se va a preocupar por la suerte de sus compañeros y amigos, de los integrantes de las familias de la Residencia y la Institución, lo que se puede constatar, por ejemplo, en el intercambio epistolar, tan intenso como breve, con Lorenzo Luzuriaga, que abarca en su mayor parte la duración de la guerra.

Refiriéndose a la situación de García Morente, Paulino Suárez, Establier, Cabrera, Ortega, Américo Castro, Navarro Tomás, Castillejo..., el 8 de mayo de 1937 AJF le escribe: «Prediqué la unión de nuestro grupo» (567, II). Y el 25 de julio de ese mismo

año añade: «Dicen que soy como una madre-abeja que no puede vivir sin la presión del enjambre y, en efecto, así es» (584, II). Un «enjambre» al que vuelve a aludir el 22 de septiembre de 1937: «estoy muy satisfecho de que nuestro grupo residencial sigue vivo, activo y firme, que no es poco decir en estos tiempos» (603, II).

Ya desde esos meses de zozobra vemos en esta correspondencia cómo AJF se afana por mantener los lazos con los institucionistas, residentes y gentes cercanas, y de éstos entre sí; y cómo hace todo lo que está en su mano por ayudarles a rehacer sus vidas. Las cartas cruzadas con todos ellos son un material tan impresionante como provechoso. Detallan la situación en que se encuentran unos y otros, dentro y fuera de España, y, en ellas, el grupo institucionista se identifica y recuenta.

Desde que Giner y sus amigos emprendieron la aventura de la ILE, en la Institución siempre se hicieron listas (de personas, de proyectos, de tareas...). Ahora, a partir de la guerra y el exilio, esas listas, o, mejor, recuentos, van a ocupar una parte significativa del contenido de las cartas. Son una fuente de información preciosa que, debidamente procesada, se integrará en la historia en marcha de la Institución y la Residencia; son, además, el testimonio de una identidad mantenida entre varios continentes y en muy diversas situaciones, «a pesar de los sitios tan alejados y diferentes a que los arrojó el naufragio español», como escribió AJF (1356, III).

De algunos institucionistas se puede decir lo que AJF proclama de Blas Cabrera en su ya citada carta a Luzuriaga del 25 de julio de 1937: «la figura de este hombre se afirma y crece en esta tragedia». A su ejemplo habría que añadir, entre otros muchos, el de Ignacio Bolívar, emigrado a México, quien soportó dignamente las penalidades del viaje transoceánico pese a su avanzada edad; o el de las dos valerosas ancianas, Fernanda de los Ríos Urruti y Laura García Hoppe, que acompañaron al destierro a sus hijos Fernando de los Ríos y Gloria Giner⁸⁹. Las cartas de esta última, como las de Zenobia Camprubí o Natalia Cossío, contienen algunas de

⁸⁹ Su correspondencia familiar durante el exilio se puede leer en el epistolario reunido por Ritama Muñoz-Rojas, «Poco a poco os hablaré de todo». *Historia del exilio en Nueva York de la familia De los Ríos, Giner, Urruti. Cartas, 1936-1953*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2009.

las mejores páginas de este libro y confirman el relevante papel que ejercieron estas admirables mujeres en el proyecto de la ILE. Su temple, abnegación y entrega serán decisivos para los suyos, pero también para muchos otros, a los que socorren. Y desde luego para el legado institucionista: sin unos y otras no se habría podido preservar.

«LA GUERRA ES UNA ACUSACIÓN CONTRA NOSOTROS,
PERO MUCHO MÁS CONTRA EUROPA»

La invitación de Antonio Pastor a AJF del 10 de diciembre de 1936 para que diera dos conferencias en el Kings's College de Londres es vetada por su jefe, W. R. Halliday, en nombre de una supuesta neutralidad del College, lo que provoca una importante carta de respuesta en la que AJF expone su posición frente a la política española, y muy especialmente frente a la guerra (543, II). Aquí nos encontramos con lo esencial del pensamiento y la acción del Jiménez Fraud institucionista:

Como usted sabe, yo no he intervenido nunca en política. Por eso pude sacar adelante la obra de la Residencia, en tiempos tranquilos y en momentos agitados, teniendo siempre a mi lado lo mejor de España en todos los grupos sociales. De todas las amistades hechas por mí para mi obra (entre las cuales cuento a usted) he estado y estaré siempre, cualesquiera que sean las circunstancias, superlativamente orgulloso. Desgraciadamente, a algunas de ellas sólo puedo pagar ya un tributo de fidelísima memoria —íntima y oral, y si puedo, escrita: dos de los más verdaderos, más leales y más íntimos amigos míos y de la Residencia, Silvela y Beceña, han sido asesinados en esta terrible guerra—.

Durante los dos meses que pude sostenerme en Madrid, después de estallar la guerra civil, las Residencias, sus directores y yo sostuvimos, como siempre, sus altos principios de colaboración académica y de respeto a la personalidad humana. Fuimos acusados de «fascistas» porque defendimos la libertad de todas las personas que estaban bajo nuestra custodia y porque permanecimos inmutablemente fieles a nuestros amigos independientemente de sus opiniones políticas. Nuestros colegios fueron cerrados y yo, no encontrando manera, privada ni oficial, de contrarrestar la

acción de algunos individuos enemigos de nuestra obra, tuve que abandonar precipitadamente Madrid con mi familia.

La única residencia que aún funciona, el Colegio de España de la Cité Universitaire de París, mantiene los mismos principios de todas nuestras Residencias y se ha ganado el respeto y la consideración de todos [...]. No sé cuál habría sido nuestra suerte si las vicisitudes de la guerra hubieran colocado a Madrid al otro lado combatiente. Lo que no ignoro es que las Residencias habrían mantenido con igual decisión idénticos principios.

Lo que escribe Manuel García Morente a AJF el 4 de abril de 1937, que es trágicamente premonitorio, más allá de cualquier circunstancia biográfica posterior, formula con clarividencia la posición política mayoritaria de muchos institucionistas frente a ambos bandos: «Francamente te digo que temo mucho que en bastante tiempo nuestro país sea inhabitable, sobre todo para intelectuales, cualquiera que sea el resultado de esta horrible contienda. La inconsciencia, la inconsistencia están a la orden del día en uno y otro lado. Nosotros somos incompatibles. No sólo porque en general el intelectual necesita, para subsistir, un ambiente que no hay ni habrá en mucho tiempo en España, sino porque además nuestra generación y, mejor dicho, nuestro grupo ha sido esencialmente antidogmático y humano. [...] Tú hablas en términos conmovedores de tu fe en la amistad. Así es en efecto para nuestro grupo. // Pero los tiempos en España, sobre todo a la hora presente, no están con nosotros. Actualmente se quiere, se exige, la adhesión a una «doctrina», a una secta, a un partido; y el que desea como nosotros poder tributar [...] su aprecio [...] a personas y a obras independientemente de toda doctrina, secta o partido, [...] es tratado como enemigo por todos, unos y otros» (557, II).⁹⁰

En su carta a Luzuriaga del 11 de septiembre de 1937, AJF ya apunta una de las principales líneas de su compromiso futuro en

⁹⁰ El propio AJF advirtió años más tarde: «en épocas de trastorno y cambio, [...] los hombres [...] se uncen a la obediencia pasiva a los caudillos de la acción y engrosan el servil séquito de los tiranos, de los “príncipes nuevos”» (*La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo*, introducción de Luis G. de Valdeavellano, Barcelona, Ariel, 1972, pág. 202).

la búsqueda de sucesivas fórmulas de entendimiento, un tema que le acucia: «No tengo que decirle que simpatizo con la posición de usted y que la respeto mucho, y que hay que estar pendientes de todas las posibilidades de acción pacífica y mediadora» (599, II). Y el día 22 añade: «Francia parece más decidida que antes y eso cambiaría la situación. Pero lo terrible será que unos y otros sigan haciendo el experimento “España” indiferentes en absoluto a nuestra tragedia. Por lo visto, en el Quay d’Orsay se calcula en un millón cien mil las vidas perdidas ya en esta guerra civil y me parece que no llegaron a ochocientos mil las muertes británicas en la Gran Guerra. La guerra es una acusación contra nosotros, pero mucho más contra el estado de Europa» (603, II).

LA CARTA DE PABLO DE AZCÁRATE

El temple de AJF se pone una vez más a prueba cuando recibe la carta de Pablo de Azcárate, entonces embajador de la República española en Londres, con fecha 11 de octubre de 1937, en la que le advierte que va a prescindir de los servicios de su hijo Manuel Jiménez Cossío, al haber llegado éste a la edad en que debía prestar el servicio militar. Fue publicada casi cuarenta años más tarde, y cinco después de la muerte de su autor, en el apéndice de un volumen de memorias editado por su hijo Manuel Azcárate. La carta está glosada en dos páginas de dicho libro que forman parte de un apartado más extenso dedicado a censurar severamente la neutralidad ante la guerra civil española, no sólo asumida por AJF, sino también por José Castillejo y Salvador de Madariaga.⁹¹

Esa misiva y las decisiones que anuncia, así como las recomendaciones que Azcárate se atreve a hacer en ella, causaron una honda consternación en el matrimonio Jiménez-Cossío. Pero lo que importa destacar aquí es la división de los institucionistas en torno a algunos temas capitales, como, entre otros, el compromiso político o la posición ante la guerra.

La crítica de esa supuesta neutralidad en términos tan categóricos como los que formula Azcárate en sus memorias póstumas —al menos por lo que se refiere a AJF— no deja de chocar si se compara con algunos de los textos publicados durante su

⁹¹ Sobre este tema, véase la nota 310 de la carta de Pablo de Azcárate (609, II).

vida (por ejemplo, su artículo —ya citado— de *Ínsula* en el que manifiesta su admiración y respeto por la obra de Castillejo y de AJF)⁹², o incluso con la manera en que se dirige a AJF en las cartas que se recogen en este epistolario a partir de 1959. Todo ello evidencia las complejidades del espíritu humano, imposible de entender con lecturas radicales como las que se suelen hacer en épocas de enfrentamientos y antagonismos. Ése es también el caso de Luis Araquistáin, antiguo admirador de la ILE y de Giner y Cossío durante los años en que dirige la película *¿Qué es España?*⁹³, y que décadas después plantea una parecida y tortuosa crítica (también publicada póstumamente) a «los krausistas y los educados por el krausismo [que], con muy pocas excepciones, [...] se inhibieron en la defensa de la República. Eran, por principio, enemigos de la violencia, lo mismo de la de los agresores que la de los agredidos, y se declararon neutrales [...]. Eran lo que se llamó la Tercera España. [...] El pecado, por inacción o inhibición, de esa Tercera España, utópica y sobre todo cómoda, fue uno de los más graves». Un juicio que, a su vez, fue duramente criticado por Américo Castro en una carta a AJF.⁹⁴

Días antes de recibir la de Azcárate, AJF había anticipado su «ilusión» de «prestar servicio a España» (606, II), lo que le ocupará buena parte de su tiempo entre 1946 y 1948, y seguirá siendo materia de sus reflexiones y de sus empeños durante el resto de su vida. Para el 9 de junio de 1938 ya ha madurado su planteamiento, según el borrador de una carta a un destinatario no identificado, probablemente el profesor Entwistle: «He visto en las últimas semanas a varias personas cuya opinión puede tener algún peso en los campos contendientes». Después de tantear «diversas posiciones», AJF cree posible plantear «que cesen las hostilidades y las dos partes eleven su disputa al alto tribunal de Europa, que todavía no

⁹² Pablo de Azcárate, «José Castillejo y la Junta para Ampliación de Estudios», cit.

⁹³ *¿Qué es España?* es un excepcional documento audiovisual realizado hacia 1929 por Luis Araquistáin y Cayetano Coll y Cuchí, y recuperado y restaurado entre 2005 y 2007, que incluye, entre otras imágenes, igualmente valiosas, las únicas en movimiento conservadas de la vida en la Residencia antes de 1936. Véase la nota 966 de la carta del 8 de diciembre de 1945.

⁹⁴ Sobre el artículo de Araquistáin («El krausismo en España», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 44, París, septiembre-octubre de 1960, págs. 3-12) y la opinión de Américo Castro al respecto, véase la carta de este último del 30 de septiembre de 1960 (1615, III), además de las notas 1064 y 1065 de dicha carta.

ha perdido tanta jerarquía como para no poder presidir y juzgar este pleito. // Las proposiciones me parecen inspiradas en los principios que la Europa del espíritu [...] había enseñado a respetar al mundo entero; pero ¿se avendrán a escucharlas los que han hecho de los principios totalitarios su profesión de fe política?» (660, II). Estas dudas distaban mucho de ser retóricas. No lo fueron para el caso español, pero tampoco para el resto de Europa y buena parte del mundo, que, apenas un año después, sería asolado por la guerra acaso más cruenta y salvaje de la historia. Al formularlas, AJF manifestaba una vez más con claridad, junto con su voluntad de entendimiento, sus firmes convicciones democráticas, lejos de cualquier tibieza, como ya lo había hecho al mostrar su aversión hacia la dictadura de Primo de Rivera y lo volvería a hacer años después hacia el régimen franquista.

Esa voluntariosa posición no evita que los institucionistas, como tantos españoles, se sientan abrumados por la dureza e irracionalidad del conflicto, como lo expresa Fernando de los Ríos el día 30 de ese mismo mes de junio de 1938: «No sé cómo van a salir nuestros espíritus de esta guerra feroz, pero el mío al menos se siente agobiado por la magnitud de la desgracia colectiva de nuestro desgraciado pueblo» (663, II). Y, sin embargo, son capaces de afrontarlo gracias a un recurso que comparten y que Américo Castro formula el 5 de octubre: «Cuánto bien hace ahora la educación —don Francisco— que nos dio aquella pobre España que se fue (que tan poco nos parecía); aquel ambiente de lucha —íntima y exterior— en que consumimos nervios y nos templamos para esta dura adversidad» (677, II).

En esa disposición se muestra AJF cuando el 18 de febrero de 1938 escribe a Luzuriaga: «menos mal que tengo aquí una foto de Marcelino, regando como de costumbre, que me consuela. Parece que dice “Esto no es nada, don Alberto. Ahora cuando vuelvan ustedes seguiremos cuidando el jardín”». ⁹⁵ Y en otra carta a Bal y Gay, del 4 de diciembre de 1938, AJF vuelve a referirse a «nuestro grupo más íntimo, residencial», y a la fuente que inspiró su labor hasta 1936 y lo seguirá haciendo hasta el final de su

⁹⁵ La foto, probablemente tomada por Calandre, se reproduce en los pliegos de ilustraciones de este tomo.

vida, en la que renunció a cualquier «comodidad» para luchar por entroncar la España futura con la anterior a la guerra civil: «Todo lo que me dice usted del “espíritu de la casa” me confirma en la fe callada, pero profunda, de que no se perderán nuestros esfuerzos [...] mi esperanza va más allá, a un tiempo en que la historia [...] apreciará la limpieza de nuestras intenciones y la discreción de nuestros procedimientos» (690, II).

LA CARTA DE PORTIMÃO

Los primeros meses de 1939 serán catastróficos para España, para Europa y también para AJF. Con fecha del 3 de marzo le llega una carta de Ortega que, con toda seguridad, habría preferido no recibir. Aislado en su refugio portugués, muy nervioso ante su situación y la del mundo —seriamente amenazado, tras la derrota de la España republicana, por la inminente invasión alemana de la Europa libre—, don José pierde la paciencia cuando AJF le menciona su preocupación por Keyserling, perseguido por los nazis. Tras una primera referencia a «su cariñosa carta», Ortega se deja llevar por la condescendencia: «Me sorprende que dedique usted varias líneas [...] a decir que Keyserling le ha escrito y qué es lo que le escribe. [...] ¿Conoce usted la situación actual de K. en su país? ¿Cree usted que no es peligrosa esa correspondencia entre K. y A.? Porque, querido Alberto, temo que se trate de uno de esos nudos de falta de información que a veces había en su vida y que por fortuna no le han ocasionado mayores disgustos. A esto iba. En estos años, hablando con los más auténticamente íntimos teníamos la impresión de que no estaba usted bien informado del proceso en desarrollo y ello nos daba un poco de miedo. [...] // He creído que debería declararle sin más esto porque ahora, con el fin de la guerra, viene otro de los momentos en que hay que acertar con precisión en actos, gestos y palabras. [...] // Hace mucho quería decirle a usted todo esto. Pero, bien entendido, no lo tome usted dogmáticamente» (718, II).

No parece que AJF acusara el golpe ante Ortega, a tenor de lo que este último le contesta el 7 de octubre de ese año, desde Buenos Aires (753, II). Aun así, es de suponer que algo se quebró tras aquella desafortunada misiva de marzo y tardó en recomponerse.

Una huella de ese desencuentro la encontramos todavía nueve años después, en las cartas que AJF se cruza con José Moreno Villa el 5 y el 12 de enero de 1948, que, a mi juicio, guardan relación con esa actitud de Ortega similar a la que había mostrado con AJF y que Moreno Villa califica de «altanera». Según parece, Ortega se había despachado con Alfonso Reyes, pero esta vez en la prensa. AJF es muy claro en su respuesta: no rehúye la crítica a quien en años decisivos había sido para él un amigo y un referente, pero no se deja llevar por el rencor, y manifiesta no sólo su generosidad, sino también su lucidez, que le permitirá mantener una amistad de toda la vida: «Lo que me cuentas que O[rtega] ha hecho con Alfonso Reyes es, además de injusto, irresponsable y feo. Conmigo hizo algo peor que algún día te contaré; pero en mi libro hago la cita obligada, con toda la consideración que el mejor O[rtega], colaborador de la Residencia, merece. Es lo único que cabe hacer si no queremos caer en delito de vulgar traición: el que la cometa allá él con sus remordimientos y su vergüenza» (1013, II).

Pasados dos años, el 23 de marzo de 1950, Ortega manifiesta a AJF «el conmovido cariño con que veo su letra» (1093, II), y AJF le contesta también con afecto. Tiempo después, tras la invitación que Victoria Ocampo hizo a Trend para colaborar en un número necrológico dedicado a Ortega en *Sur*, AJF tendría nuevamente ocasión de mostrar su generosa disposición al recomendar a su amigo que mantuviera una actitud semejante. Trend agradece el 23 de febrero de 1956 a AJF su ayuda en la colaboración sobre Ortega: «omitiendo las cosas que me ha sugerido, [...] me alegra mucho [...] hacer el artículo más afable» (1397, III). Y el 28 de agosto, tras recibir el ejemplar ya editado en *Sur*, le comenta: «mi *boceto* es el único que intenta colocar a Ortega en su contexto; y jesto es *enteramente debido a usted!*» (1417, III).

WELLINGTON PLACE, CASA DE IRRADIACIÓN Y ACOGIDA

Los primeros años de destierro de AJF y su familia transcurren en el mismo ambiente de perplejidad, angustia y sufrimiento en que viven sus amigos. A todos ellos cabe aplicar lo que escribió Stefan Zweig —coetáneo de AJF y en tantas cosas cercano a su sensibilidad y a su cultura— sobre cuantos vivieron ese periodo

de persecución y éxodo: «Cada uno de nosotros [...] ha visto su más íntima existencia sacudida por unas convulsiones volcánicas —casi ininterrumpidas— que han hecho temblar nuestra tierra europea; y en medio de esa multitud infinita no puedo atribuirme más protagonismo que el haberme encontrado [...] precisamente allí donde los seísmos han causado días más devastadores»⁹⁶. Pese a ello, los Jiménez Fraud se esforzarán por acoger desde el primer día a cualquier visitante con la hospitalidad a la que estaban acostumbrados y que entonces era más necesaria que nunca. Ésa va a ser una de las señas de identidad de AJF y Natalia Cossío durante el exilio de ambos, como se desprende de las cartas y de los testimonios de quienes fueron sus huéspedes. Una dedicación que se inicia en Cambridge y se convierte en constante desde su traslado a Oxford.

Desde allí, el 29 de octubre de 1939, AJF informa al duque de Alba: «quiero dar a usted la dirección de nuestra nueva casa, más cercana aún que la anterior a la Tayloriana [...]. Es el número 2 de Wellington Place, un pequeño rincón verde y silencioso salpicado de cuatro casitas victorianas, y escondido en un pasadizo de St. Giles, en la acera opuesta a St. John's College» (755, II). En esa casa, durante casi veinticinco años, como escribe Julio Caro Baroja, «el matrimonio Jiménez-Cossío ha ofrecido a casi todos los peninsulares que hemos desfilado por Oxford, con un motivo u otro, un segundo hogar, sin considerar opiniones o ideologías, filias ni fobias»⁹⁷.

En ese quehacer, ambos tienen muy presente (como ya lo tuvieron en la Residencia, donde fueron anfitriones de lo más granado de la ciencia y la cultura) el modelo establecido por Giner, Cossío, Rubio y sus familias en la peculiar morada que fue la del paseo del Obelisco; «una casa nacida al calor de la libertad, amparadora de todas las almas», en palabras de Cossío, y cuya animada vida cotidiana evocan AJF y Natalia Cossío en sendos textos hoy de referencia⁹⁸. Esta última alude en el suyo al crítico alemán

⁹⁶ Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, traducción de Joan Fontcuberta y A. Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2008, pág. 9.

⁹⁷ Julio Caro Baroja, «Don Alberto Jiménez Fraud», *Revista de Occidente*, 2.ª época, año II, núm. 16, julio de 1964, pág. 103.

⁹⁸ Véanse AJF, «Un fuego con viento» (en *Ocaso y restauración*, cit., págs. 158-188), y Natalia Cossío, *Mi mundo desde dentro* (Madrid, Nuevas Gráficas, 1976; recogido al

Julius Meier-Graefe, quien publicó sus impresiones tras visitar la Institución el 25 de abril de 1908: «La atmósfera era clara, diáfana, más bien nórdica en lo referente a la sencillez de las personas y las cosas, pero, al mismo tiempo, claramente meridional en la calidez con la que fuimos acogidos»⁹⁹. Una atmósfera similar a la que recogen los testimonios de quienes visitan Wellington Place. Los encuentros en la madrileña quinta de la Institución, relatados por AJF en *Ocaso y restauración*, y fijados ya en el imaginario institucionista, evocan un ambiente que los Jiménez Fraud se empeñaron, con éxito, en continuar en el Reino Unido, y cuyos beneficios, no sólo para los afortunados visitantes, todavía no se han evaluado con justeza. A veces nos encontramos en las cartas, especialmente en las más espontáneas de Natalia, algún ligero comentario sobre lo extenuante de esa tarea, que nos remite a la anécdota que Luis de Zulueta refiere de Giner, sobre la importancia que don Francisco otorgaba al diálogo con sus numerosos interlocutores: «—¿Puedo hablarle un momento? —le preguntaba uno de sus infinitos visitantes—. Como tiene usted tanto trabajo... // —Sí, muchísimo: éste»¹⁰⁰.

EN EL MADRID DE LA POSGUERRA: LA NUEVA RESIDENCIA DE INVESTIGADORES

El 16 de abril de 1939, en un Madrid devastado y recién ocupado por las tropas franquistas, Emilio Lizcano, Marcelino Olivares y Francisco de Orueta, según informa este último, asistieron al entierro de la madre de Natalia Cossío, Carmen López-Cortón (728, II). Las cartas muestran la relevancia de esta mujer —«tan bondadosa, tan inteligente y tan infortunada», en palabras de Ramón Pérez de Ayala (725, II)—, cuyas poco conocidas pero considerables aportaciones al proyecto institucionista ponen de

año siguiente, con variaciones, en VV. AA., *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos, 1977). En su texto, Natalia reproduce fragmentos del capítulo citado del libro de su marido.

⁹⁹ Julius Meier-Graefe, *Spanische Reise*, Berlín, S. Fischer, 1910. Los fragmentos de las visitas del autor a la ILE —entre ellos la cita aquí reproducida— han sido traducidos en *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas*, vol. 3, cit., págs. 387-388.

¹⁰⁰ Luis de Zulueta, «Don Francisco», *BILE*, año XXXIX, núm. 659-660, febrero-marzo de 1915, pág. 46.

relieve Susan Huntington (730, II) y Gloria Giner (731, II) en sus dos detallados y bellos testimonios.¹⁰¹

El 22 de junio de ese año, Francisco Donato se dirige a AJF para, entre otras muchas cosas, comunicarle: «Creo que por algún conducto habrá llegado a su conocimiento que he sido encargado de la dirección provisional de la Residencia» (740, II). El motivo de esta carta era pedirle su colaboración para recuperar los fondos de la Residencia depositados en el Banco de España, y en la posterior le asegura que los enseres de los Jiménez Fraud están guardados y a disposición para que los recojan sus familiares. Donato contará con la cooperación de AJF en sus gestiones bancarias; sin embargo, a tenor de lo que este último le cuenta a Juan Ramón Jiménez en su dramático y expresivo relato del 4 de octubre de 1946, y que luego ratifica a Moreno Villa el 15 de diciembre de ese mismo año, no parece que se devolvieran sus bienes a los Jiménez Fraud: «los nuevos universitarios de la Residencia mandaron desvalijar mi casa» (926, II) y «después de confiscar todo lo que había [...] lo han robado *oficialmente*» (941, II), denuncia AJF refiriéndose a quienes muy pronto también sustituirán a Donato.

Primer director de la residencia de la Fundación del Amo, posteriormente Donato debió de incorporarse a la administración de la Residencia de Estudiantes, de la que, nada más concluir la guerra fue nombrado su «director provisional», probablemente por influencia de un residente ocasional y buen amigo y colaborador de la Residencia, Eugenio d'Ors. En aquellos primeros

¹⁰¹ Susan Huntington escribe el 26 de abril de 1939: «Siempre me acordaré de su infinita amabilidad conmigo. Mi casa está llena de cosas que encontramos juntas en Toledo, Segovia y Almorox, las muestras que me hizo en seda antigua de Talavera, la preciosa almohada de brocado azul que me hizo, etc., etc., cada una con el recuerdo de su hospitalaria casa, los comentarios de su padre, los campesinos castellanos y escenas que tanto usted como yo no volveremos a ver. Mis años en España hubieran sido mucho menos significativos y maravillosos si su familia y la cercanía de Alberto no hubieran enriquecido mi vida ahí en mil maneras distintas». Y Gloria Giner dos días después evoca a «aquella criatura de bondad inmensa, de simpatía única [...]. Yo la tengo en mi recuerdo y en mi corazón como un modelo de señora, de bondad, de natural distinción, de comprensión». Sobre Carmen López-Cortón, véase también la semblanza de Covadonga López Alonso, «Carmen López-Cortón y la Institución Libre de Enseñanza», *BILE*, II época, núm. 107-108, diciembre de 2017, págs. 87-112.

meses de la victoria franquista, D'Ors¹⁰² estaba intentando agrupar —y, a su modo, proteger— en torno al Instituto de España —que él gobernaba en la sombra— los centros inspirados por la Institución, especialmente los de la JAE. Un intento fallido, porque finalmente los centros dependientes de la Junta —y, entre ellos, la Residencia de la calle Pinar, que dejó de ser «de estudiantes» para llamarse «de investigadores»— quedarían adscritos al CSIC. Creado mediante la ley del 24 de noviembre de 1939 por influencia de un grupo de profesores y políticos vinculados al Opus Dei, en cuya órbita se mantuvo durante las siguientes décadas, el CSIC fue concebido como la antítesis de la JAE, con el objetivo de eliminar y sustituir la labor y el espíritu de la ILE y de la Junta por los del nuevo ideario católico, simbolizado en la modificación del Auditorium de la Residencia para convertirlo en la iglesia del Espíritu Santo. Un plan criticado por AJF con una inusual acritud en sus cartas a J. B. Trend del 9 de noviembre de 1946 («Natalia II lloró [...] viendo picar piedra a niños de ocho años y frente a una monumental y cursilísima cruz de hierro» [937, II])¹⁰³ y a José Moreno Villa del 15 de diciembre siguiente, con motivo de la inauguración por Franco de los nuevos edificios del CSIC, incluida dicha iglesia: «el Día de la Raza inauguraron en la Residencia los dieciséis edificios de mármoles y bronce con que pretende aplastar el recuerdo de la Colina de los Chopos» (941, II). Cinco años más tarde, Américo Castro escribe sobre este mismo asunto: «Tienen que alimentarse de *no* ser [subrayado por él] lo que pretendimos que España fuera: en sí ellos no son nada. Por eso ocupan tu casa, lo cual es muy simbólico» (1192, II).

WALTER STARKIE Y EL NUEVO INSTITUTO BRITÁNICO

Las cartas de Walter Starkie son una contribución novedosa en la historia de esta cada vez más estudiada etapa inicial de la España franquista. Desde la primera, de diciembre de 1941, podemos constatar el papel jugado por los institucionistas en un momento

¹⁰² Sobre la posición de D'Ors ante el institucionismo en esos primeros años franquistas, véase la carta de Ramón Pérez de Ayala a AJF del 5 de abril de 1939 (726, II).

¹⁰³ Recogido por AJF en su dedicatoria de *Ocaso y restauración*, cit., pág. 7: «A M., / que me exigió este libro / y a N., / que lloró en la colina sagrada».

todavía muy difícil para los intereses británicos en el Madrid franquista, cuando mayor era el control ejercido por el cuñado del dictador, el omnipotente Ramón Serrano Suñer, abierto partidario de la Alemania nazi. Starkie, uno de los pocos cercanos a la JAE y la Residencia que no ocultaba su fervor franquista, era, sin embargo, o más bien por esta causa, el encargado por el Servicio de Inteligencia británico de aglutinar a los amigos del Reino Unido en Madrid por medio de un proyecto cultural y educativo iniciado con la apertura del Instituto Británico. Ya en su primera carta (800, II) menciona a institucionistas tan destacados como las hermanas Quiroga, los Uña o los marqueses de Palomares (estos últimos van a mostrar en esta correspondencia una fervorosa posición filobritánica). No me parece casual que se emplace el Instituto en la misma calle que la sede de la ILE, en la proximidad del Instituto Internacional, que pronto desempeñará un papel similar (bajo la protección de la Embajada de Estados Unidos) y acogerá dentro de sus muros al también naciente Colegio Estudio, fundado por un grupo de profesoras del Instituto-Escuela bajo la dirección de Jimena Menéndez-Pidal. Starkie nombra secretario a Julio Caro Baroja y se rodea de administrativas y profesoras de tanta significación como Amalia Martín Gamero o Justa Freire¹⁰⁴.

Starkie recurre también a la sociedad civil, por débil que lo fuera en el Madrid del primer franquismo. Entre los asistentes a la tertulia del Instituto los domingos (inspirada, claro está, en la de la Residencia) cita a muchos cercanos a la ILE, la JAE y la Residencia. También el duque de Alba parece participar en la operación filobritánica, porque el 19 de febrero de 1942 escribe a AJF desde Londres: «En Madrid pensamos volver a mover lo del Comité Hispano-Inglés y desearíamos naturalmente recoger lo que quedara del archivo. ¿Podría usted darme alguna noticia de dónde quedaron los documentos de la biblioteca del Comité?» (806, II).

El 12 de abril de 1943, tras la destitución de Serrano Suñer en septiembre del año anterior, Starkie afirma: «Siento una gran

¹⁰⁴ Véase María del Mar del Pozo Andrés, *Justa Freire o la pasión de educar. Biografía de una maestra atrapada en la historia de España (1896-1965)*, Barcelona, Octaedro, 2013. En este libro se documenta la trayectoria en el Instituto Británico de quien había sido antes de la guerra la mano derecha de Ángel Llorca, desde su salida en 1941 de la cárcel de mujeres hasta convertirse en toda una institución en el colegio.

admiración por todos aquellos amigos de muchos años (casi todos queridos amigos suyos) que vinieron al Instituto durante la época negra. Siento las dificultades que les perseguían simplemente por mantener una amistad leal con nosotros. [...] Los que venían a nosotros como estudiantes o socios a menudo entraban en la lista negra de los agentes del Eje. [...] He mantenido siempre la conexión con todos los que en Madrid eran alumnos de la Residencia. Celebramos una tertulia cada quince días en el Instituto y vienen todos. [...] [José Miguel] Sacristán ha sido un amigo constante siempre. Grande Covián, que se ve a sí mismo como un ferviente discípulo suyo en la Residencia, fue de gran valor cuando el doctor Cairns estuvo aquí». Y concluye: «Don Pío Baroja encabeza mi tertulia, su sobrino Julio Caro trabaja para mí» (829, II).

LA SALVACIÓN POR LA MEMORIA: OCASO Y RESTAURACIÓN

A mitad de la década de los cuarenta —con la vista puesta en la deseada e inminente victoria aliada y la plausible restauración democrática en España—, AJF se plantea la conveniencia de reivindicar el proyecto de la Residencia y su historia —e, inevitablemente, el de la Institución y la JAE— por varias razones. Tal vez la primera —incluso cronológicamente— sea la necesidad de buscar la salvación a través de la memoria contada y escrita, en un proceso similar al de muchos otros coetáneos europeos —como Elias Canetti¹⁰⁵ o Zweig— exiliados y damnificados por los horrores que habían asolado el mundo anterior a 1945. También por la urgencia de presentar ante la opinión pública internacional el proyecto de la Institución, la Junta y la Residencia como imagen de una España tolerante y europea —que ya en 1921 Trend había denominado la «España moderna»—, afincada en la tradición liberal. En realidad habían abierto fuego el propio Trend, en sus artículos y libros anteriores a 1936, y Juan Ramón Jiménez con *Españoles de tres mundos* (Losada, 1942), un singular libro de retratos, en parte publicado antes de la guerra, en el que abundan los de institucionistas y gentes cercanas a la ILE, encabezados por Giner, Cossío, Carmen López-Cortón y Ricardo Rubio. Pero lo decisivo

¹⁰⁵ Véase Elias Canetti, «La lengua salvada», en *Obras completas. II. Historia de una vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg (Círculo de Lectores), 2003.

es la publicación de *Vida en claro*, de José Moreno Villa (El Colegio de México, 1944), que resulta para AJF benéfico e inspirador, como confiesa a su autor el 12 de mayo de 1945 (858, II). En otra carta del 27 de junio de ese año le informa: «hoy mismo empiezo a redactar el tercer libro sobre la universidad, [...] para mí de gran responsabilidad». Y, después de mencionar las muertes de Francisco de Orueta y García Morente, afirma: «Más obligación tuya y mía de escribir historia, ya que algunos que podrían hacerlo desde nuestro punto de vista [...] no pueden ya intentarlo» (876, II). Porque la recuperación del legado, no ya de la Residencia, sino de la ILE, requiere ante todo conocer sus fundamentos y sus realizaciones hasta 1936. Por eso, AJF dedicará desde entonces una parte de su tiempo a sus libros y artículos en torno a ese legado, a la vez que seguirá procurando contribuir en la medida de sus posibilidades a la normalización de España y su incorporación a los países democráticos. En 1944 publica los dos primeros volúmenes de su trilogía sobre la universidad española, y lo hace precisamente en El Colegio de México, fundado cuatro años antes como heredero de La Casa de España, creada en el verano de 1938 por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas. Como ha escrito James Valender, «Al revisar la breve historia de esta institución es difícil no ver en ella un intento por imitar, consciente o inconscientemente, lo que había sido el Centro de Estudios Históricos en Madrid». La Casa de España y después El Colegio de México fueron presididos por Alfonso Reyes y organizados e impulsados, especialmente el segundo, por Daniel Cosío Villegas, quien sucedería a Reyes en la presidencia. Ambos tuvieron como referencia no sólo al Centro de Estudios Históricos, sino a la JAE y, más en general, al espíritu institucionista.¹⁰⁶

¹⁰⁶ James Valender, «La Casa de España en México y las humanidades», en James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, México, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 2010, pág. 123. Tanto La Casa de España como El Colegio de México estaban animados, según James Valender, por «una moral que en última instancia remontaba al ejemplo de don Francisco Giner y de los miembros de la Institución Libre de Enseñanza y que Reyes había presenciado, no sólo en el Centro de Estudios Históricos, sino también en otras instituciones españolas creadas por la Junta para Ampliación de Estudios, como la Residencia de Estudiantes» (*ibidem*, pág. 124).

El tercer volumen de la trilogía de AJF es *Ocaso y restauración* (1948), en cuyas magistrales últimas doscientas páginas hace un sucinto pero completo relato de la historia de la Institución, la Junta y la Residencia que constituyen todavía hoy una de las mejores reivindicaciones del proyecto de Giner y los suyos. AJF, días antes de acometer «el último capítulo, el de la Residencia», anuncia a Moreno Villa que lo escribirá «como afirmación, como memorias, y como guía para [...] lo porvenir inmediato, en lo que siempre confío» (949, II).

Esa reivindicación del legado institucionista (y, más específicamente, del de la Residencia), basada en lo que fueron su historia y sus realizaciones, no había empezado a construirse entonces: en un proceso paralelo al discurso contra la ILE, la JAE y la Residencia, su formulación había ido tomando forma en los años de la dictadura primorriverista. Ante la amenaza que suponía para la Residencia el argumentario elaborado por los sectores ultramontanos en publicaciones católicas como *El Debate* o *Razón y Fe*, AJF consideró necesario contar lo que era y lo que hacía la Residencia, y ése fue uno de los principales motivos para editar, como hemos visto, la revista *Residencia*. Ahora lo será también el de *Ocaso y restauración*, de cuyo impacto se recogen bastantes testimonios en este epistolario, como el de Moreno Villa del 24 de mayo de 1948: «Admiro tu dominio, desde siempre. Cuánto habrás tenido que tirar de la rienda al remontar ciertos pasajes. Sin esta virtud hubieras hecho un libro discutible; con ella has dejado un libro para siempre, y de lectura muy grata [...]. Tiene algo alado que me parece andaluz» (1027, II). El 18 de octubre de ese año, el duque de Alba, tras leer «con singular satisfacción la obra de usted, tan imparcial y tan serena», hace una repulsa del mundo espiritual del franquismo —muy llamativa por lo temprana y por proceder de quien había sido un destacado colaborador inicial del Régimen—, que es a la vez una hermosa profesión de la esperanza que movió siempre a AJF y sus colaboradores y amigos: «No he vuelto por aquellos parajes. Me dicen que todo está cambiado, montado con un lujo grande, pero que no queda ni traza de aquel espíritu tan noble que usted supo inculcar. Qué le vamos a hacer. Como usted, creo que algo quedará y quiera Dios que algún día vuelva a retoñar. Como

mi banco era de piedra habrá sobrevivido, y espero que como él ocurra con tantas cosas acertadas que usted inició» (1050, II).

Ésa no va a ser la única labor emprendida entonces por AJF. Tras dedicarse intensamente entre 1946 y 1948 a la encomienda que recibe de la presidencia de la República española en el exilio, sin desanimarse por su fracaso, continúa con su antiguo afán, que en realidad nunca había abandonado. Ahora busca promover lo que el 3 de julio de 1947 le describe a Francisco Giner de los Ríos Morales como «centros técnicos que merecieran atención y respeto» (980, II). Una propuesta que sigue esbozando en la carta del día 18 de ese mes, de acuerdo con la vieja idea institucionista de fortalecer la sociedad civil y el consenso social impulsando grupos de estudio que posibiliten las condiciones técnicas y el ambiente propicio a las reformas.

Vuelve a soñar, además, con una posible revista dirigida a un público más amplio que el de residentes y amigos, en la que venía pensando al menos desde 1925 (aunque entonces hubo de conformarse con *Residencia*). Le anima a hacerlo, entre otras cosas, la excelente acogida que había tenido la publicación en la primavera de ese año de *Ocaso y restauración*, si bien es verdad que sólo entre la minoría cercana y algún lector avisado. En el epistolario se recogen diferentes testimonios de los sucesivos intentos de poner en marcha ese proyecto, que finalmente sólo se pudo materializar en el número conmemorativo de *Residencia*, sobre el que volveremos.

EL FINAL DEL COLEGIO DE ESPAÑA EN PARÍS

Pero no todo eran perspectivas halagüeñas en ese momento, en el que AJF reemprende con nuevos bríos la recuperación de su proyecto. A finales de 1948, y en el clima creado por la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Francia y la España de Franco, se acabará por romper el tenue vínculo que todavía mantenía con el mundo institucionista el último centro bajo la *autoritas*, siquiera nominal, de AJF: el Colegio de España en París. Continuaba dirigido hasta entonces por Ángel Establier, quien, después del cierre y grave deterioro del edificio durante los años de ocupación nazi, y tras un azaroso regreso a París desde

el Madrid franquista, había recuperado su puesto en diciembre de 1945.

El Gobierno franquista presionó y cortejó a los franceses valiéndose de su talón de Aquiles: los recursos económicos, muy menguados en la Francia de los primeros años de posguerra. Así, cuando finalmente Establier acepta una misión de la Unesco en Sudamérica en 1949, la Cité Universitaire de París acaba cediendo y, junto con los fondos para reconstruir el Colegio, se envía también desde Madrid a un nuevo director, José Antonio Maravall, prestigioso profesor procedente de los círculos falangistas que, precisamente en esa etapa parisina, hará el tránsito definitivo hacia el pensamiento liberal.

Todavía el 12 de abril de 1948, Establier escribía a AJF: «tenemos tiempo para ir pensando [...] respecto a mi sucesión en el Colegio. Ya le diré lo que pienso para seguir manteniendo el *statu quo* y que no salga de nuestras manos» (1023, II). Pero el 16 de noviembre AJF ya lo daba por perdido —como en efecto ocurrió— en una carta al duque de Alba en la que se refiere a los «nuevos disgustos que he tenido en estos días, relacionados con el débil lazo que aún me ataba al Colegio de París» (1055, II).

HACIA EL FUTURO

CON LAS NUEVAS GENERACIONES

En la labor de construcción del proyecto modernizador institucionalista, que se concretaba en la obra de la Residencia, AJF se había apoyado siempre en amigos y residentes. También lo hizo en la empresa, aún más esforzada, de recuperar ese proyecto en el exilio. Pero ya hemos visto cómo en ese segundo empeño tuvo que enfrentarse a nuevas y a veces crueles pruebas, especialmente cuando se trató de desencuentros con compañeros y colaboradores. Como escribió a José Moreno Villa en esa preciosa y ya mencionada carta del 15 de diciembre de 1946: «Tengo fe en la historia y en mí mismo y en mi obra, y esa mala racha no ha logrado abatirme, aunque me entristece, hondísimamente, la traición de tantos amigos y tantos supuestos colaboradores» (941, II). Seis años después se expresará en parecidos términos, cuando hace

balance al duque de Alba del tiempo transcurrido, durante el que «he visto derrumbarse muchas amistades que yo creía firmemente cimentadas no sólo por lazos sentimentales, sino por afinidades espirituales y por obligaciones públicas comunes» (1197, II).

Pese a ello, lo importante —y lo característico de AJF— seguirá siendo que su fe inquebrantable se apoya en la complicidad de quienes le acompañan, incluidos los residentes, y ahora también unas jóvenes generaciones a las que ya alude en su carta a Moreno Villa: «Los golpes a que me refería son muy fuertes, pero tienen poca importancia al lado de perder un amigo o la fe de uno en sí mismo: ésta sigue entera, y en cuanto a los amigos mientras los tenga de la calidad tuya y de Juan Ramón (pongo por ejemplos máximos) y mientras perciba el rumor de aprobación de la generación joven ¡qué más puedo desear!» (941, II). La primera carta que recoge el epistolario de esos universitarios con los que hasta ahora no había tenido contacto es de Alberto Gil Novales, quien el 25 de junio de 1952 le escribe con emoción y agradecimiento después de leer *Ocaso y restauración*. AJF le responde el 7 de julio: «créame que esas muestras de comprensión y simpatía son el único consuelo que como español tengo en estos largos años de destierro» (1221, II).

Desde entonces nunca abandonará el contacto con esos jóvenes, que no habían conocido otra España que la franquista, y la mayoría no tenía vínculos con las familias institucionistas, pero de los que dependía un futuro diferente, y en los que cada vez se apoyará más, especialmente cuando la muerte le vaya arrebatando a algunos de sus más cercanos compañeros de odisea.

LA RECUPERACIÓN DE LA ILE

Desde que comienza el intercambio epistolar entre Giner y AJF, las cartas permiten enfocar con una luz nueva el *modus operandi* en la formación de equipos institucionistas, en especial entre los coetáneos de AJF. Igualmente, las posteriores a 1939 hacen importantes contribuciones respecto a la preservación y custodia del patrimonio de la ILE, en el que se incluye su valioso archivo histórico, y también sobre la progresiva recuperación de los órganos de gobierno de la Institución, además de desvelar la idea de AJF, y de otros corresponsales, en lo referente al futuro del legado institucionista.

El 21 de abril de 1939, semanas después de la toma de Madrid, la casa de la ILE fue ocupada y saqueada por el Primer Cuerpo de Ejército-FET y de las JONS, e incautada para su Organización Juvenil. Un decreto del Gobierno franquista del 17 de mayo de 1940 declaró fuera de la ley a la Institución Libre de Enseñanza, «considerando que debe ser objeto de especial prevención por sus notorias actuaciones contrarias a los ideales del Nuevo Estado», y, mediante un procedimiento semejante al llevado a cabo con los centros de la JAE, adscribió todos sus bienes al Ministerio de Educación Nacional. Pero a los legisladores franquistas se les pasó incluir en el decreto de ilegalización e incautación a la Fundación Francisco Giner de los Ríos (propietaria de los bienes de la ILE desde su constitución en 1916, tras la muerte de Giner), que, presidida por un Ramón Menéndez Pidal relativamente intocable y asesorada por ilustres juristas amigos de la casa, cumplió con los requisitos legales, lo que muchos años después facilitaría la devolución por parte del Estado de ese patrimonio a sus legítimos propietarios. Así, durante aquellos años oscuros, lo que quedaba de la ILE, al precario resguardo de la Fundación, mantuvo cierta vida interna, prácticamente clandestina. Las reuniones, en una primera etapa informales, se celebraban en domicilios particulares.

Dada la inestabilidad que se vivía en Madrid tras el estallido de la guerra civil, el archivo de la Institución Libre de Enseñanza y otros bienes, como los cuadros de Sorolla o Beruete, ya habían sido puestos a buen recaudo.¹⁰⁷ El archivo se trasladó durante la guerra al Instituto de Valencia de Don Juan, que gozaba de una cierta protección diplomática británica por estar vinculado a la Universidad

¹⁰⁷ Respecto a las obras de arte y otros objetos de valor, el epistolario recoge en la nota 94 de la carta de Torres Balbás del 20 de abril de 1953 (1252, III) la versión de Jiménez-Landi, que los situaba, junto al archivo, en el Instituto de Valencia de Don Juan. Pero las cartas nos permiten reconstruir un itinerario diferente para cuadros y papeles. Sobre los Sorollas, véanse en el tercer tomo las cartas de Torres Balbás a AJF del 25 de junio de 1953 y del 22 de diciembre de 1959, y la de Trend a AJF del 24 de febrero de 1956. Según AJF, en su carta a Trend del 8 de enero de 1940, una tabla flamenca la guardó Sánchez Cantón en el Museo del Prado, y los Sorollas y otras pinturas se quedaron en el Museo Sorolla (764, II). Once años después, el 28 de noviembre de 1951, una carta de AJF a Luzuriaga sitúa los Sorollas en el Instituto Internacional, que ya estaba bajo la protección de la embajada norteamericana (1184, II), donde debieron de permanecer hasta su llegada a Wellington Place.

de Oxford. De 1925 a 1950 estuvo dirigido por Manuel Gómez-Moreno, y desde 1951 por Leopoldo Torres Balbás, ambos estrechamente relacionados con Cossío y la ILE, como también lo estaban otros patronos, entre ellos Francisco Javier Sánchez Cantón. Tras la muerte de Torres Balbás el 21 de noviembre de 1960, el archivo se transportó al domicilio de los Baroja en la madrileña calle Ruiz de Alarcón por decisión de Natalia Cossío, quien había viajado a la capital ese otoño (1714, III). Posteriormente, el Patronato de la Fundación Francisco Giner de los Ríos deposita el archivo en la Real Academia de la Historia el 20 de febrero de 1970.¹⁰⁸

Las cartas van registrando un paulatino movimiento que atestigua que al menos desde el comienzo de los años cincuenta existe una voluntad, de la que sin duda participan AJF y Natalia Cossío, de recuperar el patrimonio de la ILE y sus órganos de gobierno, lo que nos permite remontar la cronología de ese lento camino de recuperación, cuyos comienzos yo mismo había situado una década después¹⁰⁹. Así, el 22 de noviembre de 1951 AJF ya alude, en su carta a Sánchez Cantón, a «la importancia del trabajo» de «ordenación y estudio del contenido de esos baúles» depositados en el Instituto de Valencia de Don Juan (1182, II). Respecto a los asuntos del Patronato, Torres Balbás escribe a AJF el 20 de abril de 1953: «El que realmente tiene autoridad [...] es Manolo Varela, único superviviente del Patronato, después de la muerte de J[uan] Uña, Manolo Rodríguez y Vinent» (1252, III). El 4 de agosto de 1954, Julio Caro Baroja advierte a AJF: «sería bueno arreglar los asuntos económicos del Patronato y de la Institución» (1301, III).

Junto a estas referencias y otras, el epistolario documenta algunos de los primeros viajes a España de Natalia Cossío y su hija Natalia Jiménez. En el de 1954, Natalia Cossío tuvo al parecer un enfrentamiento a propósito de las cuestiones pendientes de la ILE que repercutió en su salud durante los meses siguientes, lo que se

¹⁰⁸ Sobre el archivo de la ILE, véanse también las notas correspondientes de las cartas del 22 de noviembre de 1951, del 20 de abril de 1953, del 15 de diciembre de 1960 y del 14 de noviembre de 1961, así como la carta del 10 de enero de 1963, de AJF a Pablo de Azcárate.

¹⁰⁹ Véase José García-Velasco, «Giner y su descendencia», en VV.AA, *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas*, vol. 2, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]/Acción Cultural Española, 2012, págs. 189-191.

refleja así mismo en las cartas. Los asuntos relativos a la Fundación y al Patronato —por los que se sentía especialmente preocupada— seguirían siendo algo muy importante para ella, y una fuente de inquietud mientras no se resolvieran adecuadamente, como se verá más adelante en la correspondencia entre Pablo de Azcárate y AJF. Este último, el 20 de noviembre de 1961, se dirige a Julio Caro Baroja para darle las gracias «por el cariño, la bondad y la inteligencia» con que ha ayudado a su mujer: «cuánto le agradezco en el alma todo lo que está haciendo por Natalia. Sin usted, todo ese asunto de los papeles hubiera sido una preocupación y una carga más que añadir a las muchas y demasiadas que la pobre Natalia viene arrastrando en estos inacabables años de destierro. Y por arte de magia —por la nunca bastante agradecida amistad y delicadeza que usted ha puesto en todo— esa pesadilla de los papeles se ha convertido en una gratísima y continuada (¡e instructiva!) plática que ha prestado a Natalia ¡toda la fuerza moral necesaria para moverse y respirar en el “antagónico ambiente” que la rodea!» (1714, III).

Entre tanto se produce cierto reagrupamiento de quienes se reconocen como parte de la Institución. Bernardo Giner de los Ríos (que había creado en la Ciudad de México la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto-Escuela y de la Residencia de Estudiantes) se refiere a ello el 1 de diciembre de 1960: «Estoy de acuerdo contigo: ¡todavía estamos a tiempo de unir a la dispersa minoría! Yo en las reuniones de la corporación no llevo otra mira. Lo voy logrando, pero a costa de grandes esfuerzos. En los tres grupos ¡hay *ortodoxos!*... ¡cerriles!» (1653, III). Y Natalia Cossío le contesta el 1 de marzo de 1961: «Hemos conseguido entre los restantes bastante, y tú debes estar satisfecho y contentísimo de haber conseguido esa unión de todos ahí en México. Es extraordinario y te felicitamos cariñosamente. Aquí, solos, hacemos lo que podemos por “unir” en vez de separar [...]. Así que hay que seguir adelante y trabajando, como tú lo haces, como si contáramos con *todos*» (1686, III).

Finalmente, son las cartas cruzadas en 1963 entre AJF y Pablo de Azcárate las que iluminan la etapa comenzada en la primavera de 1962, en la que se nombran nuevos patronos y se inicia un largo y dificultoso camino que culminará, en la llamada Transición española, con el Real Decreto 131/1978, de 27 de enero, por el

que los bienes de la ILE se integrarán en el patrimonio de la Fundación Francisco Giner de los Ríos.

En la primera de esas cartas, del 7 de enero, Pablo de Azcárate le dice a AJF desde Ginebra que había pedido a su hermano Justino, ya en España, «que no hicieran nada sobre el Patronato de la Fundación hasta que habláramos» (1768, III). Al día siguiente, en un correo que obviamente se cruza con el anterior porque se envía desde Oxford, AJF adjunta copia del documento, fechado el 30 de abril de 1962, en el que los vocales supervivientes del Patronato (Manuel Varela Radío, Ramón Menéndez Pidal, Natalia Cossío de Jiménez y Bernardo Giner de los Ríos), «juzgando como deber inexcusable [...] adoptar las medidas necesarias para asegurar la continuidad de la Fundación, acuerdan [...] proceder a la designación de las siguientes personas¹¹⁰, que vienen a formar parte del Patronato que la gobierna y administra» (1770, III). En esa misma carta, AJF le cuenta a Azcárate que Natalia Cossío, pese a haber hablado con Juan Uña «precisamente en aquellos días» en que se redacta y fecha el documento, no lo recibe hasta noviembre, después de que Bernardo Giner lo rubricase en septiembre desde México: «Quizá al devolverlo indicaría que le extrañaba la falta de la firma de Natalia». El 10 de enero de 1963, en otra carta a Azcárate, AJF hace un sucinto y esclarecedor relato de las vicisitudes por las que había pasado el archivo de la ILE y el plan de trabajo que le parece más adecuado para ordenar, estudiar los fondos y publicar lo que proceda con la ayuda de Julio Caro Baroja, del que menciona «el respeto e interés con que trata esos papeles, a los que concede “importancia excepcional”». ¹¹¹ En cuanto al gobierno del Patronato y el futuro de la ILE añade: «si no se toma ese camino, creo que todo puede degenerar en “miércoles”¹¹² y “papelitos”:

¹¹⁰ Se trata de Laura de los Ríos Giner, Manuel Pedregal Fernández, Justino de Azcárate Flórez, José Gancedo Rodríguez, Juan González Uña, Francisco Giner de los Ríos Morales y Juan Uña Pedregal.

¹¹¹ Las cartas atestiguan el riguroso trabajo hecho por Julio Caro en la ordenación y el estudio del archivo de la ILE. Una magnífica visión de conjunto se ofrece en la dirigida a AJF el 14 de noviembre de 1961: «Ayer cumplí los 47 años dedicado a clasificar los papeles de los baúles y quiero darle mi impresión sobre lo que he visto» (1711, III). En otras posteriores dialoga con AJF sobre el plan de trabajo a seguir (1718 y 1719, III).

¹¹² Se refiere irónicamente a las habituales reuniones de los institucionistas celebradas las tardes de los miércoles en la casa de la Institución hasta el final de la guerra civil.

todo muy santo y muy bueno, aunque eso no impida que [...] se ladee todo un poquito a secretillos, cubileteos y nepotismo». Y aquí las formas sosegadas no estorban una posición muy firme que supone romper con cualquier atisbo de recreación nostálgica o de endogamia: «que el tiempo apremia, que mi vida puede que sea ya corta y que sólo obrando con claridad y decisión ahora se podrá intentar hacer algo que sea digno de aquellos santos varones de los que tan distantes estamos» (1771, III). En consecuencia con todo ello, AJF opta por buscar el apoyo de las nuevas generaciones, pero no de las procedentes de las estirpes de la casa, sino de los jóvenes interesados y preparados con los que lleva años en relación. Por eso recomienda a Azcárate, pese a lo delicado del tema, hablar «de esto con nuestro querido José Ángel [Valente], de cuya discreción y afecto podemos estar seguros» (1771, III).

Cinco días después, Pablo de Azcárate hace acuse de recibo de las «dos cartas con los anejos». Deplora el procedimiento seguido para renovar el Patronato, por lo que hablará con su hermano Justino con el fin de «preparar el terreno para, en lo posible, remediar todas estas torpezas», y se muestra enteramente conforme con lo planteado por AJF: «Cada día me parece más indispensable inyectar sangre nueva, que vea las cosas con la perspectiva histórica, que es la que hoy, ya, corresponde. Lo que no es incompatible, todo lo contrario, con el mayor entusiasmo, respeto y cariño por el recuerdo de los hombres y la obra. Si no, como tú dices, todo va a quedar en “miércoles” y “papelitos”» (1773, III).

Efectivamente, poco a poco, la «sangre nueva» iría llegando, aunque no de «gentiles», ya que en su totalidad los incorporados pertenecerán a familias estrechamente vinculadas con la Institución.¹¹³ A la siguiente convocatoria del 23 de febrero de 1963, asistieron todos los patronos recién elegidos. Además de lamentar el fallecimiento de Manuel Varela Radío, el Patronato acordó, a

Durante el franquismo volvieron a hacerse, aunque no con regularidad, en domicilios particulares, y, tras la recuperación de la sede en 1986, la Corporación de Antiguos Alumnos solía convocarlas ese día de la semana.

¹¹³ Habría que esperar a 1981 para que se cumpliera el deseo de AJF con la incorporación al Patronato, a propuesta de Justino de Azcárate, además de Antonio Jiménez-Landi, de los profesores y estudiosos de la ILE Elías Díaz y Francisco Laporta, quienes, como ocurrió con otros que se fueron sumando posteriormente, no procedían de familias institucionistas.

propuesta de Natalia Cossío, nombrar patrono a Julio Caro Baroja, que el día 20 de ese mes, en una carta a AJF, había aceptado «muy honrado» (1780, III). En otra posterior se incorporará también a José María Giner Pantoja y a Gonzalo Menéndez-Pidal, pero nunca se llegó a hacer con Valente, como habría querido AJF. Se conserva una foto, que se ha incluido en este tomo, de otra sesión del Patronato, celebrada en el domicilio de los Baroja el 14 de junio de 1963, según informa Julio Caro a Natalia Cossío días después (1813, III). Y añade: «Azúcarate piensa que se podían aclarar otros asuntos pronto y que la situación de las propiedades se podrá llegar a desembrollar. Allá veremos. Lo que yo quisiera más es que la casa quedara libre y que los papeles, libros, actas, etcétera, se ordenaran y reuniesen allí». Esos primeros patronatos estudiaron la manera de recuperar las propiedades de la ILE, comenzando por la documentación legal que diera soporte a sus reclamaciones. El 17 de julio, Julio Caro se dirige a AJF: «Ya sabrá usted por Azúcarate y doña Natalia algo de lo que ha ocurrido allí, en relación con los papeles y otras cosas que no son papeles. Si las decisiones tomadas se llevan a efecto, habrá trabajo para el Patronato durante años: pero creo que vale la pena de insistir en aclarar la situación» (1816, III). Y ese mismo día insiste a Natalia: «Vamos a ver qué hacen los abogados del patronato. Creo que las negociaciones serán lentas y pesadas, pero hay que insistir» (1817, III). A pesar de esos esfuerzos, tuvieron que pasar casi quince años para que a la Fundación se le restituyeran efectivamente sus bienes, en virtud del mencionado Real Decreto de 1978, que derogó el de incautación de 1940.

Y LA RECUPERACIÓN DE LOS INSTITUCIONISTAS

A partir de 1936, un puñado de corresponsales ofrecen un panorama muy rico de la evolución del institucionismo desde la primera diáspora hasta el paulatino asentamiento de unos y otros, dentro o fuera de España. En los años de guerra escriben desde el exilio Trend, Américo Castro, Juan Ramón y Zenobia, o Gloria Giner y Fernando de los Ríos. En la década de los cincuenta aparecen nuevos corresponsales en México (Bernardo Giner de los Ríos) y en España (Leopoldo Torres Balbás, Julio Caro Baroja), a los que

se suma en los sesenta Ramón Carande. Cada uno tiene, como es natural, una visión subjetiva, a menudo llena de interés y siempre fiel a la tradición institucionista, aunque, según de quién se trate, no exenta de polémicas e incluso se pueden advertir en unos cuantos casos juicios radicales y hasta prejuicios que pueden venir de antiguo, todos ellos expuestos con la libertad que dan las cartas, en general no pensadas para publicarse. Por eso mismo —si son leídas e interpretadas como deben serlo: *cum grano salis*, con la necesaria distancia y en el correspondiente contexto en el que han sido escritas— constituyen una de las fuentes más relevantes para conocer la vida de la ILE desde 1936.

En las cartas de Leopoldo Torres Balbás y de Julio Caro Baroja (dos de los conjuntos más estimables de este epistolario) se reflejan las tensiones de una comunidad cerrada y acosada como es la institucionista, que en los años cuarenta se refugia, además de en algunos domicilios particulares que van agrupando a quienes antes acudían a la casa de la ILE —como el de Pedro Blanco o el del matrimonio de Consuelo Gutiérrez del Arroyo y Luis Vázquez de Parga—, en la tertulia de los domingos de Starkie; y en los cincuenta se encuentra en el té de los domingos que organiza Torres Balbás en el Valencia de Don Juan. También se reúnen los antiguos alumnos del Instituto-Escuela; el 31 de diciembre de 1956, con su habitual sorna, no exenta de afecto, Julio Caro informa a AJF sobre la cena de ese año: «Nos reunimos algo así como 450 personas,¹¹⁴ más viejas y más feas de lo que yo hubiera deseado. Cantamos los pastores¹¹⁵ y cometimos otras indecencias» (1438, III). Otro refugio, minoritario y poco común pero efectivo, resultan ser las Reales Academias Española y de la Historia, en las que se va incrementando el grupo de institucionistas o amigos próximos a la ILE incorporados como miembros de número, a quienes estas venerables instituciones brindan cierta protección. Con el paso del tiempo, los espacios de encuentro se van ampliando: la tertulia de Revista de Occidente, la de la Sociedad

¹¹⁴ Posible ironía, ya que resulta improbable convocar en ese número a los antiguos alumnos, y además una reunión tan nutrida en el Madrid de esa fecha habría podido suscitar una cuestión de orden público.

¹¹⁵ Sobre la canción popular «Ya se van los pastores a la Extremadura», véase la nota 599 de esa carta de Caro Baroja (1438, III).

de Estudios y Publicaciones, la «rebotica» de la librería de Sánchez Cuesta en la calle Serrano y, principalmente, el Colegio Estudio o la Asociación Española de Mujeres Universitarias (creada por un grupo de antiguas alumnas del Instituto-Escuela), los dos últimos acogidos a la hospitalidad del Instituto Internacional en el número 8 de la madrileña calle de Miguel Ángel. Un mundo pequeño, reducido, vuelto sobre sí mismo, pero que es capaz de resistir, de mantener una cierta oposición interior, tolerada por minoritaria, por su escasa incidencia social, y que, gracias a ello, se convertirá en depósito sagrado y en una suerte de semillero que acabará por tener una incidencia mayor en alguna cátedra universitaria (como la de Ruiz-Giménez en la Complutense, con Elías Díaz como profesor adjunto) o, posteriormente, en otros proyectos con más repercusión pública.

Poco a poco se va desarrollando una actividad mayor en torno al Instituto Internacional, donde cada vez son más los cursos de estudiantes norteamericanos para los que se contrata a profesores represaliados —algunos cercanos a la ILE—, donde bullen las sucesivas promociones del Colegio Estudio, y donde la Asociación Española de Mujeres Universitarias organiza numerosos actos y conferencias, algunos de relativa resonancia, como el vigésimo aniversario de la muerte de Antonio Machado.

En el exilio, junto a la animada labor que llevan a cabo los institucionistas y amigos refugiados en México, las cartas ponen también de manifiesto el papel jugado por AJF —con la ayuda de otras personas vinculadas a la ILE— en la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez, un asunto poco conocido, aunque ya apuntado por Alfonso Alegre,¹¹⁶ que se confirma en este epistolario. Carmen Martínez Lorite —institucionista y colaboradora en Cambridge de J. B. Trend, quien participó igualmente en esta aventura¹¹⁷—, Matilde Goulard —alumna de la ILE exiliada en Suecia y profesora de las colonias de vacaciones de la Institución—

¹¹⁶ Véase Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, págs. 41–52.

¹¹⁷ Según Alfonso Alegre, los estudios y traducciones al inglés de la obra de Juan Ramón por parte de J. B. Trend (especialmente *Fifty Spanish Poems*, Oxford, The Dolphin Book Company, 1950) fueron «fundamentales para el conocimiento [...] del poeta de Moguer» en el ámbito europeo y, de forma más concreta, en los círculos cercanos a la Academia Sueca.

y Ernesto Dethorey —periodista expatriado igualmente en Suecia— contactan con AJF, como éste lo hace, desde el verano de 1950, con Zenobia y Juan Ramón, a quien escribe sobre la necesidad de traducir al sueco su obra para, según propone Ernesto Dethorey, preparar su candidatura al Nobel (1108, II).

NUEVOS VIENTOS EN EL CATOLICISMO

Un último aspecto relevante de la historia del institucionalismo en la España franquista es el cambio progresivo que se fue registrando en determinados medios procedentes del *establishment* del catolicismo, con un enfoque paulatinamente diferente al mantenido hasta entonces. Baste señalar dos ejemplos recogidos en las cartas.

El primero lo encontramos en la breve pero inusual correspondencia que AJF sostuvo en la primavera de 1951 con Emilio Benavent, un sacerdote malagueño procedente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas que llegó a ser obispo auxiliar de Herrera Oria en Málaga, después arzobispo de Granada y durante las interminables postrimerías del franquismo jugó un influyente papel en la Iglesia.

Once años más tarde, Vicente Cacho Viu, joven profesor y miembro numerario del Opus Dei, publicó una monografía sobre la Institución Libre de Enseñanza. Además del rigor y la excelente prosa con que estaba escrita, resultaba novedoso el modo de acercarse a la historia de la Institución y a la biografía de Giner, por las que Cacho Viu quedó irremisiblemente cautivado. En la correspondencia que AJF mantuvo con él durante los dos años que precedieron a su muerte se registra su cortés recepción del libro, así como las amables, aunque a veces elusivas, respuestas que envió a quien ya mantenía una cordial relación con Natalia Cossío desde su primer encuentro en la casa de San Fiz en septiembre de 1957. Como es lógico, la manera en que AJF se dirige a Vicente Cacho es diferente —más formal si se quiere— a la empleada con otros jóvenes corresponsales, incluidos algunos a los que, como Alberto Gil Novales, no conocía personalmente, y no digamos a la que llegó a mantener con otros más próximos, como Vicente Llorens, García Lora o Valente. Aunque AJF no se mostrara muy efusivo en su correspondencia con Vicente

Cacho, en una carta a los Bal del 26 de junio de 1962 les dice de su libro: «Es respetuoso y bien informado» (1745, III). Y pese a que en las cartas de Natalia también hay alguna reticencia irónica, ésta reconoce igualmente el 2 de febrero de 1960, a Bernardo Giner, que «es un hombre muy joven que siente gran admiración por el puritanismo de la obra» (1531, III). Por lo demás, el libro de Cacho Viu sorprendió favorablemente a otros destacados institucionistas que le agradecieron su esfuerzo, entre ellos Gloria y Bernardo Giner de los Ríos o Pablo de Azcárate.¹¹⁸

Pero lo que resulta de mayor interés es algo que ambos casos tienen en común. Los Jiménez Fraud sufrieron del régimen franquista no sólo la cruel confiscación de sus bienes, incluidos los objetos más personales y familiares —que se vieron forzados a abandonar en su casa de Pinar, a la que no pudieron regresar nunca—, sino que también soportaron durante muchos años el pertinaz intento de destruir la obra de la ILE, la JAE y la Residencia. Pese a ello, acogieron con la mayor cordialidad a Benavent y a Cacho Viu, ambos miembros cualificados de dos organizaciones católicas señaladas por su inicial beligerancia contra el institucionismo. Una década después de que Fernando Martín-Sánchez Juliá, presidente hasta su muerte de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, publicase su duro ataque a la ILE («Para que España vuelva a ser, es necesario que la Institución Libre de Enseñanza no sea»)¹¹⁹, el también propagandista Emilio Benavent agradecía a los Jiménez Fraud su hospitalidad: «Todavía recuerdo con cierto regusto espiritual, y espero recordarlo durante mucho tiempo, el día tan agradable que pasé con usted y con su señora.

¹¹⁸ José Varela Ortega, en su prólogo a Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política*, cit., pág. 31, se refiere a un encuentro al que asistió entre Gloria Giner y Vicente Cacho Viu, en el que «fue doña Gloria quien, con mayor autoridad que nadie, me advirtió: “léete su libro; es un trabajo excelente”». El boletín de la mexicana Corporación de Antiguos Alumnos que dirigía Bernardo Giner se hizo eco de la aparición del libro en su número de agosto de 1962, y en el de noviembre anticipó un resumen de la reseña que Pablo de Azcárate publicaría en *Ínsula* a principios del año siguiente (Pablo de Azcárate, «Un libro reciente sobre la Institución Libre de Enseñanza», *Ínsula*, núm. 194, Madrid, enero de 1963, págs. 3 y 6).

¹¹⁹ Fernando Martín-Sánchez Juliá, «Origen, ideas e historia de la Institución Libre de Enseñanza», en VV.AA., *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, 1940, págs. 31-122 (cita en pág. 95).

Aquel final tan casero comiendo deprisa en la cocina me hizo sentirme en casa ¡y ese sentimiento es tan dulce!» (1141, II).

En cuanto a Vicente Cacho, él mismo dio testimonio, meses antes de su muerte, de la importancia que habían tenido «unas inolvidables sesiones de trabajo, durante el veraneo, en el Pazo de SanVictorio, en San Fiz. La liberalidad de que Natalia había hecho gala con aquel doctorando, hasta entonces desconocido, me hizo comprender, mucho mejor que cualquier exposición teórica, el verdadero espíritu de la Institución»¹²⁰.

LA «RECONQUISTA» DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

A mediados de los cuarenta, entre los residentes del interior se registra un tímido despertar. En su carta del 11 de diciembre de 1947, el residente Andrés León informa a AJF de que en Badajoz ha encontrado «un grupo grande de Residentes del Pinar y de la Fundación [del Amo]», que celebran una comida anual, a la que habían asistido unos veinticinco en 1946 (999, II). Años después, el también residente José Solís, que había visitado a los Jiménez Fraud en Oxford, se refiere en su carta del 23 de diciembre de 1954 al envío de unas «fotos residenciales» que había encontrado en su archivo y en el del también residente Juan Torbado (1321, III). Otro residente, Jesús Bal y Gay, escribe a AJF el 26 de abril de 1955 —tras un largo paréntesis desde 1939— para comunicarle la muerte de José Moreno Villa (1354, III), reanudando así una correspondencia que durará hasta 1964.

En la carta de José Solís del 23 de abril de 1958 se recogen los primeros episodios que configuran el despeque de lo que el propio Solís llamó «la reconquista de la Residencia»¹²¹. Por entonces

¹²⁰ Vicente CachoViu, «La Institución Libre de Enseñanza, desde dentro», en *Revista de Libros*, núm. 6, Madrid, 1997, pág. 3.

¹²¹ «A estas actividades por despertar de nuevo el espíritu y la comunidad residenciales las designábamos don Alberto y yo con lenguaje críptico como “la reconquista de la Residencia”» (José Solís Suárez, «Don Alberto en “la reconquista de la Residencia”», en VV. AA., *Homenaje a Alberto Jiménez Fraud en el centenario de su nacimiento (1883-1983)*, Madrid, Secretaría de Estado de Universidades e Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, 1983, pág. 53).

iba abriéndose paso, en el ánimo de AJF y de quienes le rodeaban, la idea de «recuperar» la Residencia o, más precisamente, su espíritu. La gestación de este proyecto puede situarse a mediados de esa década, en un momento en que parece vislumbrarse la posibilidad de algún cambio en la dictadura franquista que permita un margen de actividad a la oposición democrática y, con ello, a los planes —más definidos de lo que cabía suponer— de don Alberto y los residentes.

El 26 de abril de 1958 se convoca en León (donde viven, además de Solís, otros residentes muy activos, como Luis Sáenz de la Calzada, Francisco Alonso Burón, los hermanos Llamazares, etc.) la que parece ser la primera reunión de antiguos residentes de carácter nacional, y en ella se tiene siempre presente el horizonte del cincuentenario de la fundación de la Residencia en octubre de 1960, cuya celebración se convierte en un estímulo para, en palabras de Solís, «resucitar el espíritu residencial». Al organizar ese encuentro, Solís y quienes colaboran con él localizan a residentes en toda España, y desde entonces van a mantenerse en contacto permanente con AJF, a fin de seguir diseñando el plan a partir de sus sugerencias.¹²²

En su carta del 2 de mayo de 1958, AJF confirma a Solís como su principal interlocutor con los residentes del interior («usted [...] llevará nuestra bandera»), además de esbozar los requisitos iniciales del proyecto de «reconquista»: la confección de un censo de residentes que permita identificarlos y convocarlos, o la recogida de nuevos materiales sobre la Residencia para hacer una publicación con motivo del cincuentenario en 1960, fecha clave para su lanzamiento definitivo que AJF y sus colaboradores del exilio y del interior quisieron convertir en año inaugural de una nueva etapa, con toda la solemnidad que requería el caso:

Que los residentes repartidos por el viejo y por el nuevo mundo dediquen en este año de nuestro cincuentenario un especial recuerdo a aquella Colina, donde, con el pensamiento fijo en los mejores ejemplos de nuestra España, quisimos volver a esa tradición crítica y razonable, moderada y tolerante que estima

¹²² *Ibidem*, págs. 53-57.

que sólo en una atmósfera de amplia formación puede florecer la dignidad humana.¹²³

EL CINCUENTENARIO DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

El programa de conmemoraciones se plasmó, en primer lugar, en la celebración de un nuevo encuentro de antiguos residentes y sus familiares.

La segunda y no menos importante iniciativa fue la publicación de las *Palabras del presidente*, escritas por AJF en el *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960*, un sencillo librito, sobria y primorosamente editado por cuenta del autor, de gran interés para conocer el pensamiento del último Jiménez Fraud, y también por la repercusión que tuvo en el grupo de gentes cercanas, de las que se recogen abundantes testimonios en este epistolario. Tras recibirlo, el 16 de diciembre de 1960 Américo Castro envía a AJF una extensa y emocionada carta que busca en Giner y en la Institución la raíz de lo que las *Palabras* transmiten y de lo que había guiado su propia vida: «Llega tu librito residencial tan rezumante de emoción como lleno de doctrina justa y eficaz. [...] Te felicito por lo acertado y medido del enfoque de la cuestión, y por la digna claridad de tu estilo [...]. Tu evocación conmueve y remueve, y saca a flor de luz cuanto fuimos y no fuimos» (1658, III).

Un tercer proyecto que AJF y los suyos llevaron a cabo fue la edición de un número conmemorativo de la revista *Residencia*, preparado en México por un equipo de antiguos residentes allí refugiados: Joaquín Díez-Canedo, Arturo Sáenz de la Calzada, Anselmo Carretero, Francisco Giner de los Ríos Morales y Jesús Bal y Gay. Este último asegura a AJF el 4 de julio de 1960: «Mi intención fue que ese número haga constar que estamos vivos, por lo cual le rogamos que las palabras de introducción que esperamos de usted, además de exponer el espíritu y lo hecho por la

¹²³ AJF, *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del presidente de la Residencia*, cit.; y edición facsímil, con introducción de José García-Velasco, cit., págs. 90-91. Esta cita se repite en la carta de AJF a Alberto Gil Novales del 6 de diciembre de 1959 (1517, III), salvo que allí aparece la expresión «amplia libertad», sustituida por «amplia formación» en *Palabras* debido a la censura.

Residencia, hagan ver también que esa obra *sigue operando en la actualidad* y en muchas partes del mundo» (1580, III).

El 4 de abril de 1960, Bernardo Giner había escrito a AJF: «ese número puede ser la piedra angular de la construcción que tú te imaginas y la que yo persigo con ese acercamiento, entre los grupos afines, que estoy intentando desde hace ¡casi dos años!» (1556, III). Con todo, AJF es muy consciente de los muchos obstáculos que deberán afrontar en ese camino. El 24 de mayo se refiere en su respuesta a Bernardo al «desánimo y el pesimismo que me inspiran las dificultades que aún encuentran en la vida española actual los más leves intentos de crear una atmósfera de “urbanidad”» (1572, III).

Pero, sin embargo, en España se había iniciado un tímido despertar de algunas publicaciones, que por su tirada reducida y su orientación templada no suscitaba demasiada preocupación en el gobierno franquista, especialmente durante el ministerio de Manuel Fraga Iribarne. Es el momento de una cierta apertura en prensa e imprenta que permite la creación de pequeños «refugios» de la libertad intelectual, propicios a sectores como el institucionalista. Entre las revistas cabe citar la madrileña *Ínsula*, animada por Enrique Canito y José Luis Cano (fundada en 1946), *Papeles de Son Armadans*, editada por Camilo José Cela en Palma de Mallorca (1956), y la nueva etapa de *Revista de Occidente*, emprendida por José Ortega Spottorno en abril de 1963, año en el que el católico Joaquín Ruiz Jiménez (ministro de Educación franquista entre 1951 y 1956, cuando, tras su destitución, inicia su largo pero resuelto camino hacia la oposición democrática) junto a un grupo de discípulos y colaboradores funda *Cuadernos para el Diálogo*, acogida a los nuevos vientos aperturistas del Vaticano.

El número conmemorativo se comenzó a preparar con antelación al cincuentenario, pero no vería la luz hasta comienzos de 1964, aunque con pie de imprenta de diciembre de 1963. Muestra de los sueños que —ya a punto de trasladarse a la casa madrileña que apenas pudo disfrutar— acariciaba AJF en los últimos años de su vida, y que no eran diferentes a sus viejos anhelos de crear una revista como plataforma que aglutinara a quienes se sentían cercanos, es la carta que envía a Solís el 11 de enero de 1963, y con posterioridad volverá sobre el mismo tema en sucesivas ocasiones:

«Si al fin este número saliera bien, creo que podríamos intentar la continuación de *Residencia* publicada quizá en España en forma de cuadernos semestrales, con colaboraciones mundiales, de primer orden y bien retribuidas, y todo ello sujeto a una dirección muy activa y enteramente responsable del éxito del intento. Si, como yo espero, en el transcurso de este año se inicia una vuelta a estimar en todo su valor la obra de la Residencia —el valor que todos ustedes le han dado—, contemplaremos un sorprendente acercamiento de personas y de grupos sociales dispuestos a colaborar de nuevo con nosotros, si es que sabemos ofrecerles oportunidades para hacerlo y un buen programa de trabajos constructivos [...], siempre que les ofrezcan colaborar en empresas comunes como esas de los cuadernos semestrales, la Sociedad de [Cursos] y Conferencias, etcétera» (1772, III).

«EL TIEMPO ME VIENE CORTO»

Resulta impresionante la energía de AJF en 1960: viaja a Viena y a Ginebra, trabaja también en Londres para diferentes organismos, recalca luego en Oxford. Escribe y recibe un sinfín de cartas. Está firmemente empeñado en recuperar la obra de la Residencia, en lograr que no se quede en un mero —aunque brillante— episodio del pasado; quiere contribuir a cambiar el presente y, sobre todo, el futuro, desde las coordinadas institucionistas: la razón, el equilibrio, lo que él llama «la urbanidad», el racionalismo armónico, el humanismo, en definitiva.

Sin embargo, a lo largo de ese año, el optimismo de AJF parece ir menguando, como reflejan las cartas a Bernardo Giner del 24 de mayo sobre el número conmemorativo —ya citada— y a José Solís del día 26 sobre la censura de sus *Palabras*, impresas meses antes de la reunión de los residentes, pero que no se pudieron repartir en un acto que habían preparado con tanta ilusión, ya que estaban retenidas en la mesa del censor.

En otoño de 1960, después de recibir las crónicas detalladas y llenas de emoción de las reuniones de conmemoración del cincuentenario el 23 y el 24 de abril en España (Madrid y Toledo) y el 1 de octubre en la Ciudad de México (cartas 1568, 1569, 1616 y 1618 del tercer tomo), AJF tiene claro que debe dedicar

todas sus fuerzas a la difusión (y, claro está, a amortizar el coste) de *Palabras* y al número conmemorativo mexicano. Sobre ambos temas hay referencias en bastante más de la mitad de las 643 cartas del último tomo.

Lo que a AJF le interesaba no era tanto volver a ocupar físicamente «la colina sagrada», sino conseguir que regresara a España el espíritu de la Residencia, los valores y el sentido del proyecto institucionista. Por eso lo que le importa son las plataformas para hacer viable y duradero ese proyecto: la revista, la recuperación de la Sociedad de Cursos y Conferencias, a la que se refiere en la carta ya citada del 11 de enero de 1963, y, muy especialmente, seguir tejiendo redes entre residentes y otros jóvenes amigos con los que AJF va entrando en contacto, bien porque se acercan a Wellington Place, como el ya no tan joven Julio Caro Baroja, José García Lora o José Ángel Valente (con quien estrechará posteriormente su relación con motivo de sus comunes labores como traductores), bien porque son afortunados lectores de *Ocaso y restauración*, como Alberto Gil Novales. Ninguno de ellos procede del institucionismo estricto, pero confía en todos para el futuro del proyecto. Por supuesto que también cuenta con los antiguos residentes, incluso con aquellos que se sienten más a la izquierda, como Emilio Prados o Gabriel Celaya, quien reivindica el legado de la Residencia en un largo poema que publicará en *Ínsula* y en el número conmemorativo mexicano. Aunque en la carta del 19 de octubre de ese 1960, tras haber «leído con emoción [...] sus buenas *Palabras*», y hacer autocrítica de lo que «a veces le lleva a uno, con olvido de cuanto debe a la Resi —¡ay!—, a tomar posiciones violentas», también se distancia de «los banquetes de antiguos residentes», lo que es una interesante muestra de la pluralidad del mundo residencial y un rechazo de las posiciones nostálgicas sin proyección de futuro (1629, III)¹²⁴.

La confección del número conmemorativo va a resultar inevitablemente accidentada y a procurar más de un disgusto a AJF, quien se debate entre la exigencia de calidad que siempre había

¹²⁴ «Lo que no me gusta —dicho sea en confianza y un poco en secreto— son los banquetes de antiguos Residentes. No asistí al de Madrid porque me pareció un poco promiscuo, y da la casualidad de que Emilio Prados me escribe diciéndome, aunque sin explicarse, que no ha querido asistir al de Méjico».

guiado su labor y el pragmatismo. El 12 de marzo de 1961 se desahoga con Bal y Gay sobre la revista, que no cree vaya a dar la «impresión de mucha actualidad, fuerza, ni vida, pero sí de un decoroso recuerdo [...]». Porque yo ya he perdido la esperanza de que podamos iniciar una buena revista [...]; de que podamos pedir colaboración a figuras de reputación mundial» (1692, III). En su siguiente carta a Bal, del 22 de mayo, matizará todo lo dicho: «me había hecho tantas ilusiones con ese número de *Residencia* que, al ver destruidos, uno tras otro, todos nuestros proyectos, cada vez menos ambiciosos, pensé si no convendría por ahora aplazar ese intento [...]. Ahora, con más reposo, pienso en qué tenemos realmente entre manos que nos permita publicar un número digno de nuestra buena tradición» (1696, III).

El 29 de octubre de 1962 confiesa a Bal: «El tiempo me acosa [...]. Trabajo, trabajo y trabajo sin cesar, y el tiempo me viene corto [...], porque estoy [...] errante por esos mundos en trabajos mercenarios, y con un enorme deseo de decir y publicar cosas que no tengo tiempo ni siquiera para redactar» (1759, III). En febrero de 1963 le llegan los papeles de Giner que había recogido su hijo de casa de los Baroja. El 1 de marzo se cierra prácticamente el sumario del número conmemorativo. Ese mes se intensifican las negociaciones —en las que cumple un discreto y eficaz papel su querida sobrina Carmen Giménez— con José Antonio Muñoz Rojas, secretario de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, que finalmente concederá a AJF una pequeña financiación de la Sociedad para estudiar el archivo de la ILE, lo que ayudará al matrimonio a instalarse en Madrid.

Pero el número conmemorativo seguía sin salir. AJF se dirige de nuevo a Jesús Bal el 5 de mayo de 1963, muy agobiado: «le escribo a usted para [...] que tenga la amabilidad de enviarme [...] dos o tres ejemplares de la revista» (1808, III). A finales de mes, Bal le contesta que «está en muy buenas manos, las de Enrique Díez-Canedo, y creo, por tanto, que la edición será muy buena. Ya está en la imprenta, una imprenta que está haciendo cosas excelentes. Pero no puedo darle fecha de aparición todavía» (1811, III). Pasan nueve meses hasta que, el 7 de febrero de 1964, Jesús Bal le anuncia que «ayer [...] salió por avión un ejemplar —el primero—» (1847, III). AJF tarda en recibirlo, porque hasta el día 29 de ese año

bisiesto no hace acuse de recibo del número, «muy bellamente presentado [...]; y la tipografía muy bella y bien cuidada [...]. En fin, ¡qué esfuerzo más grande representa!» (1855, III).

LA PROHIBICIÓN DE LA REVISTA

En las que serán sus últimas cartas desde Ginebra, AJF se refiere a la revista, que constituirá su mayor preocupación en lo que le quede de vida. El 3 de marzo de 1964 escribe a José Solís: «como es indispensable que se distribuya en seguida y se vea en la Feria del Libro, he hecho una gestión con persona influyente para que se ocupe de la censura, y hoy he recibido carta *muy afirmativa* que me hace esperar que por ese lado no haya inconveniente» (1856, III). El día 10 vuelve sobre el mismo tema en la que dirige a Jesús Bal, que no puede ser más expresiva de su estado de ánimo y sus preocupaciones, semanas antes de su muerte: «como en estos días he escrito tantas cartas relacionadas con nuestro *número de conmemoración*, no sé dónde estoy con cada uno de ustedes. Creo que le dije que hacía dos gestiones urgentísimas: la censura y la distribución y venta». Y, después de detallar las gestiones emprendidas, le apremia: «Hay que tener ahí [...] todo preparado para que en cuanto se consiga la autorización de la censura salgan los ejemplares [...], porque es esencial para el éxito [...] que lleguen a Madrid a tiempo de ser expuestos en la *Feria del Libro*» (1858, III). Prácticamente lo mismo que le dice a Solís al día siguiente —sobre la censura («de un momento a otro espero noticias de que se nos da la autorización necesaria») y sobre la Feria del Libro— en la carta con que cierra su epistolario (1859, III). AJF quería que dicho número fuera el primero de una nueva época, pero su repentino fallecimiento el 23 de abril de 1964 truncó el proyecto.¹²⁵

Esta historia concluye de una forma aparentemente descorazonadora con la prohibición de distribuir el número conmemorativo de *Residencia* en España, como anunció el diario *Le Monde* en una noticia firmada por su prestigioso corresponsal en Madrid,

¹²⁵ Tras su muerte únicamente vio la luz otro número, en este caso un monográfico dedicado al «Campo español» y coordinado por Julio Caro Baroja, que, debido a su carácter técnico, sorteó las dificultades con la censura y fue la primera y finalmente única entrega de los Cuadernos Residencia.

José-Antonio Novais, que publicamos en el *BILE*.¹²⁶ Posteriormente hemos encontrado el oficio, de 27 de junio de 1964, firmado por Manuel Jiménez Quílez, director general de Prensa a las órdenes del ministro Manuel Fraga Iribarne. Ambos documentos se han reproducido en los pliegos de ilustraciones de este tomo; una triste prueba de la imposibilidad de que la recuperación de la Residencia prosperase en un Madrid como el de entonces. AJF nunca supo que el proyecto por el que tanto había peleado en sus últimos años quedó truncado; acaso, si hubiera vivido algún tiempo más, habría podido remediarlo. Pero lo cierto es que en aquella España todavía era muy pronto para lo que comportaba el espíritu de la Residencia: al dictador y a su nefasta obra les quedaba por delante más de un decenio.

En la carta que Américo Castro envió a AJF el 28 de julio de 1956 le adjuntaba el texto de su charla en la BBC (que, por razones de espacio, no se ha incluido en el epistolario), donde auguraba: «un día vendrá en que [la Residencia] perdure en la memoria y en la acción de quienes perseveren en el intento de querer construirse una España ni ciegamente violenta, ni neciamente amordazada». Y así ha sido: actualmente la Residencia no es sólo una página gloriosa en la historia de la cultura universal, sino una realidad viva, desde luego diferente a la presidida por AJF, pero con los mismos valores. Ésa es al menos una de las pruebas del éxito de aquel proyecto, apenas esbozado en el corazón y la cabeza del joven Jiménez Fraud en 1905, todavía palpitante en el AJF de 1964, y, pese a su aparente fracaso entonces, hoy, como ave fénix, vigente en la actual Residencia de Estudiantes y también en la actual Institución Libre de Enseñanza, recuperadas ambas para las nuevas generaciones de una España democrática, integrada en Europa. Una recuperación por la que tanto luchó el último Jiménez Fraud. Y se cumple así, aunque con hartos retrasos, el deseo formulado por Julio Caro Baroja en su primera carta recogida en esta correspondencia, del 31 de marzo de 1951: «espero que

¹²⁶ La noticia de la prohibición —publicada por José-Antonio Novais en *Le Monde*, 16-17 de agosto de 1964, pág. 3— fue reimpressa y traducida al español en el *BILE*, II época, núm. 85-86, julio de 2012, págs. 119 y 120, junto a las cartas que Manuel Jiménez Cossío dirige a Jesús Bal y Gay, José Solís y Francisco Alonso Burón sobre la distribución alternativa de la revista (págs. 116-118), y un texto introductorio mío (págs. 63-84).

algún día nos encontraremos no aquí, en Oxford, sino subiendo calle del Pinar arriba, camino de la Residencia, y que algún día también, frente al Museo Sorolla, vuelva a abrirse algo que nunca debió cerrarse» (1140, II).

MUERTE Y RESURRECCIÓN

«Sin apresuramiento, pero sin descanso». Así, según el aforismo de Goethe que reformularía Juan Ramón, transcurrió la vida de AJF, en torno siempre a su propia obra, tal y como le había encomendado su maestro Francisco Giner, cuya hermosa tumba en el cementerio civil madrileño acabó por compartir. La batalla entablada en 1910 concluyó en un modesto hotel de Ginebra, más de cincuenta años después, y con cierto sabor a derrota. Sus frutos, sin embargo, se proyectan hasta nuestros días. «Las obras lentas son las duraderas —afirmó Giner en los comienzos de su propia aventura, en 1880—. ¡Ojalá esta nación lo comprenda algún día!»¹²⁷. Los resultados del plan institucionista tienen que ver con ese tiempo lento, esa maduración de los proyectos que llegan a fructificar si, como Américo Castro postulaba para los de AJF, germinan sobre suelo estable, capaz de resistir las condiciones más adversas. Y también con el tejido de redes: toda la historia de la ILE está basada en la labor de Giner y sus colaboradores como mediadores que anudaban relaciones, que construían puentes nuevos o restablecían puentes rotos. Ésa es una de las principales consecuencias y, a la vez, una de las más poderosas fuerzas del racionalismo armónico: restablecer la armonía, buscar las sinergias... Y ésa es igualmente la historia y la labor de AJF, y lo que procuró fomentar siempre en su entorno: con diferentes sectores sociales, a través de las bibliotecas y universidades populares; con Cataluña, con la Corona, con los republicanos, más tarde con la FUE...; y, tras la guerra, primero entre los residentes e institucionistas, luego entre republicanos y monárquicos, y, una vez más, redes entre institucionistas, entre residentes y de ambos con las nuevas generaciones de españoles.

¹²⁷ Francisco Giner de los Ríos, «Discurso [...] en la inauguración del [...] año académico [1880-1881]», *BILE*, año IV, núm. 87, 8 de octubre de 1880, pág. 143.

Como ocurre con sus maestros de la Institución, los éxitos de AJF se deben, en parte, a su gestión de los fracasos. Son muchas las obras que, surgidas al calor de la Residencia —en el arte, la ciencia, las humanidades, tanto en la España anterior a 1936 como en la España peregrina—, forman parte del patrimonio cultural y del imaginario de un número considerable de españoles, aunque rara vez se suelen relacionar con AJF y la tradición que representa.

Tan importante o más que ese acervo (sancionado con los Premios Nobel de Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa, o la popularidad de Lorca, Dalí y Buñuel) es la influencia del institucionismo, junto a otras corrientes, en la generalización de unos valores que, afincados en el legado de la España tolerante —acaso imposible en los años treinta, pero cimiento de la actual—, se impusieron finalmente a la brutalidad de la guerra civil y la barbarie franquista. Aquellos españoles que fueron capaces de resistir y negarse a la polarización, entonces atrapados entre dos bandos irreconciliables, son hoy referentes —reconocidos para algunos, ignotos para muchos— de una España europea y abierta al mundo.

Las cartas son un antídoto contra los estereotipos: aquí se recoge un sinfín de historias, reflexiones, movimientos de personas difíciles de encasillar, lo que quizá pueda atribuirse al oficio de intelectuales de muchos de ellos, o a que, en esos o en otros casos, se trate de institucionistas pero, en realidad, esa resistencia al encasillamiento puede darse, y se da de hecho, en cualquier ser humano en un momento dado. Y es lo que obliga al historiador a huir de simplificaciones o reduccionismos, dada la complejidad y sutileza de la materia de su trabajo. No es difícil entender que García Morente o el duque de Alba fueran puestos en entredicho en los duros tiempos de guerra y posguerra por su aparente abandono de la causa liberal. O que incluso hubiera quien, en esos mismos años, se distanciase de AJF o Américo Castro por su supuesta tibieza en la defensa de la República. Pero, después de leer las cartas a AJF de García Morente del 4 de abril de 1937 o del duque de Alba del 18 de octubre de 1948, lo difícil es no adoptar otra perspectiva, como tampoco es sostenible considerar tibia o cobarde la posición política —cambiante, llena de matices, pero firme— de AJF o de Castro, tal y como reiteradamente se muestran a lo largo del epistolario.

AJF, tras el aparente fracaso del proyecto institucionista con la guerra civil, contribuyó, como tantos otros, a preservar y cuidar la semilla (germinada en la sementera del exilio exterior e interior) de la que ha surgido la España actual. La mayoría de sus cartas, y muy especialmente las del destierro, apelan a esos valores —de los que el institucionismo no es, ni pretende ser, la única fuente— que han hecho posible nuestras instituciones democráticas, fundamentadas en esa voluntad de entendimiento, de búsqueda de compromisos entre españoles procedentes de mundos muy distintos.

La España soñada por Giner y Cossío, por Castillejo o AJF, no es en su plenitud la actual, pero los españoles, probablemente en su mayoría, han incorporado, o al menos respetan, valores esenciales del proyecto institucionista: la tolerancia, la exigencia de comportamientos éticos en la gestión pública y privada, la igualdad social y de género... El ideal de urbanidad, de convivencia civilizada que obsesionaba al último AJF, aunque es la base de nuestra actual democracia, está hoy, cuando sale a la luz este epistolario, lejos de culminarse. Para lograrlo, la sociedad y la política españolas todavía precisan de una apuesta resuelta por la educación y la innovación, por una formación integral de los ciudadanos, como la que lucharon por implantar AJF, sus maestros, compañeros y discípulos.

Hace ya ciento cincuenta años, y en un país todavía analfabeto y atrasado, los krausistas hicieron de la conversación el centro de su pedagogía y de su vida. Con ella querían despertar y formar a ciudadanos capaces de gobernarse y entenderse. El 13 de abril de 1989, en su primera lectura de poemas en la recién recuperada Residencia, José Ángel Valente leyó el fragmento de un cuaderno de notas de AJF: «La conversación sostenida y la vida en común entre maestro y discípulo van acumulando un combustible que de pronto se enciende en el alma»¹²⁸. Naturalmente, Valente se refería a su relación con AJF; pero éste, al escribirlo, pensaba sobre todo, antes que en la mantenida con sus discípulos, en la que él había disfrutado con Giner, que hemos conocido desde la primera carta de este epistolario. Gracias a ella, AJF dedicó su

¹²⁸ *La voz de José Ángel Valente*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2001, pág. 14.

vida a transmitir a otros esa pasión que le había infundido don Francisco, a la que supo ser siempre fiel. Este libro recoge algunas de sus conversaciones con unos y otros durante más de medio siglo. Por ello es una obra coral, como habría querido AJF, quien rehuyó siempre todo protagonismo. Pero a la vez nos muestra la construcción tenaz de un proyecto enteramente personal: el de AJF. «Porque ser héroe —advertía Ortega en 1914— consiste en ser uno, uno mismo»¹²⁹. Un año después, el propio AJF aseguraba a Castillejo: «Veremos: con tenacidad se logra todo» (58, I). La correspondencia destaca esa tenacidad y también sus frutos. «El tiempo —asegura Leopoldo Torres Balbás— se encargará de ir haciendo justicia a todos» (1145, II).

Samuel Gili Gaya, en su hermosa y valiente reseña de *Ocaso y restauración*, publicada en pleno «tiempo de silencio», evoca a un AJF ya maduro que, pese a protagonizar y haber escrito sobre uno de los momentos más fecundos de la historia española, no «frunce el ceño desconfiado ante lo que venga después. Al contrario, con gesto de serena elegancia [...] recuerda aquellos “pasados momentos de plenitud, que seguramente servirán de inspiración a otros venideros”»¹³⁰. Ojalá que la lectura de este epistolario también los inspire. Es la hora del lector, dejemos que hablen las cartas.

JOSÉ GARCÍA-VELASCO
Consejo Superior de
Investigaciones Científicas

¹²⁹ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1914, pág. 186.

¹³⁰ Samuel Gili Gaya, reseña publicada en la sección «El mundo de los libros», *Ínsula*, año IV, núm. 48, 15 de diciembre de 1949, pág. 5.